

Colección ARIEL

MAURICIO MAETERLINCK

EL PÁJARO AZUL

Versión castellana de
ROBERTO BRENES MESEN

Con un Prólogo de Maie. Georgette Leblanc

60 ctms.

Establecimiento Tipográfico "Alsina"
SAN JOSE DE COSTA RICA
1912

Colección ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica mensualmente en San José de Costa Rica, A. C.

PUBLICADOS

Céntimos

Fragmentos de un Diario íntimo , de Federico Amiel	0.20
Prosa , (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.20
Tolstoi íntimo , (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky	0.40
Poemas escogidos , de Isaías Gamboa	0.40
El Hombre y la Tierra , (<i>Extractos: 1ª serie</i>), de Eliseo Reclus	0.20
El canto de las Horas , (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén	0.25
Rincón de los Niños , (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios Autores	0.25
El Secreto de oro , (<i>Estudios literarios e históricos</i>), de A. Zambrana	0.50
Cuentos de Verano , de R. Baumbach	0.20
Amor y Lágrimas , (<i>Poesías escogidas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.50
Los Jardines de las Reinas , (<i>Estudio feminista</i>), de Juan Ruskin	0.25
La Propia , (<i>Tipos y Escenas costarricenses</i>), de Manuel González Zeledón (Magón)	0.50
Misceláneas , de Manuel Ugarte	0.50
Defensa de Eutropio , de S. Juan Crisóstomo	0.15
Varios artículos , de varios autores, (<i>Las dos hermanas</i>), de J. A. Soffia: (<i>El Santo Lago</i>), de E. Gómez Carrillo, etc., etc.	0.25
Lilas y Resedas , (<i>Cuentos franceses</i>)	0.35
El Pájaro Azul , de Mauricio Maeterlinck	0.60

PRÓXIMO NÚMERO:

POEMAS ESCOGIDOS

de Ismael Enrique Arcelegas

Colección ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica mensualmente en San José de Costa Rica, A. C.

PUBLICADOS

Céntimos

Fragmentos de un Diario íntimo , de Federico Amiel	0.20
Prosa , (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.20
Tolstoi íntimo , (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky	0.40
Poemas escogidos , de Isaias Gamboa	0.40
El Hombre y la Tierra , (<i>Extractos: 1ª serie</i>), de Eliseo Reclus	0.20
El canto de las Horas , (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén	0.25
Rincón de los Niños , (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios Autores	0.25
El Secreto de oro , (<i>Estudios literarios é históricos</i>), de A. Zambrana	0.50
Cuentos de Verano , de R. Baumbach	0.20
Amor y Lágrimas , (<i>Poesías escogidas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.50
Los Jardines de las Reinas , (<i>Estudio feminista</i>), de Juan Ruskin	0.25
La Propia , (<i>Tipos y Escenas costarricenses</i>), de Manuel González Zeledón (Magón)	0.50
Misceláneas , de Manuel Ugarte	0.50
Defensa de Eutropio , de S. Juan Crisóstomo	0.15
Varios artículos , de varios autores, (<i>Las dos hermanas</i>), de J. A. Soffia; (<i>El Santo Lago</i>), de E. Gómez Carrillo, etc., etc.	0.25
Lilas y Resedas , (<i>Cuentos franceses</i>)	0.35
El Pájaro Azul , de Mauricio Maeterlinck	0.60

PRÓXIMO NÚMERO:

POEMAS ESCOGIDOS

de Ismael Enrique Arcelegas

COLECCION ARIEL

Epitomes de Literatura internacional Antigua y Moderna

20

MAURICIO MAETERLINCK

EL PÁJARO AZUL

Versión castellana de
ROBERTO BRENES MESEN

Con un Prólogo de Mme. Georgette Leblanc



SAN JOSÉ, COSTA RICA
TIPOGRAFIA ALSINA
1912



MAURICIO MAETERLINCK

MAURICIO MAETERLINCK

«Todo lo que decirse pueda, esforzándose en hacer el retrato íntimo de una persona, ha escrito Maeterlinck, no se parece sino muy imperfectamente a la imagen más precisa que en nuestro espíritu trazan nuestros pensamientos en el instante que de ellos hablamos... El personaje auténtico y total no surge de la sombra, sino al contacto inmediato de dos vidas».

No obstante, se desconfía un poco del juicio de nuestros allegados. Se halla que no son ellos los llamados a hablar de nosotros. Se cree que se equivocan porque aman, que no ven claro porque ven demasiado! Quién nos juzga entonces? Los indiferentes que pasan o los amigos constantes, cada uno de los cuales nos mira a través de su propio pensamiento como a través de un cristal de distinto color?

Así como es preciso para conocer un país en todos los aspectos haber vivido mucho tiempo en él, así es preciso haber compartido largos años una vida para comenzar a comprenderla, para internarse más allá de este primer conocimiento externo que por lo común no revela nada del alma verdadera. Necesitamos meses, años para dar la vuelta en torno de un carácter; pues sí es cierto que se

juzga una persona por lo que hace, se la conoce por lo que no hace.

He aquí por qué, en el umbral de este libro,¹ antes de trazar la biografía de Mauricio Maeterlinck, me ha parecido útil decir algunas palabras de él mismo y de su carácter.

No sin inquietud interrogamos la vida privada de aquellos cuyas obras difundieron en nuestra alma los primeros resplandores de la verdad y fueron por ello mismo, nuestros guías, nuestros amos y nuestros dioses. Siempre tenemos el justo anhelo de saber que son tales como los soñamos. Tememos una decepción, una falta de equilibrio, algo que aminore la figura diseñada por nuestra fantasía, la estatua erigida por nuestros sueños...

Quienes conocen a Maeterlinck quedan, por el contrario, dichosamente sorprendidos de la absoluta armonía que reina entre sus obras y su vida.

Ciertamente, el genio benévolo que sonrió a su entrada en este mundo ordenó su naturaleza primitiva, imponiendo a sus instintos y a sus fuerzas una dirección favorable a los dones que le concedía. Pero Maeterlinck, con toda su voluntad, con toda su conciencia, terminó más tarde la admirable tarea preparada por el destino, de tal modo que el hombre y la obra vuelven a juntarse hoy día y parecen mezclarse en un perfecto acuerdo.

Por una sabia disposición ha reducido sus debilidades, canalizado sus fuerzas, equilibrado sus facultades, multiplicado sus energías, disciplinado sus instintos. Mora al abrigo de una voluntad se-

¹ Se refiere á *Morceaux Choisis* de Mauricio Maeterlinck. De ese libro tomamos estas páginas.

rena que aleja todo lo que pudiera turbar su soledad; tan cierto es que obtenemos poco a poco la complicidad de las cosas que hemos sabido domeñar. Diríase que todas las potencias misteriosas que tan amenudo él ha presentado en sus escritos han tejido entre él y el mundo un velo impenetrable que le permite ver la verdad sin que su reposo se altere. En esta existencia, lo bastante inmóvil para que pudiera quedar atracada a los movimientos únicos del pensamiento, cada semana es comparable a una espiga de trigo en la que los granos son los días iguales y en la que los libros forman la poderosa cosecha.

Quiere esto decir que él rechaza todas las manifestaciones de la vida? No, acoje gustoso la alegría que se le ofrece, pero no la llama y ella encuentra en su juicio una balanza tan equitativa, que su peso ligero no es aun el de una flor caída entre los graves pensamientos que habitan su espíritu.

Lo he visto abrirse un camino apacible a través de muchas circunstancias difíciles, ir y venir con la misma sonrisa, allí donde otros salen cantando y regresan llorando. Aunque la vida de Maeterlinck sea una de las que parecen más escasas de incidentes, estos acechan su reposo como acechan el de todos los humanos; pero nunca se tuvo el reconfortante espectáculo de ver los acontecimientos esclavizados y domesticados por la conciencia y la voluntad.

No me perdonaría si yo quisiera encerrar la existencia de Maeterlinck en un relato minucioso. Por lo demás, cuando os hubiera dicho que él pasa el verano en Normandía y el invierno en el Sur,

que se levanta temprano, visita sus flores, sus frutos, sus abejas, su río, sus grandes árboles, se pone al trabajo, vuelve enseguida al jardín; que después de la comida, se entrega a los deportes a que es aficionado: el remo, el automóvil, la bicicleta o el paseo; que tarde tras tarde, el resplandor de la lámpara ilumina sus lecturas y que a una hora conveniente se acuesta, sabría poco cosa, ya que estos pequeños hábitos no son sino las copas más o menos grandes que recogen la sustancia misma de una vida.

Cuál es en Maeterlinck, la naturaleza íntima de esta sustancia? Es la meditación. En resumen, trabaja poco, si por trabajo entendemos los instantes únicos de producción, pues a él le parecería pueril demorar mucho tiempo en la tarea. Nada sería más contradictorio a sus ideas y a sus gustos. Pero no conozco a una persona más estudiosa si se piensa que aparte de las dos horas precisas que él concede a su labor cotidiana, ninguna distracción viene a interrumpir la atenta unidad, casi monótona de sus días. Nos da un ejemplo sorprendente de esa especie de ociosidad activa en la que se elabora toda obra profunda y que es ciertamente el espacio, el cielo de nuestra vida moral, la luz que hace reventar sus gérmenes, estallar sus promesas. Así es como se prepara, durante el paseo, en los placeres silenciosos, el trabajo que tan extrañamente rápido realiza cada mañana.

Cuando uno puede seguir paso a paso la existencia de Maeterlinck, tiénese la revelación del formidable papel que representa lo inconsciente en nuestra alma. Su obra no es solamente el resultado de una voluntad cerebral, emana de una fuerza

en perpetuo movimiento, siempre vigilante, que obra sin darse cuenta de ello, por fuera de él y que parece encarnarse en una voz humana para dictarle las páginas tan profundas que ha escrito acerca de la parte que este inconsciente tiene en nuestro pensamiento.

No hay acaso una prueba de esta fuerza misteriosa en la disciplina casi automática que naturalmente rige su actividad? Durante muchos años de vida en común, nunca lo he visto constreñirse. Parece realizar su obra sin pena ni esfuerzo, con la sencillez de un niño que abandona sus juegos a la hora prescrita y vuelve a ellos en las horas permitidas, sin cuidarse de la página que comenzó.

Cada mañana, en el instante de la ejecución, ábrese una ventana hacia el espacio, hacia la humanidad, hacia las eternas verdades, y cuando vuelve a cerrarse, la labor no se detiene, continúa más allá de los gestos, durante el paseo, el examen de las colmenas o la visita de las flores. Continúa y se iluminan los horizontes del pensamiento, se aproximan las verdades, semejantes a esas buenas hadas, que a las veces, atravesando las tinieblas del sueño, nos ofrecen al despertar la solución del problema que nuestra conciencia había buscado en vano.

Mauricio Maeterlinck nació en Gante el 29 de agosto de 1862, de una antigua familia flamenca que se remonta al siglo XIV. Se desliza su infancia en Oostacker, al borde del amplio canal marítimo que comunica a Gante con Terneuzen, pequeña ciudad holandesa. Los navíos de mar parecen escurrirse por el jardín extendiendo su

sombra majestuosa sobre las avenidas llenas de rosas y de abejas. De este modo el alma del muchachito, alegre y grave a un mismo tiempo, turbulento y soñador, despiértase rodeada de todas las cosas que solicitarán un día los estudios y la vida del poeta... El campo, la cosecha, las flores, los frutos, las colmenas, el río, y sobre todo, como únicos acontecimientos de la vida de familia, los grandes navíos que lentamente pasan, cargados con lo desconocido que desde los confines del mundo le trae abundancia de pensamientos.

Si para rodear al niño las cosas parecen entonces preceder al destino, veremos con cuánta complacencia, más tarde, vienen a reunirse a la obra, esclareciendo por decirlo así los días del poeta, con todas las realidades en otro tiempo evocadas en sus dramas. La Abadía de Saint-Wandrille en donde Maeterlinck pasa todos los estíos es ciertamente la realización de todos los castillos imaginarios en que el poeta encuadró la aventura de los Maleine, de los Melisande, de los Alladine, de los Ygraine. Nada falta a la decoración. Las ruinas que baña el río. la fuente, el surtidor, las terrazas, los corredores innumerables, las monumentales puertas, los bosques seculares, el claustro, la capilla y los subterráneos.

Pero en tan breve noticia no podríamos enumerar como debiéramos los favores del destino que parecen enguinaldar constantemente la senda del filósofo y que no poco han contribuido a su evolución hacia la luz. Hay un solo mal recuerdo en sus años de dichosa sabiduría, un solo rencor que oscurece las bellas horas de su adolescencia: no perdonará nunca Maeterlinck a los Padres Jesui-

tas del Colegio de Santa-Barba su estrecha tiranía... Amenudo le he oído decir que no volvería a comenzar la vida al precio de sus siete años de colegio. Para él solo hay un crimen que no puede perdonarse: el que envenena las alegrías y destruye la sonrisa de un niño.

Concluida la educación, Maeterlinck comienza su estudio de Derecho. Sus padres quieren hacer de él un abogado; han notado en él, durante su estancia en el colegio, enojosas aptitudes literarias que es preciso aniquilar. Acepta el terminar sus estudios en París, si bien es verdad que va buscando aliento necesario a su voluntad. En la capital afirmanse sus gustos, sus ensueños se concretan. Lee, visita los museos, va a buscar a los artistas, conoce poetas. La curiosa figura de Villiers de l'Isle Adam produce en su juventud una impresión que domina aun sus recuerdos. Cuando regresa a Gante, se ha fijado su vocación y aun cuando sigue el camino trazado por la voluntad paterna, ya entreve su pensamiento el espacio que le es necesario; se inscribe en el foro de su ciudad natal, litiga, a sus litigios lleva el espíritu extremadamente preciso, el gran sentido práctico que le son particulares y durante este tiempo, escribe, apasionándose cada vez más por la literatura, y con sus viejos amigos Gregorio Leroy y el gran poeta Carlos Van Lerberghe a quien le unía un afecto nacido en las primeras horas de la infancia, colabora en varias revistas de circulación escasa.

En 1889 publica su colección de versos titulada *Serres Chaudes*. Pueden encontrarse allí en germen cualidades que más tarde se abrirán en sus obras.

Esos poemitas cargados de angustias y de inquietudes traen consigo la atmósfera extraña que envolverá poco después a los héroes de su primer drama: *La Princesse Maleine*, publicada en 1890 y acerca del cual Mirbeau, con su entusiasmo y generosidad bien conocidos, escribió un artículo que reveló de súbito al joven autor belga ante el mundo entero.

Continúa Maeterlinck participando de la vida de familia, pues sabe abstraerse de todo lo que le rodea. Es completamente extraño a la forma de su existencia y permanecerá así hasta el día en que esta forma se adapte perfectamente a sus gustos.

Tras *La Princesse Maleine*, aparecen sucesivamente, *L'Intruse*, *Les Aveugles*, las *Sept Princesses*, *Pelleas et Melisande*, *Alladine et Palomides*, *Intérieur* y *La Morte de Tintagiles*, dramas de angustia y de inquietud en los cuales «la presencia infinita, tenebrosa, hipócritamente activa de la muerte llena todos los intersticios del poema y en donde se responde al problema de la existencia con el enigma de su anonadamiento».

Hasta aquí, con Maeterlinck vivimos en la sombra de todos los grandes poderes incomprensibles y fatales. Agobiados bajo el peso de su destino, sus héroes, a tientas, van y vienen en la oscuridad; tan negativos son que se les distingue apenas por la fuerza que los destruye. Sólo la desdicha hace surgir de su alma algunas chispas y sólo en el instante en que la muerte les hiere parecen echar de ver que respiran.

En paralelismo con estos dramas aparecen las traducciones *Ruysbroeck l'admirable*, *Les Disciples a Sais*, *Les Fragments de Novalis*, *L'Anna-*

bella de John Ford, y en fin su primer volumen de ensayos filosóficos: *Le Trésor des Humbles*, que cierra el ciclo comenzado por *Serres chaudes*, haciéndonos entrever por vez primera un fulgor de esperanza, una pequeña claridad que muy pronto crecerá, pero que aun vacila en el fondo de un abismo.

Correspondió a Aglavaine, a la que fué en la obra de Maeterlinck la primera heroína consciente, el avivar esta llama e inclinar su razón hacia este abismo de inquietud. «Me trae—escribía el poeta en una carta que tengo a la vista—me trae una nueva atmósfera, una voluntad de ventura, una fuerza de esperanza. Si al punto no triunfa de la fatalidad que pesa aun sobre la pequeña Sélysette, al menos la ilumina y en adelante su claridad va a dirigir mis pesquisas en una vía serena, dichosa y consoladora».

Aquí es efectivamente cuando la evolución de Maeterlinck se impone a todos los que estudian su obra. Como si pasáramos repentinamente del norte al mediodía, desgárranse las brumas, hácese puro el cielo, la luz estalla, queda la tierra toda bordada de flores, sus maravillas nos aparecen y ahora, las siluetas heroicas se perfilan en la claridad que a plomo cae sobre su frente. Nacen de un mundo más valeroso cuyo pensamiento no pertenece ya por entero a las verdades desoladoras que ordenaban la inacción y la desesperanza, se hallan modeladas por manos que no tiemblan ya, concebidas por un espíritu a quien si ciertamente retiene la duda, no le puede seducir. Han caído los velos que por largo tiempo ocultaron la voluntad secreta y si la sabiduría suscita aún angustias, ahora

parece que es la luz triunfante la que huella la sombra y descubre nuevas lágrimas.

El teatro de Maeterlinck está ligado estrechamente a su filosofía y sus héroes a más de ser los del mundo inmediato que cada drama pone en acción, concretan e ilustran el desarrollo de su filosofía. Por eso les vemos surgir en países diferentes, poblados de voluntades y de ideas distintas. Así, al principio distinguimos, en el fondo de las brumas, nacidas de los deseos angustiados de los *Serres Chaudes* las princesitas muertas, sepultadas en las llamas de plata de su cabellera de hadas, luego en una creciente luz *Aglavaine* nos conduce del *Trésor des Humbles* al umbral de *Sagesse et Destinée*. *Monna Vanna* domina *Le Temple Enseveli* y *Ariane* se levanta de él armada con su llave de oro. En el mismo rayo de luz aparecen pronto *La Vie des Abeilles*, *Joyzelle*, *Le double Jardin*, *Marie Magdeleine* y en fin *L'Intelligence des Fleurs*, obra de hadas de la naturaleza mezclada con la de *L'Oiseau Bleu*,¹ obra de hadas del pensamiento...

No me corresponde a mí criticar ni aun juzgar la obra de Maeterlinck. Indiqué su sucesión con algunos rasgos; puede seguirla como se recorre un camino al principio un tanto sombrío, pero que se ensancha, se ilumina y se abre hacia el espacio. Y cualquiera que sea la opinión que de ella se tenga, debe uno regocijarse, así me parece, con una evolución tan venturosa, tan consola-

¹ La obra que hoy traducimos: primera versión castellana que de *L'Oiseau Bleu* se hace. por lo que tenemos sabido.

dora. Si verdad es que en sus primeros escritos hemos visto a sus héroes sometidos sin piedad a fuerzas ciegas, irremediamente agobiados bajo el peso de los tormentos, si lo desconocido ha tomado la forma de la muerte, en el fondo de las tinieblas, en una equívoca injusticia, hemos entrevisto la idea del Dios cristiano amalgamada con la de la fatalidad antigua; en la segunda parte de su obra no ha reemplazado el poeta las incertidumbres nocivas con las ilusorias certibumbres. Ha sabido guiarnos sin mentira en una vía de serenidad y hacernos esperar sin vanas promesas. Ha sabido, mirando con sencillez la vida, darnos confianza en ella, descubriendo bellezas en la más humilde de las alegrías y en la más miserable, nobleza en la más mediana. Sobre una cumbre, ha levantado un templo de belleza, de amor y de verdad. Ninguna puerta está para defender la entrada, ni lo habita ninguna divinidad efímera.

Mme. Georgette Lebianc ¹

¹ Actriz distinguida y compañera de Maeterlinck.

PERSONAJES

por el orden en que entran a escena)

<i>La Madre Tyl.</i>	1º <i>Niño Azul.</i>
<i>Tyltyl.</i>	2º » »
<i>Mytyl.</i>	3º » »
<i>El Hada.</i>	4º » »
<i>El Pan.</i>	5º » »
<i>El Fuego.</i>	6º » »
<i>El Agua.</i>	7º » »
<i>La Leche.</i>	8º » »
<i>El Azúcar.</i>	9º » »
<i>El Perro.</i>	<i>El Rey de los nueve pla-</i>
<i>La Gata.</i>	<i>netas.</i>
<i>La Luz.</i>	11º <i>Niño Azul.</i>
<i>Las Horas.</i>	12º » »
<i>El Padre Tyl.</i>	15º » »
<i>Abuela Tyl.</i>	14º » »
<i>Abuelo Tyl.</i>	<i>El Enamorado.</i>
<i>Piervot.</i>	<i>La Enamorada.</i>
<i>Roberto.</i>	<i>El Tiempo.</i>
<i>Juanita.</i>	<i>El Hermanito por na-</i>
<i>Magdalena.</i>	<i>cer.</i>
<i>Petrita.</i>	<i>Los otros Niños azules.</i>
<i>Paulina.</i>	<i>Los Guardianes.</i>
<i>Riquilla.</i>	<i>El Jefe de los Groseros</i>
<i>La Noche.</i>	<i>Goces.</i>
<i>El Sueño.</i>	<i>Las Otras Dichas.</i>
<i>La Muerte.</i>	<i>Las Pequeñas Dichas.</i>
<i>El Catarro.</i>	<i>Los Adolescentes.</i>

<i>El Jefe de las Dichas.</i>	<i>La Dicha de los pensamientos inocentes.</i>
<i>La Dicha de la buena salud.</i>	<i>La Dicha de correr con los pies descalzos sobre el rocío.</i>
<i>La Dicha del aire puro.</i>	<i>La Alegría de ser justo.</i>
<i>La Dicha de amar a sus padres.</i>	<i>La Alegría de ser bueno.</i>
<i>La Dicha del cielo azul.</i>	<i>La Alegría de la gloria.</i>
<i>La Dicha de la selva.</i>	<i>La Alegría de pensar.</i>
<i>La Dicha de las horas de sol.</i>	<i>La Alegría de comprender.</i>
<i>La Dicha de la primavera.</i>	<i>La Alegría de ver lo que es bello.</i>
<i>La Dicha de las puestas de sol.</i>	<i>La Alegría de amar.</i>
<i>La Dicha de ver levantarse las estrellas.</i>	<i>El Amor materno.</i>
<i>La Dicha de la lluvia.</i>	<i>Las Alegrías ignoradas</i>
<i>La Dicha del fuego invernal.</i>	<i>La Vecina Berlingot.</i>
	<i>Su Hijita.</i>



TRAJES

Tyltyl: El traje de Pulgarcito en los cuentos de Perrault: calzoncito rojo-bermellón, corta casaca de azul tierno, medias blancas, zapatos o botines de cuero leonado.

Mytyl: El traje de Margarita (Grethel) o bien de Caperucita Encarnada.

La Luz: Traje color de luna, es decir, de oro pálido, con reflejos de plata, gasas cintilantes, formando rayos, etc. Estilo neo-griego o anglogriego, género Walter Crane o más o menos Imperio. Alto de talle, brazos desnudos, etcétera. Tocado: especie de diadema o de ligera corona.

El Hada Beryluna, La Vecina Berlingot: El traje clásico de las mujeres pobres de los cuentos de hadas. Podría suprimirse en el primer acto la transformación del Hada en princesa.

El Padre Tyl, La Madre Tyl, Abuelo Tyl, Abuela Tyl: Los trajes legendarios de los leñadores y campesinos alemanes en los cuentos de Grimm.

Las Hermanas y los Hermanos de Tyltyl: Variantes del traje de Pulgarcito.

El Tiempo: El traje clásico del Tiempo: extenso manto negro o azul ordinario, barba blanca y flotante, hoz y salvadera.

El Amor materno: El traje poco más o menos parecido al de la Luz, es decir, velos flexibles y casi transparentes de estatua griega, tan blancos como sea posible. Perlas y pedrerías tan ricas y tan numerosas como se quiera, con tal de que no se rompa la armonía pura y cándida del conjunto.

Las Grandes Alegrias: Como en el texto se dice, mantos luminosos de sutiles y suaves matices: despertar de rosa, sonrisa de agua, rosado de ámbar, azul de aurora, etc.

Las Dichas de la Casa: Mantos de diversos colores, o si se quiere, trajes de campesinos, pastores, leñadores, etc., pero idealizados y hechiceramente interpretados.

Los Groseros Goces: Antes de trasformarse: amplios y pesados mantos de brocados rojos y amarillos, alhajas enormes y pesadas, etc. Después de la trasformación: trajes de punto color de café o chocolate, que den impresión de campesinos disfrazados.

La Noche: Amplias vestiduras negras misteriosamente consteladas, con reflejos castaños. Velos, adormideras oscuras, etc.

La Hijita de la Vecina: Cabellera rubia y luminosa, largo manto blanco.

El Perro: Casaca roja, calzón blanco, botas charoladas, sombrero encerado; traje que recuerde mas o menos el de John Bull.

La Gata: Traje de punto de seda negra con lentejuelas.
Conviene animalizar discretamente las cabezas de estos animales.

El Pan: Suntuoso traje de pachá. Amplio manto de seda o de terciopelo carmesí con broche de

oro. Vasto turbante. Cimitarra. Vientre enorme, faz roja y extremadamente inflada.

El Azúcar: Manto de seda, por el estilo de los de los eunucos, mitad blanco y mitad azul para recordar el papel de envolver los panes de azúcar. Tocado de guardias del serrallo.

El Fuego: Traje rojo, manto bermellón con reflejos tornasolados, forrado de oro. Penacho de llamas multicolores.

El Agua: Traje color del tiempo del cuento «Piel de Asno», es decir, azulada o glauca, con reflejos transparentes, efectos de gasa destilante, igualmente estilo neo o anglo-greco, pero más amplio, más flotante. Tocado de flores y de algas o de juncos.

Los Animales: Trajes populares o campesinos.

Los Arboles: Trajes de matices variados del verde o del tinte tronco de árbol. Atributos, hojas o ramas que permitan reconocerlos.

CUADROS

Primer Cuadro (acto I).—LA CABAÑA DEL LEÑADOR.

Segundo Cuadro (acto II).—LA CASA DEL HADA.

Tercer Cuadro (acto II).—EL PAÍS DEL RECUERDO.

Cuarto Cuadro (acto III).—EL PALACIO DE LA NOCHE.

Quinto Cuadro (acto III).—LA SELVA.

Sexto Cuadro (acto IV).—ANTE LA CORTINA.

Sétimo Cuadro (acto IV).—EL CEMENTERIO.

Octavo Cuadro (acto IV).—ANTE LA CORTINA.

Noveno Cuadro (acto IV).—LOS JARDINES DE LAS DICHAS.

Décimo Cuadro (acto V).—EL REINO DEL PORVENIR.

Undécimo Cuadro (acto VI).—EL ADIÓS.

Duodécimo Cuadro (acto VI).—EL DESPERTAR.



EL PÁJARO AZUL

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

La cabaña del leñador

Representa el teatro el interior de una cabaña de leñador, sencilla, rústica, pero miserable no. Chimenea de consola en donde se adormece un fuego de astillas. Utensilios de cocina, armario, artesa, reloj de péndulo, rueca, fuente, etc. En una mesa, una lámpara encendida. Al pie del armario, de cada lado de este, dormidos, apelotonados, con las narices bajo la cola, un Perro y una Gata. Entre ambos, un gran pilón de azúcar blanco y azul. Colgando del muro, una jaula redonda con una tortolilla adentro. En el fondo, dos ventanas cuyos postigos interiores están cerrados. Al pie de una de ellas, un escabel. A la izquierda, la puerta de entrada de la casa, dotada de una gruesa aldaba. A la derecha, otra puerta. Escala al granero. A la derecha, igualmente, dos camitas de niño, a la cabecera de las cuales se encuentran, sobre dos sillas, algunos vestidos cuidadosamente doblados.

Al levantarse el telón, Tytyl y Mytyl están profundamente dormidos en sus camitas. La madre Tyl les da vuelta una última vez. se inclina sobre ellos, contempla un momento su

sueño, y llama con la mano al padre Tyl que asoma la cabeza por la puerta entornada. La madre Tyl pone un dedo en sus labios para ordenar silencio, luego sale de puntillas por la derecha, después de haber apagado la lámpara. Queda la escena oscura un instante, después una luz, cuya intensidad aumenta poco a poco, se filtra por las laminillas de los postigos. En la mesa la lámpara se enciende por sí sola. Ambos niños parecen despertar y se sientan.

TYLTYL.—Mytyl?

MYTYL.—Tyltyl?

TYLTYL.—Duermes?

MYTYL.—Y tú?...

TYLTYL.—No, no duermo, puesto que te hablo...

MYTYL.—Dime, ya es Noche Buena?...

TYLTYL.—Todavía no; es mañana. Pero el Niño no traerá nada este año...

MYTYL.—Por qué? ...

TYLTYL.—He oído a mamá decir que no había podido ir a la ciudad para avisarle... Pero vendrá el año próximo...

MYTYL.—No es largo el año próximo?...

TYLTYL.—No es muy corto... Pero esta noche viene a casa de los niños ricos...

MYTYL.—Ah? ...

TYLTYL.—Bah!.. Mamá olvidó la lámpara!.. Tengo una idea?...

MYTYL.—?...

TYLTYL.—Vamos a levantarnos...

MYTYL.—Es prohibido...

TYLTYL.—Pues como no hay nadie... Ves las celosías?...

MYTYL.—Qué claras están!...

TYLTYL.—Eso es las luces de la fiesta.

MYTYL.—Cuál fiesta?

TYLTYL.—Enfrente, en casa de los niños ricos. Es el árbol de Noche Buena. Vamos a abrir los postigos...

MYTYL.—Eso se puede?

TYLTYL.—Seguro, como estamos solos...
Oyes la música? Levantémonos... (Los dos niños se levantan, corren a una de las ventanas, suben sobre el escabel y empujan los postigos. Una viva claridad penetra en la pieza. Los niños ávidamente miran hacia afuera. Se ve todo!...)

MYTYL. (Que sólo encuentra un espacio estrecho sobre el escabel).—Yo nada veo...

TYLTYL.—Nieva!... Allí están dos coches de seis caballos!...

MYTYL.—Y de ellos salen doce muchachitos!...

TYLTYL.—Qué tonta!... Son niñas!...

MYTYL.—Si tienen pantalones...

TYLTYL.—Qué bien lo sabes... No me empujes así!...

MYTYL.—No te he tocado.

TYLTYL. (Que ocupa él solo todo el escabel) —Te coges todo el lugar!...

MYTYL.—Pero si no tengo lugar!...

TYLTYL.—Cállate, pues; se ve el árbol!...

MYTYL.—Cuál árbol?...

TYLTYL.—Pues el de Noche Buena!... Estás mirando la pared!...

MYTYL.—Miro la pared porque no hay lugar...

TYLTYL. (Cediéndole un lugarcito escaso sobre el escabel).—Aquí!... Tienes bastante?... No es ese el mejor?... Cuántas luces hay! Cuántas!...

MYTYL.—Qué hacen ellos, pues, que producen tanto ruido?...

TYLTYL.—Hacen música.

MYTYL.—Están enojados?...

TYLTYL.—No, pero se fatigan.

MYTYL.—Un coche más con tronco de caballos blancos!...

TYLTYL.—Cállate!... Mira, pues!...

MYTYL.—Qué es lo que pende allí de las ramas como de oro?...

TYLTYL.—Pues los juguetes!... Sables, fusiles, soldados, cañones...

MYTYL.—Y muñecas?... dí, no han puesto?...

TYLTYL.—Muñecas?... Eso es demasiado tonto, eso no les divierte...

MVTVL.—Y qué es todo eso alrededor de la mesa?...

TyLTVL.—Pasteles, frutas, tártaras a la crema...

MVTVL.—De eso comí yo una vez, cuando estaba chiquita...

TyLTVL.—Yo también; es mejor que el pan, pero rara vez le dan a uno...

MVTVL.—Allí no hay poco... Está llena la mesa. Van a comer acaso? ...

TyLTVL.—Seguro; qué otra cosa harían?...

MVTVL.—Por qué no los comen ya?...

TyLTVL.—Porque no tienen hambre...

MVTVL. (Estupefacta).—Que no tienen hambre?... Por qué?

TyLTVL.—Porque comen cuando quieren...

MVTVL. (Incrédula).—Todos los días?...

TyLTVL.—Así se dice...

MVTVL.—Se lo comerán todo?... Darán a alguien?...

TyLTVL.—A quién?...

MVTVL.—A nosotros...

TyLTVL.—No nos conocen...

MVTVL.—Y si les pedimos?...

TyLTVL.—Eso no se hace.

MVTVL.—Por qué?...

TyLTVL.—Porque es prohibido.

MYTYL. (Palmoteando las manos). — Oh qué lindos son!...

TYLTYL. (Entusiasmado). — Se ríen, se ríen!...

MYTYL. — Y los pequeñitos que bailan!...

TYLTYL. — Sí, sí, bailemos nosotros también!... (Saltan de alegría sobre el escabel).

MYTYL. — Qué divertido esto!...

TYLTYL. — Ya les dan los pasteles!... Pueden tocarlos!... Comen! comen! comen!...

MYTYL. — Los más chiquitos también!... Tienen dos, tres, cuatro!...

TYLTYL. (Ebrio de dicha). — Oh! qué bueno esto!... Qué bueno! qué bueno!...

MYTYL. (Contando los pasteles imaginarios). — A mí me han dado doce!...

TYLTYL. — A mí cuatro veces doce!.. Pero voy a darte... (Tocan a la puerta de la cabaña. Tyltyl súbitamente tranquilizado y asustado). Qué es?...

MYTYL. (Asustada). — Es papá!...

Como tardan en abrir, la gruesa aldaba se levanta por sí misma rechinando; entreábrese la puerta para dar paso a una viejecita vestida de verde y cubierta con una caperuza roja. Es gibada, coja, tuerta, los extremos de la nariz y del mentón se tocan, anda encorvada sobre su bordón. No hay duda de que es un hada.

EL HADA. — Tenéis aquí la yerba que canta o el Pájaro Azul?...

TYLTYL. — Hierba tenemos, pero no canta...

MYTYL.—Tytyl tiene un pájaro.

TYLTYL.—Pero no puedo darlo...

EL HADA.—Por qué?...

TYLTYL.—Porque es mfo.

EL HADA.—Ciertamente, es una razón. En
dónde está ese pájaro?...

TYLTYL. (Mostrando la jaula). —En la jaula...

EL HADA. (Poniéndose las gafas para examinar el
pájaro). No me gusta; no es bastante azul.
Será preciso que vayáis a buscarme ese
que necesito.

TYLTYL.—Pero yo no se dónde está...

EL HADA.—Yo tampoco. Por eso hay que
ir a buscarlo. Puedo, si es preciso, pa-
sarme sin la hierba que canta; pero
necesito absolutamente el Pájaro Azul.
Es para mi nieta que está muy enferma.

TYLTYL.—Qué es lo que tiene?...

EL HADA.—No se sabe con certeza; ella
quisiera ser dichosa...

TYLTYL.—Ah?...

EL HADA.—Sabéis quién soy?...

TYLTYL.—Os parecís un poco a nuestra
vecina, madama Berlingot...

EL HADA. (Enfadándose de súbito). —De ningún
modo... Ninguna relación hay... Esto
es abominable!... Soy el Hada Beryluna.

TYLTYL.—Ah! muy bien...

EL HADA.—Debéis partir en seguida.

TYLTYL.—Vendréis con nosotros?...

EL HADA.—Absolutamente imposible a causa de la olla que he dejado puesta esta mañana y que se desborda cada vez que me ausento más de una hora... Mostrando sucesivamente el cielo raso, la chimenea y la ventana).

Queréis salir por aquí, por allí o por allá?..

TYLTYL. (Mostrando tímidamente la puerta). — Me gustaría mejor salir por allí...

EL HADA. (Enfadándose de súbito una vez más). —Es absolutamente imposible, y esa es una costumbre repugnante!... (Indicando la ventana). Saldremos por allí... Y bien!... Qué esperáis?... Vestíos enseguida... (Los niños obedecen y se visten rápidamente . Voy a ayudar a Mytyl...

TYLTYL.—No tenemos zapatos...

EL HADA.—Eso no importa. Voy a daros un sombrero maravilloso. En dónde están vuestros padres?...

TYLTYL. (Mostrando la puerta a la derecha). —Allí están; se hallan durmiendo.

EL HADA.—Y vuestro abuelo? Y vuestra abuela?...

TYLTYL.—Están muertos...

EL HADA.—Y vuestros hermanitos y hermanitas... Los tenéis?...

TYLTYL.—Sí, sí; tres hermanitos...

MYTYL.—Y cuatro hermanitas...

EL HADA.—En dónde están?...

TYLTYL.—Muertos también...

EL HADA.—Queréis volverlos a ver?...

TYLTYL.—Oh sí!... En seguida!... Mostrádnoslos...

EL HADA.—No los tengo en mi bolsillo...

Pero esto nos sienta a maravilla; los volveréis a ver al pasar por el País del Recuerdo. Está en el camino del Pájaro Azul. Enseguida, a la izquierda, después de la tercera encrucijada. Qué hacíais cuando llamé a la puerta?...

TYLTYL.—Jugábamos a comer pasteles.

EL HADA.—Tenéis pasteles?... En dónde están?

TYLTYL.—En el palacio de los niños ricos...

Venid a ver, es tan hermoso!...

Se lleva el Hada hacia la ventana.

EL HADA. *(En la ventana).*—Pero si son los otros los que comen!...

TYLTYL.—Sí; pero como uno lo ve todo...

EL HADA.—Tú no les quieres mal?...

TYLTYL.—Por qué?...

EL HADA.—Porque se lo comen todo. Me parece que hacen mal no dándote...

TYLTYL.—Pues no, porque ellos son ricos...

- Hum!... Qué lindo en casa de ellos!...
- EL HADA.—No es más bonito que en tu casa.
- TYLTYL.—Uh!... Aquí es más negro, más pequeño, sin pasteles...
- EL HADA.—Es absolutamente la misma cosa; es que tú no ves...
- TYLTYL.—Pero si yo veo muy bien y tengo muy buenos ojos. Puedo ver la hora en el cuadrante de la iglesia que papá no ve...
- EL HADA. (Enfadándose de súbito.—Te digo que no ves!... Cómo, pues, me ves?...Cómo, pues, estoy hecha?... (Silencio difícil de Tytyl). Y bien, responderás tú? que yo sepa si tú ves... Soy bonita o fea?... (Silencio cada vez más embarazoso). No quieres responder?... Soy joven o vieja?... Estoy rosada o amarilla?... Quizás tengo una giba?...
- TYLTYL. (Conciliador).—No, no es grande.
- EL HADA.—Pero si viendo tu aspecto, se la creería enorme... Tengo la nariz gan-chuda y vaciado el ojo izquierdo?...
- TYLTYL.—No, no, yo no digo nada... Quién lo vació?...
- EL HADA. (Cada vez más irritada).—Pero si no está vaciado!... Insolente! miserable!... Es más hermoso que el otro; más grande, más claro, es azul como el cielo...

Y mis cabellos, los ves?... Son blondos como los trigos... diríase que es oro virgen!... Y tengo tantos, tantos que me pesa la cabeza... Se salen por todas partes... Los ves en mis manos?

(Estiende dos escasas mechadas de cabellos grises).

TYLTYL.—Sí, veo algunos...

EL HADA. (Indignada).—Algunos!... Gavillas!... brasadas! montones! olas de oro!... Sé bien que algunas gentes dicen que no los ven; pero yo supongo que tú no eres de esos ciegos malvados?

TYLTYL.—No, no, veo muy bien los que no se esconden...

EL HADA.—Pero hay que ver los otros con la misma audacia!... Es curioso lo que pasa con los hombres... Desde la muerte de las hadas ya no ven del todo y ni siquiera lo sospechan... Por ventura traigo siempre conmigo lo que es necesario para reencender los ojos extinguidos... Qué es lo que extraigo de mi saco?...

TYLTYL.—Oh! qué lindo sombrero verde!... Qué es lo que así brilla en la cucarda?...

EL HADA.—Es el gran Diamante que hace ver...

TYLTYL.—Ah!...

EL HADA.—Sí; cuando uno tiene el sombrero en la cabeza, se da vuelta un poco al Diamante, de derecha á izquierda. Así, lo ves?... Se apoya entonces sobre una giba de la cabeza que nadie conoce y que abre los ojos...

TYLTYL.—Y eso no hará mal?...

EL HADA.—Por el contrario, se hace uno hada... Se ve al instante mismo lo que hay en las cosas; el alma del pan, del vino, de la pimienta, por ejemplo...

MYTYL.—También se ve el alma del azúcar?...

EL HADA. *Repentinamente enfadada.* —Eso está claro!... No me gustan las preguntas inútiles... El alma del azúcar no es más interesante que la de la pimienta... Ved, os doy lo que tengo para ayudaros en la rebusca del Pájaro Azul... Se que el Anillo que hace invisible ó la Capa-Volante os serían más útiles... Pero perdí la llave del armario en donde los he guardado... Ah! iba á olvidar... (*Mostrando el Diamante.*) Ve, cuando uno lo tiene así... una ligera vuelta más le deja á uno ver el Pasado... Con una vueltecita más uno ve el Porvenir... Es cu-

rioso y práctico y no causa ruido...

TYLTYL.—Papá me lo quitará...

EL HADA.—No lo verá. Nadie podrá verlo mientras esté en tu cabeza... Quieres ensayar? (Pone á Tytyl el sombrero verde). Ahora, da vuelta al Diamante... una vuelta y después...

Apenas Tytyl ha hecho girar el Diamante un cambio súbito y prodigioso se opera en todas las cosas. La vieja hada de pronto se hace una bella princesa maravillosa: los guijarros con que se hallan contruidos los muros de la cabaña se iluminan, azulean como zafiros, se hacen transparentes, cintilan, deslumbran, al igual de las más preciosas piedras. El pobre mobiliario se anima y resplandece. la mesa de madera blanca toma un aspecto tan grave, tan noble, como una mesa de mármol: el cuadrante del reloj guiña el ojo y sonríe con agrado, mientras que la puerta tras la cual va y viene el péndulo se entreabre y deja escapar las Horas, las cuales, con las manos enlazadas y riendo á carcajadas, comienzan á danzar á los sones de una deliciosa música. Asombro legítimo de Tytyl que exclama mostrando las Horas:

TYLTYL.—Quiénes son esas hermosas damas?...

EL HADA.—No tengas miedo; son las horas de tu vida que están felices de hallarse libres y visibles por un instante...

TYLTYL.—Y por qué tan claros los muros?... Son de azúcar ó de piedras preciosas?...

EL HADA.—Todas las piedras son semejantes, todas las piedras son preciosas: pero el hombre sólo ve algunas de ellas...

Mientras hablan así, la férica transformación continúa y se completa. Las almas de los Panes-de-cuatro-libras, bajo la forma de peles en traje de punto color corteza de pan, aturcidos y empolvados de harina, se escapan de la artesa, trastavillan en torno de la mesa, en donde se les acerca el Fuego, que salido del hogar en traje de punto color de azufre y bermellón los persigue, desternillándose de risa.

TYLTYL.—Quiénes son esos feos peles?...

EL HADA.—Nada grave; son las almas de los Panes-de-cuatro-libras que se aprovechan del reino de la verdad para salir de la artesa en donde se hallaban acucillados...

TYLTYL.—Y el enorme diablo rojo que huele tan mal?...

EL HADA.—Chitón!... No hables tan alto, es el Fuego... y tiene mal carácter.

Este diálogo no ha interrumpido la transformación férica. El Perro y la Gata, arrodados al pie del armario, lanzan simultáneamente un largo grito, desaparecen en una trampa y surgen en su lugar dos personajes, de los cuales lleva el uno máscara de bulldog y el otro una cabeza de gata. Inmediatamente el hombrecillo de máscara de bulldog—que en adelante llamaremos el Perro—se precipita sobre Tytyl á quien abraza con violencia y

anonada con el ímpetu de sus caricias ruidosas, en tanto que la mujercita de máscara de gata—que llamaremos simplemente la Gata— se peina, se lava las manos y se alisa los bigotes antes de acercarse á Mytyl.

EL PERRO. (Aullando, saltando, empujándolo todo, insoportable).—Diosito mío, buenos días! Buenos días, diosito mío!... Al fin, al fin ya puedo hablar! Tenía tantas cosas que decirte!... En vano ladraba y agitaba la cola!... Tú no comprendías!... Pero ahora!... Buenos días, buenos días!... Te amo, te amo!... Quieres que haga para tí alguna cosa asombrosa?... Que te haga alguna gracia?... Quieres que ande de manos o que dance en la cuerda?...

TYLTYL. (Al Hada).—Quién es este señor de cabeza de perro?

EL HADA.—Pero no lo ves? Es el alma de Tylo que tú dejaste en libertad...

LA GATA. (Acercándose a Mytyl y tendiéndole la mano ceremoniosamente, con circunspección).—Buenos días, señorita!... Qué linda que está usted esta mañana!...

MYTYL.—Buenos días, señora. (Al Hada). Quién es?...

EL HADA.—Es fácil verlo; el alma de Tylyta que te tiende la mano... Bésala!...

EL PERRO. (Empujando a la Gata).—Yo también abrazaré a mi diosito! Abrazo a la niña, abrazo a todo el mundo!... Pst!... Vamos a divertirnos!... Voy a asustar a Tylyta!... Guau! guau! guau!...

LA GATA.—Señor, yo no lo conozco...

EL HADA. (Amenazando al Perro con su varilla).—Tú, vas a estarte tranquilo; si no, volverás al silencio hasta el fin de los tiempos...

Sin embargo, la transformación ha proseguido su curso: se ha puesto la Rueda a girar vertiginosamente en su rincón hilando espléndidos rayos de luz: la Fuente, en el otro ángulo, se pone a cantar con una voz tiple y transformándose en fuente luminosa, inunda el artesón de velos de perlas y de esmeraldas, a través de las cuales se lanza el alma del Agua, semejante a una joven destilante, desgredada, llorona, que va incontinente a batirse con el fuego.

TYLTYL.—Y la señora empapada?...

EL HADA.—No temas, es el agua que sale del tubo...

La lechera se vuelca, cae de la mesa, se rompe en el suelo; y de la leche derramada se levanta una gran forma blanca y pudibunda que parece tener miedo de todo.

TYLTYL.—Y la miedosa señora en camisa?...

EL HADA.—Es la Leche que ha roto su pichel...

El Pilón de Azúcar puesto al pie del armario crece, se alarga y desgarrá su envoltura de papel de donde emerge un ser dulzón e hipócrita, vestido con una casaca, por mitades blanca y azul, el cual, sonriendo ingenuamente avanza hacia Mytyl.

MYTYL. (Con inquietud).—Qué es lo que quiere?...

EL HADA.—Si es el alma del Azúcar!...

MYTYL. (Consolada).—Tiene confites?...

EL HADA.—Si sólo eso tienen sus bolsillos y cada dedo de sus manos es uno...

La Lámpara cae de la mesa, y, tan pronto como cae su llama se endereza y se transforma en una luminosa virgen de incomparable belleza. Está vestida de largos velos transparentes y deslumbrantes y se queda inmóvil en una especie de éxtasis.

TYLTYL.—Es la Reina!

MYTYL.—Es la Santísima Virgen!...

EL HADA.—No, hijos míos, es la Luz...

No obstante, las cacerolas en los anaqueles giran como trompos holandeses, el armario de ropa rechina sus batientes y comienza un magnífico desfile de telas color de luna y de sol entre las cuales harapos y andrajos no menos espléndidos descienden por la escala del granero. Se oye tres golpes bastante rudos a la puerta de la derecha.

TYLTYL. (Asustado).—Es papá!... Nos ha oído!...

EL HADA.—Da vuelta al Diamante!... De izquierda á derecha!... (Tyltyl hace girar vivamente el Diamante). No tan ligero!... Dios

mío! es demasiado tarde!... Lo has hecho girar muy bruscamente. No tendrán tiempo de tomar su lugar y nos darán mucho que hacer... (El Hada vuelve á ser vieja. los muros de la cabaña extinguen sus esplendores. las Horas entran en el reloj, la Rueda se detiene. etc.; pero en la premura y el desorden general, mientras el Fuego corre locamente en torno de la pieza buscando la chimenea, uno de los Panes-de-cuatro-libras, que no ha podido encontrar sitio en la artesa, rompe en sollozos y lanza rugidos de espanto. Qué hay?...

EL PAN. (Bañado en lágrimas). — Ya no hay más sitio en la artesa!...

EL HADA. (Acercándose a la artesa). — Sí hay, sí hay, (Empujando los otros panes que han vuelto a tomar su lugar primitivo. Vamos, pronto, acomódate...

Llaman de nuevo a la puerta.

EL PAN. (Desconcertado, esforzándose en vano por entrar en la artesa). — No hay remedio!... Me va a comer a mí primero!...

EL PERRO. Saltando en torno de Tytyl). — Diosito mío!... Todavía estoy aquí!... Todavía puedo hablarte!... Todavía puedo abrazarte!... Todavía! todavía! todavía!...

EL HADA. — Cómo, también tú?... Todavía estás aquí?...

EL PERRO. — Estoy de vena... No he podido

entrar en el silencio, porque la trampa se cerró demasiado pronto...

LA GATA.—La mfa también... Qué irá a suceder?... Habrá algún peligro?

EL HADA.—Dios mío! debo deciros la verdad: todos los que acompañen a los dos niños morirán al fin del viaje...

LA GATA.—Y los que no los acompañen?...

EL HADA.—Sobrevivirán algunos minutos...

LA GATA. (Al Perro).—Ven, entremos en la trampa...

EL PERRO.—No, no!... Yo no quiero!... Quiero acompañar al diosito!... Quiero hablarle siempre!...

LA GATA.—Imbécil!...

Tocan de nuevo a la puerta.

EL PAN. (Llorando a lágrima viva).—No quiero morir al fin del viaje!... Prefiero entrar ya en mi artesa!...

EL FUEGO. (Que no ha cesado de recorrer vertiginosamente la pieza lanzando silbidos de angustia).—Ya no encuentro la chimenea!...

EL AGUA. (Que trata vanamente de entrar en el tubo).—No puedo entrar en el tubo!...

EL AZÚCAR. (Que se agita al rededor de su envoltura de papel).—He roto mi envoltura de papel!...

LA LECHE. (Linfática y pudibunda). — Han quebrado mi pichelito!...

EL HADA. — Qué torpes son, Dios mío!... Qué torpes y cobardes!... Os gustaría más continuar viviendo en vuestras viles cajas, en vuestras trampas y en vuestros tubos que acompañar a los niños que van a buscar el Pájaro?...

TODOS. (A excepción del Perro y de la Luz). — Sí! sí! En seguida!... Mi tubo!... Mi artesa!... Mi chimenea!... Mi trampa!...

EL HADA. (A la Luz que mira meditabunda los restos de su lámpara). — Y tú, Luz, qué dices de esto?

LA LUZ. — Acompañaré a los niños...

EL PERRO. (Aullando de alegría). — Yo también! Yo también!...

EL HADA. — Esto es de lo mejor. Por lo demás, demasiado tarde es para retroceder; ya no podéis elegir, todos tenéis que salir con nosotros... Pero, Fuego, no te aproximes a nadie, y tú, Perro, no embromes a la Gata, y tú, Agua, ponte derecha y trata de no derramarte donde quiera...

A la puerta de la derecha se oyen golpes violentos.

TYLTYL. (Escuchando). — Es papá!... Pero ahora se levanta, lo oigo andar...

EL HADA.—Escapemos por la ventana...
Vendréis a mi casa, en donde vestiré
convenientemente a los animales y los
fenómenos... (Al Pan). Tú, Pan, toma la
jaula en la cual se colocará el Pájaro
Azul... Tú cuidarás de ella... Pronto,
pronto, no perdamos el tiempo...

La ventana se alarga bruscamente como una
puerta. Salen todos, después la ventana toma
su forma primitiva y se cierra inocentemente.
El cuarto vuelve a hallarse a oscuras y las dos
camitas sumergidas en la sombra. La puerta
de la derecha se entreabre, y por la abertura
aparecen las cabezas del padre y de la ma-
dre Tyl.

EL PADRE TYL.—No es nada... Es el grillo
que canta...

LA MADRE TYL.—Los ves?...

EL PADRE TYL.—Sí por cierto... Duermen
tranquilamente...

LA MADRE TYL.—Los oigo respirar...

Ciérrase la puerta.

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

SEGUNDO CUADRO

En casa del Hada

Un magnífico vestíbulo en el palacio del Hada Beryluna. Columnas de mármol claro con capiteles de oro y plata, escaleras, pórticos, balaustradas, etc.

Entran por el fondo, a la derecha, suntuosamente vestidos, la Gata, el Azúcar y el Fuego. Salen de un departamento de donde emanan rayos de luz: es la guardarropiá del Hada. La Gata se ha echado una gasa ligera sobre su traje de seda negra, el Azúcar lleva traje de seda mitad blanco y mitad azul tierno, y el Fuego con un tocado de penachos multicolores, con un amplio manto carmesí plegado de oro. Atraviesan toda la sala y descienden al primer plano, a la derecha, donde la Gata los reúne bajo un pórtico.

LA GATA.—Por aquí. Conozco todas las vueltas de este palacio... El Hada Beryluna lo ha heredado de Barba Azul. Mientras los niños y el Hada hacen visita a los nietos del Hada, aprovechemos nuestro último minuto de liber

tad... Os he hecho venir aquí a fin de conversar de la situación en que se nos ha colocado... Estamos todos aquí presentes?...

EL AZÚCAR.—Aquí viene el Perro que sale de la guardarropía del Hada...

EL FUEGO.—Cómo diantre se ha vestido?...

LA GATA.—Ha tomado la librea de uno de los lacayos de la carroza de la Cenicienta... Era lo que necesitaba... Tiene alma de lacayo... Pero escondámonos detrás de la balaustrada... Desconfío de él extrañamente... Vale más que no oiga lo que tengo que deciros...

EL AZÚCAR.—Es inútil... Nos ha descubierto... Toma, aquí está el Agua que sale al mismo tiempo de la guardarropía... Dios! qué bella está!...

El Perro y el Agua se reúnen al primer grupo.

EL PERRO. (Saltando).—Hola! hola!... Qué bellos estamos! Mirad estos encajes, estos bordados!...Es oro, y del bueno!...

LA GATA. (Al Agua).—Es el vestido «color de tiempo» de Piel de Asno?... Me parece que lo conozco...

EL AGUA.—Sí, es lo que me sentaba mejor...

EL FUEGO. (Entre dientes).—No tiene su paraguas...

EL AGUA.—Qué dices?...

EL FUEGO.—Nada, nada...

EL AGUA.—Creí que hablabais de un narigón rojo que ví el otro día...

LA GATA.—Vamos, no riñamos, hay algo mejor que hacer... Ahora sólo esperamos al Pan: dónde está?...

EL PERRO.—No concluía sus remilgos para elegirse un traje...

EL FUEGO.—Es que eso es difícil cuando se tiene cara de idiota y uno se gasta un vientre crecido...

EL PERRO.—Finalmente se ha decidido por un vestido turco ornado de pedrerías, una cimitarra y un turbante...

LA GATA.—Aquí viene!... Se ha puesto la ropa más hermosa de Barba Azul...

Entra el Pan, con el traje que se acaba de describir. El traje de seda con dificultad puede cruzarle sobre su enorme vientre. Tiene en una mano el puño de la cimitarra ceñida a su cintura y en la otra la jaula destinada al Pájaro Azul.

EL PAN. (Contoneándose vanidosamente).—Bien?... Cómo me encuentras?...

EL PERRO. (Saltando alrededor del Pan).—Qué hermoso! qué torpe! qué hermoso! qué hermoso está!...

LA GATA. (Al Pan). —Están vestidos los niños?...

EL PAN.—Sí, el señor Tyltyl se ha puesto la casaca roja, las blancas medias y los calzones azules de Pulgacito y la señorita Mytyl tiene el traje de Grethel y las zapatillas de la Cenicienta... Pero la gran dificultad ha sido la de vestir a la Luz!...

LA GATA.—Por qué?...

EL PAN.—Tan bella la encontraba el Hada que no quería vestirla!...Protesté entonces en nombre de nuestra dignidad de elementos esenciales, eminentemente respetables y concluí por declarar que en esas condiciones rehusaba salir con ella.

EL FUEGO.—Preciso sería comprarle una pantalla!...

LA GATA.—Y qué te respondió el Hada?...

EL PAN.—Dióme algunos bastonazos en el vientre y la cabeza...

LA GATA.—Y luego?...

EL PAN.—Me convencí enseguida, pero á última hora se decidió la Luz por el traje «color de luna» que se encontraba en el fondo del cofre de los tesoros de Piel-de-Asno...

LA GATA.—Vamos, hemos charlado bastante, el tiempo apura... Se trata de nuestro porvenir... Habéis oído decir al Hada que el fin de este viaje sería también el de nuestra vida... Trátase, pues, de prolongarla tanto como sea posible y por todos los medios posibles... Hay algo más aún; tenemos que pensar en la suerte de nuestra raza y en el destino de nuestros hijos...

EL PAN.—Bravo, bravo!... Tiene razón la Gata!...

LA GATA.—Escuchadme... nosotros los aquí presentes, animales, cosas y elementos poseemos una alma que el Hombre no conoce todavía. Por eso es que conservamos un resto de independencia; mas si se apodera del Pájaro-Azul, todo lo sabrá, todo lo verá y quedaremos por completo á su antojo... Esto es lo que acaba de revelarme mi antigua amiga la Noche, que es al mismo tiempo el guardián de los misterios de la Vida... Tenemos que impedir á todo trance el encuentro de este Pájaro, aunque para ello debiésemos poner en peligro la vida misma de los niños... Nos va en ello nuestro interés...

EL PERRO. (Indignado). —Qué dice ésta?... Repítelo para entender de qué se trata.

EL PAN. —Silencio!... Tú no tienes la palabra!... Presido la asamblea...

EL FUEGO. —Quién te ha nombrado presidente?...

EL AGUA. (Al Fuego). —Silencio!... En qué te entrometes?

EL FUEGO. —En lo que es preciso... No tengo reproches que recibir de tí...

EL AZÚCAR. (Conciliador). —Permitidme... no, no riñamos... Es difícil el momento... Ante todo se trata de ponernos de acuerdo acerca de las medidas que deberemos tomar...

EL PAN. —Soy de la opinión del Azúcar y de la Gata...

EL PERRO. —Esto es tonto!... Existe el Hombre, eso es todo!... Hay que obedecerle y hacer todo lo que él quiere!... Sólo eso es verdadero!... A él solo le reconozco!... Viva el Hombre!... Por el Hombre, a la vida o a la muerte, todo por Él!... El Hombre es dios!...

EL PAN. —Soy de la opinión del Perro.

LA GATA. (Al Perro). —Pero hay que dar sus razones...

EL PERRO. —No hay razones!... Amo al

Hombre y eso me basta!... Si algo contra él ejecutáis os estrangularé primero y luego iré a revelárselo todo...

EL AZÚCAR. (Interviniendo con suavidad).—Permitidme... No agriemos la discusión... Unos y otros tenéis razón desde cierto punto de vista... En esto existe un pro y un contra...

EL PAN.—Soy de la opinión del Azúcar!...

LA GATA.—Acaso cuantos aquí estamos: el Agua, el Fuego, aun vosotros mismos el Pan y el Perro, no somos víctimas de ignominiosa tiranía?... Recordad la época en que, antes de la venida del déspota, vagábamos en libertad sobre el haz de la Tierra... los solos amos del mundo eran el Agua y el Fuego. Ved ahora en lo que han venido á parar!... En cuanto a nosotros, los humildes descendientes de los grandes felinos... En guardia!... Disimulemos... Se aproximan el Hada y la Luz... La Luz tomó el partido del Hombre y es nuestra peor enemiga!... Aquí están...

Por la derecha entran el Hada y la Luz seguidas de Tytyl y Mytyl.

EL HADA.—Y bien?... Qué hay?... Qué hacéis en este rincón?... Se diría que cons-

piráis... Tiempo es de ponerse en camino... Acabo de decidir que sea vuestro jefe la Luz... Le obedeceréis como a mí misma y yo le confío mi varita!... Los niños visitarán esta noche a sus abuelos que han muerto... No les acompañaréis por discreción... Pasarán la velada en el seno de su familia difunta... Durante este tiempo haréis los preparativos indispensables para la etapa de mañana que será larga... Vamos, en pie y al camino y cada cual a su puesto!...

LA GATA. (Hipócritamente).—Es esto justamente lo que les decía, señora Hada... Exhortábalas a cumplir concienzuda y valerosamente todo su deber; por desdicha, el Perro, que no cesaba de interrumpirme...

EL PERRO.—Qué dice?... Espera un poco!...

Intenta saltar sobre la Gata, pero Tylyl que ha prevenido su movimiento, lo detiene con un gesto amenazador.

TYLTYL.—Échate, Tylo!... Ten cuidado y si una vez más te sucede...

EL PERRO.—Diosito mío, tú no sabes, ella es quien...

TYLTYL. (Amenazándolo).—Cállate!...

EL HADA. —Vamos, concluyamos esto...
Que esta tarde el Pan entregue la jaula a
Tyltyl... Posible es que el Pájaro Azul
se esconda en el Pasado, en casa de los
abuelos... En todo caso, es una proba-
bilidad que no conviene menospreciar...
Pues bien, el Pan, traiga acá la jaula.

EL PAN. (Solemne). —Un instante, si lo permi-
tís, señora Hada... (Como un orador que toma
la palabra). Sed testigos todos vosotros de
que esta jaula de plata confiada a mí
por...

EL HADA. (Interrumpiéndolo). —Basta! No más
frases... Saldremos por allí mientras
los niños saldrán por aquí.

TYLTYL. (Muy inquieto). —Solos saldremos?

MYTYL. —Tengo hambre!...

TYLTYL. —Yo también!...

EL HADA. (Al Pan). —Abre tu traje turco y
dales una rebanada de tu sabroso vien-
tre...

El Pan abre su traje, saca su cimitarra y
corta de su vientre dos tajadas que ofrece a
los niños.

EL AZÚCAR. (Aproximándose a ellos). —Permitid-
me ofreceros al mismo tiempo algunas
confituras.

Uno a uno rompe los cinco dedos de su mano izquierda y se los obsequia.

MYTYL.—Qué hace?... Se quiebra todos los dedos...

EL AZÚCAR. (*Insinuante*).—Probadlos, son excelentes... Verdaderas confituras...

MYTYL.—(*Chupando uno de los dedos*). Qué bueno es, Dios mío!... Tienes muchos acaso?...

EL AZÚCAR. (*Modesto*).—Sí, cuantos quiera...

MYTYL.—Te duele cuando los rompes así?...

EL AZÚCAR.—Nada, absolutamente... Al contrario; hay la ventaja de que brotan inmediatamente y de ese modo siempre tengo dedos limpios y nuevos...

EL HADA.—Vamos, hijos míos, no comáis demasiado azúcar. No olvidéis que cenaréis en casa de vuestros abuelos...

TYLTY.—Están aquí?...

EL HADA.—Vais a verlos al instante...

TYLTY.—Cómo podremos verlos si están muertos?...

EL HADA.—No están muertos... No viven acaso en vuestro recuerdo?... No conocen los hombres este secreto, porque saben muy poca cosa; tú, en cambio, gracias al Diamante, verás que los muertos de que uno se acuerda son tan felices como si no hubiesen muerto...

TYLTYL.—Viene la Luz con nosotros?...

LA LUZ.—No; más conveniente es que todo se suceda en familia... Aquí aguardaré para no parecer indiscreta... A mí no me han invitado.

TYLTYL.—Por dónde hay que ir?...

EL HADA.—Por aquí... Os halláis en el umbral del «País del Recuerdo». Cuando hayas dado vuelta al Diamante, verás un gran árbol con un rótulo que te mostrará que has llegado... Pero no olvidéis que ambos debéis regresar a las nueve menos cuarto... Esto es en extremo importante... Sobre todo, sed cumplidos, pues todo se perdería si llegaseis retrasados... Hasta pronto!...
(Llamando a la Gata, al Perro y a la Luz, etc.) Por aquí... Y los niños por allí...

El Hada con la Luz, los animales, etc. salen por la derecha: por la izquierda salen los niños.

TELÓN.

TERCER CUADRO

El País del Recuerdo

Niebla espesa de donde emerge, a la derecha, en el primer plano, el tronco de una gruesa encina con un rótulo; claridad lechosa, difusa, impenetrable.

Están al pie de la encina Tylyl y Mytyl.

TYLTYL.—Aquí está el árbol...

MYTYL.—Hay un rótulo!...

TYLTYL.—No puedo leer... Espera, subiré a esta raíz... Eso es... Está escrito: «País del Recuerdo».

MYTYL.—Aquí es donde comienza?...

TYLTYL.—Sí, hay una flecha...

MYTYL.—Y bien, adónde están nuestros abuelos?

TYLTYL.—Detrás de la niebla... Vamos a ver...

MYTYL.—Nada veo!... Ni mis pies ni mis manos... (Lloriqueando). Tengo frío!... No quiero viajar más... Deseo volver a la casa...

TYLTYL.—Vamos, no llores todo el tiempo, como el Agua... No te da vergüenza?... Una niñita tan grande!... Mira, la niebla se levanta ya... Vamos a ver lo que hay

dentro... (En efecto, se ha puesto en movimiento la bruma; se aligera, se ilumina, se dispersa, se evapora. Luego, en una luz, cada vez más trasparente, se descubre, bajo una bóveda de verdura, una risueña casilla de campesino cubierta de trepadoras plantas... Abiertas están las ventanas y la puerta. Vense colmenas bajo un alero, macetas de flores sobre el alféizar de las ventanas, una jaula en donde un mirlo duerme, etcétera. Cerca de la puerta, un banco, sobre el cual, sentados, profundamente dormidos, se hallan un viejo campesino y su mujer, el abuelo y la abuela de Tyltyl. Este los reconoce enseguida). **Son los abuelos!...**

MYTYL. (Palmoteando las manos). — **Sí, sí!... son ellos!... Son ellos!...**

TYLTYL. (Un poco desconfiado todavía). — **Cuidado!... Todavía no sabemos si se mueven, que-démonos detrás del árbol...**

La abuela Tyl abre los ojos, endereza la cabeza, se estira, lanza un suspiro, mira al abuelo Tyl que también se despierta lentamente de su sueño.

LA ABUELA TYL.—Abrigo la idea de que nuestros nietos, que viven aún, vendrán a vernos hoy...

EL ABUELO TYL.—De seguro, piensan en nosotros; pues todo yo soy una cosa y siento hormigas en las piernas...

ABUELA TYL.—Paréceme que deben de hallarse cerca, porque danzan en mis ojos lágrimas de alegría...

ABUELO TYL.—No, no; están muy lejos... Aun me siento débil...

ABUELA TYL.—Te digo que están aquí; tengo ya toda mi fuerza.

TYLTYL Y MYTYL. (Salen de detrás de la encina).— Aquí estamos!... Aquí estamos!... Abuelito, Abuelita!... Somos nosotros!... Somos nosotros!...

ABUELO TYL.—Aquí!... Lo ves?... Qué te decía yo?... Estaba seguro de que vendrían hoy...

ABUELA TYL.—Tyltyl!... Mytyl!... Eres tú!... Es ella!... Son ellos!... (Esforzándose por correr a su encuentro). No puedo correr!... Sufro siempre de reuma!

ABUELO TYL. (Se acerca cojeando). —Tampoco yo... A causa de mi pierna de palo que reemplaza la que se me rompió cuando caí de la grande encina...

Los abuelos y los niños se besan locamente.

ABUELA TYL.—Cuánto has crecido y qué fuerte estás, Tyltyl!...

ABUELO TYL. (Acariciando los cabellos de Mytyl).— Y Mytyl!... Mira, pues!... Los hermo-

sos cabellos, los bellos ojos!... Y además, qué aroma tiene!...

ABUELA TYL.—Abracémonos más!... Sentaos en mis rodillas!...

ABUELO TYL.—Y a mí, no me dejas nada?...

ABUELA TYL.—No, no... Primero conmigo... Cómo están Papá y Mamá Tyl?...

TYLTYL. — Muy bien, abuela... Dormían cuando salimos...

ABUELA TYL. (Contemplándolos y llenándolos de caricias).—Dios mío, qué lindos y qué limpios están!... Os lavó mamá?... Y no están rotas tus medias!... En otro tiempo era yo quien las remendaba. Por qué no venís a vernos más amenudo?... Eso nos causa tanto placer!... Meses y meses hace que nos olvidáis y que no vemos a nadie...

TYLTYL.—No podíamos, abuela; hoy, gracias al Hada...

ABUELA TYL.—Aquí estamos siempre esperando una visita de los que viven... Vienen tan rara vez!... La última ocasión que vinisteis, cuándo fué?... Fue el día de Todos los Santos, cuando doblaba la campana de la iglesia...

TYLTYL.—El día de Todos los Santos?... No

hemos salido ese día, porque estábamos acatarrados...

ABUELA TYL.—Pero habéis pensado en nosotros...

TYLTYL.—Sí...

ABUELA TYL.—Pues bien, cada vez que pensáis en nosotros, nos despertamos y os volvemos a ver...

TYLTYL.—Cómo? Basta que...

ABUELA TYL.—Pero si, lo sabes bien...

TYLTYL.—No, yo no sé...

ABUELA TYL. (A abuelo Tyl). —Es asombroso lo que sucede entre ellos... No saben todavía... no aprenden nada, pues?...

ABUELO TYL.—Es como en nuestro tiempo... Son tan torpes los Vivos cuando hablan de los Otros...

TYLTYL.—Dormís todo el tiempo?...

ABUELO TYL.—Sí, no es poco lo que dormimos aguardando que un pensamiento de los Vivos nos despierte... Ah! Bueno es dormir cuando la vida ha concluido... Pero agradable es despertarse de cuando en cuando...

TYLTYL.—Entonces, no estáis muertos de verdad?...

ABUELO TYL. (Sonriendo). —Qué dices?... Qué ha dicho éste?... Ve como emplea pala-

bras que no comprendemos... Es una voz nueva, una invención nueva?...

TYLTYL.—La palabra «muerto»?...

ABUELO TYL.—Sí; era esa palabra... Qué es lo que quiere decir?...

TYLTYL.—Eso quiere decir que no se vive...

ABUELO TYL.—Qué torpes son allá arriba!...

TYLTYL.—Se está bien aquí?...

ABUELO TYL.—Sí; no se está mal, no se está mal; y si se orara aún...

TYLTYL.—Me ha dicho papá que no hay que orar...

ABUELO TYL.—Oh, sí, sí... Orar es recordar...

ABUELA TYL.—Sí, sí, todo iría bien si vi-
niereis más a menudo siquiera... Te
acuerdas, Tyltyl?... La última vez que
te hice un hermoso queque de manza-
nas... Comiste tantas que te hicieron
daño...

TYLTYL.—No he comido queque de manza-
nas desde el año anterior... No ha ha-
bido manzanas este año...

ABUELA TYL.—No digas tonterías... Siem-
pre hay aquí...

TYLTYL.—No es la misma cosa...

ABUELA TYL.—Cómo? No es lo mismo?...

Si todo es la misma cosa desde luego que podemos abrazarnos...

TYLTYL. (Mirando ya al abuelo, ya a la abuela). —No has cambiado nada, abuelo... Ni abuela tampoco... Antes bien estáis más hermosos.

ABUELO TYL. —No dices mal... No nos envejecemos... Vosotros, en cambio, crecéis!... Sí, crecéis de firme!... Ve, allí, sobre la puerta se mira aun la señal de la última vez... Fué el día de todos los Santos... Veamos, párate derecho... (Tyltyl se para contra la puerta). Cuatro dedos!... Es enorme!... (Mytyl se para también contra la puerta). Y Mytyl, cuatro y medio!... Ah! La mala yerba!... Cómo crece, cómo crece!...

TYLTYL. —(Mirando en torno de sí con arrobamiento). Aquí todo es lo mismo, todo está en su lugar!... Sólo que ahora todo está más hermoso!...! Aquí está el reloj a cuya manecilla mayor quebré la punta...

ABUELO TYL. —Y aquí está la sopera a la que quitaste una astilla...

TYLTYL. —Y aquí está el hueco que hice en la puerta el día que encontré el berbiquí...

ABUELO TYL. —Ah! sí, has echado a perder

muchas cosas!... Y aquí está el ciruelo adonde te gustaba trepar cuando me hallaba ausente... Conserva todavía sus bellas y rojas ciruelas...

TYLTYL.—Pero ahora son más bellas!...

MYTYL.—Y aquí está el viejo mirlo!... Canta todavía?...

Despiértase el mirlo y se pone a cantar a voz en cuello.

ABUELA TYL.—Ya lo ves... Desde que se piensa en él...

TYLTYL. (Mirando con estupefacción que el mirlo es perfectamente azul). —Pero, si es azul!... Si es él, el Pájaro Azul que debo llevarle al Hada!... Y no me habíais dicho que lo teníais!... Cuán azul es! Qué azul, qué azul, parece una bola de vidrio azul!... (Suplicante). Abuelo, abuela, queréis dármelo?...

ABUELO TYL.—Sí, tal vez sí... Qué dices tú, mamá Tyl?...

ABUELA TYL.—Por cierto, sí, por cierto... De qué nos sirve aquí?... Sólo sabe dormir... Nunca se le oye...

TYLTYL.—Le pondré en mi jaula... Vamos, dónde está mi jaula?... Ah! -la había olvidado detrás del árbol... (Corre a él, trae la jaula y encierra el mirlo). Bueno, me lo dáis

de veras?... Qué contenta quedará el Hada!... Y también la Luz!...

ABUELO TYL.—Entendido, pues, que yo no respondo del pájaro... Mucho me temo que no pueda habituarse a la agitada vida de allá arriba, y que vuelva aquí de un momento a otro... En fin, ya veremos... Déjalo y ven por ahora a ver la vaca...

TYLTYL. (Echando de ver las colmenas).—Dí, cómo van las abejas?...

ABUELO TYL.—No van mal... No viven, como decís vosotros, sino que trabajan de firme...

TYLTYL. (Acercándose a las colmenas).—Oh, sí!... Esto huele a miel!... Ya deben de estar pesadas las colmenas!... Son tan bellas todas las flores!... Y mis hermanitas que murieron, están aquí?...

MYTYL.—Y en dónde están mis tres hermanitos que habían enterrado?...

Al decir estas palabras, siete niñitos de tamaños desiguales, ordenados como en una flauta de Pan, salen de la casa uno a uno.

ABUELA TYL.—Aquí están, aquí están!... Tan luego como en ellos se piensa están los gallardos aquí!...

Tyltyl y Mytyl corren al encuentro de los niños, se atropellan, se abrazan, bailan, se atorbellinan y lanzan gritos de alegría.

TYLTYL.—Hola, Pierrot!... (Se agarran de los cabellos). Ah! nos batiremos como en otro tiempo... Y Roberto?... Buenos días, Juan!... Ya no tienes tu trompo?... Magdalena y Petrita, Paulina y Riquilla...

MYTYL.—Oh! Riquilla, Riquilla!... Todavía anda gateando!...

ABUELA TYL.—Sí, no crece ya...

TYLTYL. (Echando de ver el perrito que salta en torno de ellos). —Aquí está Kiki, al que corté la cola con las tijeras de Paulina... Tampoco ha cambiado...

ABUELO TYL. (Sentencioso). —No, nada cambia aquí...

TYLTYL.—Y Paulina conserva su botón sobre la nariz!...

ABUELA TYL.—Sí, no se irá; nada se puede hacer...

TYLTYL.—Qué bonito aspecto tienen, qué gordos y lucientes están!... Qué bellas mejillas!... Parecen bien alimentados...

ABUELA TYL.—Están mejor desde que no viven... Ya no hay nada que temer, nunca se está enfermo, ni se tiene in-

quietudes... (El reloj dentro de la casa da las ocho.

Abuela Tyl. estupefacta). *Qué es eso?...*

ABUELO TYL.—Lo ignoro, a fe mía... Debe ser el reloj...

ABUELA TYL.—No es posible... No suena nunca...

ABUELO TYL.—Porque no pensamos en la hora... Ha pensado en ella alguno?...

TYLTYL.—Sí, yo... Qué hora es?...

ABUELO TYL.—No lo se, a fe mía... He perdido la costumbre... Dió ocho golpes, probablemente es lo que allá arriba llaman las ocho

TYLTYL.—Me espera la Luz hasta las nueve menos cuarto... Es por el Hada... Esto es muy importante... Me marchó...

ABUELA TYL.—No, no nos dejéis así, en el momento de la cena!... Pronto, pronto arreglaremos la mesa delante de la puerta... Precisamente tengo una sopa de coles y un pastel de ciruelas...

Sacan la mesa, la preparan delante de la puerta, traen platos, cubiertos, etc., todos ayudan.

TYLTYL.—Puesto que tengo el Pájaro Azul... Además, la sopa de coles hace ya tanto tiempo!... Desde que viajo... Porque le esto no se sirve en los hoteles...

ABUELA TYL.—Ya veis, ya veis!... Ya está...
A la mesa, hijos... Si tenéis prisa no
perdamos tiempo...

Se ha encendido la lámpara y servido la
sopa. Los abuelos y los niños siéntanse en tor-
no de la comida entre las sacudidas, bocados,
gritos y risas de alegría.

TYLTYL. (Comiendo con glotonería).—Qué buena
está, Dios mío, qué buena está!... Quie-
ro más todavía!... (Blande su cuchara de madera
y golpea con ella su plato).

ABUELA TYL.—Bueno, bueno... Un poco
de calma... Todavía estás mal educado
y vas a romper el plato...

TYLTYL. (Parándose a medias sobre su escabel).—Quie-
ro más todavía, más!...

Alcanza y atrae a sí la sopera, que se riega
sobre la mesa, y de allí sobre las rodillas de
los convidados. Gritan y aullan los quemados.

ABUELA TYL.—Ya ves!... Te lo había di-
cho...

ABUELO TYL. (Dando a Tylyl una palmada sonora.)—
Aquí tienes!...

TYLTYL. (Desconcertado por un momento, lleva en se-
guida la mano a la mejilla con arrebató). — Oh! sí,
así eran los golpes que tú dabas cuando
vivías... Abuelo, qué buena esta pal-

mada y cuánto bien hace!... Preciso es que te bese!...

ABUELA TYL.— Bueno, bueno; todavía tengo otras, si eso te gusta...

La media de las nueve suena en el reloj.

TYLTYL. (Sobresaltado). — Las ocho y media!... (Tira la cuchara). Mytyl, apenas tenemos tiempo!...

ABUELA TYL.— Veamos!... Todavía unos momentos!... No hay incendio en la casa... Y nos vemos tan rara vez!...

TYLTYL.— No, no es posible... Es tan buena la Luz... Y la he prometido... Vamos, Mytyl, vamos!...

ABUELO TYL.— Dios mío! Cuán contrariantes son los vivientes con todos sus negocios y sus agitaciones!...

TYLTYL. (Tomando su jaula y abrazando a todo el mundo de prisa y a la redonda). — Adiós, abuelo... Adiós, abuela... Adiós, hermanos, hermanas, Roberto, Pierrot, Paulina, Magdalena, Riquilla, y tú también, Kiki!... Siento que no podamos quedarnos aquí más... No llores, abuela, volveremos a menudo...

ABUELA TYL.— Volved todos los días!...

TYLTYL.—Sí, sí! volveremos tan amenudo como posible...

ABUELA TYL.—Es nuestra única alegría, y cuando vuestro pensamiento nos visita es hora de gran fiesta!...

ABUELO TYL.—Para nosotros no hay otras distracciones...

TYLTYL.—Pronto, pronto!... Mi jaula!... Mi pájaro!...

ABUELO TYL. (Entregándole la jaula) —Aquí están!... Pero ya sabes, nada garantizo; y si no es bueno el tinte!...

TYLTYL.—Adiós! Adiós!...

LOS HERMANOS Y HERMANAS TYL.—Adiós, Tytyl!... Adiós, Mytyl!... Pensad en las confituras!... Adiós!... Volved!... Volved!...

Todos agitan los pañuelos mientras Tytyl y Mytyl lentamente se alejan. Pero, ya durante las últimas réplicas, la niebla del principio se ha modificado gradualmente y el sonido de las voces se ha debilitado, de manera que al fin de la escena todo ha desaparecido en la bruma y en el momento que cae el telón, Tytyl y Mytyl vuelven a encontrarse solos, visibles bajo la grande encina.

TYLTYL.—Por aquí es, Mytyl...

MYTYL.—En dónde está la Luz?...

TYLTYL.—No sé, no sé... (Mirando el Pájaro en la

jaula). Toma! El pájaro no es azul!...
Se ha vuelto negro!...

ΜΥΤΥΛ.— Hermanito, dame la mano... Tengo miedo y frío...!

TELÓN.

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

El Palacio de la Noche

Una vasta y prodigiosa sala de una magnificencia austera, rígida, metálica y sepulcral, produciendo la impresión de un templo griego ó egipcio, cuyas columnas, arquitrabes, baldosas, ornamentos fuesen de mármol negro, de oro y de ébano. Tiene la sala forma de trapecio. Gradas de basalto, que ocupan casi toda su amplitud, la dividen en tres planos sucesivos que se elevan gradualmente hacia el fondo. A derecha e izquierda, entre las columnas, puertas de bronce oscuro. En el fondo, puerta de bronce monumental. Una luz difusa, que parece emanar del brillo mismo del mármol y del ébano alumbra sola el palacio.

Al levantarse el telón, bajo la figura de una hermosa mujer cubierta de largas vestiduras negras, está sentada la Noche sobre las gradas del segundo plano, entre dos niños, uno de los cuales, casi desnudo como el Amor, en un profundo sueño sonríe, mientras el otro está en pie, inmóvil, cubierto por un velo de los pies a la cabeza. Por la derecha, en el primer plano, entra la Gata.

LA NOCHE.—Quién va allí?...

LA GATA. (Dejándose caer anonadada sobre las gradas de

mármol). — Soy yo, madre la Noche... Ya no puedo más...

LA NOCHE.—Qué tienes, pues, hija mía?... Estás pálida, adelgazada, enlodada hasta los bigotes... Te has batido en los aleros, bajo la nieve y la lluvia?...

LA GATA.—No se trata de aleros!... Se trata de nuestro secreto!... Es el principio del fin!... Pude escaparme un instante para preveniros; pero temo que no haya nada que hacer...

LA NOCHE.—Qué?... Qué ha sucedido?...

LA GATA.—Os he hablado del pequeño Tylyl, el hijo del leñador, y del Diamante maravilloso... Pues bien,... vendrá aquí para reclamaros el Pájaro Azul...

LA NOCHE.—No lo tiene todavía?...

LA GATA.—En breve lo tendrá, si no hacemos algún milagro. Esto es lo que pasa: la Luz que le guía y que a todos nos traiciona, pues se ha declarado enteramente del partido del Hombre, acaba de saber que el Pájaro Azul, el verdadero, el único que pueda vivir a la claridad del día, se oculta aquí, entre los pájaros azules de los sueños, que se nutren de rayos de luna y mueren

en cuanto ven el sol... Sabe que le está prohibido traspasar el umbral de vuestro palacio; pero envía a los niños; y, como no podéis impedir al Hombre que abra las puertas de vuestros secretos, no adivino cómo concluirá esto... En todo caso, si tuviesen la desdicha de dar con el verdadero Pájaro Azul, no nos quedaría otra cosa que desaparecer...

LA NOCHE.— Señor, Señor!... En qué tiempos vivimos! No tengo ya un minuto de reposo... Desde hace algunos años ya no comprendo al Hombre... A dónde quiere llegar?... Acaso es preciso que lo sepa todo?... Ha sorprendido la tercera parte de mis Misterios,... todos mis Terrores tienen miedo y ya no se atreven a salir, mis Fantasmas se hallan en fuga, la mayor parte de mis Enfermedades no tienen salud...

LA GATA.— Lo sé, madre la Noche, lo sé; son duros los tiempos y estamos solas luchando contra el Hombre... Pero los oigo aproximarse... Sólo se me alcanza un medio: como son niños, preciso es causarles tal miedo que no se atrevan a insistir, ni a abrir la gran puerta del fondo, tras la cual se encuentran los

pájaros de la Luna... Los secretos de las otras Cavernas bastarán para desviar su atención o para aterrorizarles...

LA NOCHE. (Poniendo atención a un ruido de afuera).—
Qué oigo?... Son varios?...

LA GATA.—No es nada; son nuestros amigos: el Pan y el Azúcar; el Agua está indispuesta y el Fuego no ha podido venir porque es pariente de la Luz... Sólo el Perro no está de nuestro lado; pero no hay medio de alejarle nunca...

Por la derecha, en el primer plano, entran tímidamente Tytyl, Mytyl, el Pan, el Azúcar y el Perro.

LA GATA. (Precipitándose al encuentro de Tytyl.—
Por aquí, por aquí, amito mío... He prevenido a la Noche, que está encantada de recibiros... Habrá que excusarla, está un poco indispuesta; por eso no ha podido salir a vuestro encuentro...

TYLTYL.—Buenos días, señora la Noche...

LA NOCHE. (Resentida).—Buenos días?... Yo no conozco eso... Podrías decirme: buenas noches, o al menos: buenas tardes...

TYLTYL. (Mortificado).—Perdón, señora... Yo no lo sabía. (Mostrando con el dedo a los niños).

Son sus dos muchachitos?... Qué simpáticos son...

LA NOCHE.—Sí, aquí está el Sueño...

TYLTYL.—Por qué está tan gordo?...

LA NOCHE.—Porque duerme bien...

TYLTYL.—Y el otro que se esconde?... Por qué se tapa la cara?... Está enfermo?... Cómo se llama?...

LA NOCHE.—Es la hermana del Sueño... Vale más no nombrarla...

TYLTYL.—Por qué?...

LA NOCHE.—Porque no agrada oír ese nombre... Pero hablemos de otra cosa... La Gata acaba de decirme que venís a buscar el Pájaro Azul?...

TYLTYL.—Sí, señora, si lo permitís... Queréis decirme en dónde está?...

LA NOCHE.—No sé nada, amiguito, lo que puedo afirmar es que no está aquí... Yo no lo he visto nunca...

TYLTYL.—Sí, sí... La Luz me dijo que está aquí; y la Luz sabe lo que dice... Queréis darme vuestras llaves?...

LA NOCHE.—Pero, amiguito, tú comprendes que no puedo entregar mis llaves al primero que llega... Tengo la custodia de todos los secretos de la Naturaleza, de ellos soy responsable y me

- está absolutamente prohibido exponerlos a cualquiera, sobre todo a un niño...
- TYLTYL.—No tenéis el derecho de rehusarlos al Hombre que los pide... Yo lo sé...
- LA NOCHE.—Quién te lo dijo?...
- TYLTYL.—La Luz...
- LA NOCHE.—Otra vez la Luz! y siempre la Luz!... Quién la mete en todo esto?...
- EL PERRO.—Quieres que se las quite por la fuerza, diosito mío?...
- TYLTYL.—Cállate, quédate tranquilo y sé bien educado... (A la Noche). Vamos, señora, dadme vuestras llaves, si gustáis...
- LA NOCHE.—Tienes el signo al menos?... En dónde está?...
- TYLTYL. (Tocando su sombrero).—Ved el Diamante...
- LA NOCHE. (Resignándose a lo inevitable).—En fin... Aquí está la que abre todas las puertas de la sala... Tanto peor para tí si te sucede alguna desgracia... De eso yo no respondo.
- EL PAN. (Muy inquieto).—Es esto peligroso?...
- LA NOCHE.—Peligroso?... Debo confesar que yo misma no sabré cómo salir con bien, cuando algunas de esas puertas se abran sobre el abismo... Allí hay, en

torno de la sala, en cada una de esas cavernas de basalto, todos los males, todas las pestes, todas las enfermedades, todos los espantos, todas las catástrofes, todos los misterios que afligen la vida desde el principio del mundo... Bastante trabajo tuve para encerrarlos allí con ayuda del Destino y sólo con gran esfuerzo, os lo aseguro, mantengo un poco de orden entre esos personajes indisciplinados... Ya sabéis lo que sucede cuando uno de ellos se escapa y pasea sobre la tierra...

EL PAN.—Mi mayor edad, mi experiencia y mi abnegación me convierten en el natural protector de estos dos niños; por eso, señora la Noche, permitidme plantearos una cuestión...

LA NOCHE.—Hazla...

EL PAN.—En caso de peligro, por dónde se puede huir?...

LA NOCHE.—No hay medio de huir.

TYLTYL. (Tomando la llave y señalando las primeras gradas).—Comencemos por aquí... Qué hay detrás de esa puerta de bronce?...

LA NOCHE.—Me parece que son los Fantasma... Hace largo tiempo que no la he abierto y que no han salido...

TYLTYL. (Metiendo la llave en la cerradura).—Voy a ver. (Al Pan) Tenéis la jaula del Pájaro Azul?...

EL PAN. (Castañeteando los dientes).—No es que yo tenga miedo, pero no creéis que sea preferible no abrir y mirar por el hueco de la llave?....

TYLTYL.—No os pido vuestra opinión...

MYTYL. (Echándose a llorar de pronto).—Tengo miedo!... En dónde está el Azúcar?... Quiero volver a casa!...

EL AZÚCAR. (Obsequioso).—Aquí, señorita, estoy aquí... No lloréis más, voy a quebrar uno de mis dedos para ofreceros una confitura...

TYLTYL.—Concluyamos...

Da vuelta a la llave y entreabre prudentemente la puerta. Inmediatamente se escapan cinco o seis Espectros, de formas diversas y extrañas que se diseminan por todas partes. El Pan, asustado, tira la jaula y va a esconderse en el fondo de la sala, mientras la Noche, espantando a los Espectros, grita a Tytyl:

LA NOCHE.—Pronto! pronto!... Cierra la puerta!... Todos se escaparían y no podríamos volver a atraparlos!... Se hastían allá adentro desde que el Hombre no les toma en serio. (Espanta a los Espectros, esforzándose, con la ayuda de un látigo for-

mado de serpientes, por conducirlos a la puerta de su prisión). Ayudadme!... Por aquí!... Por aquí!...

TYLTYL. (Al Perro). — Ayúdala, Tylo, anda, pues!...

EL PERRO. (Saltando y ladrando). — Sí! Sí! Sí!...

TYLTYL. — Y en dónde está el Pan?...

EL PAN. (Desde el fondo de la sala). — Aquí!... Estoy cerca de la puerta para impedirles salir...

Como uno de los Espectros se dirige a ese lado, huye el Pan a todo correr, lanzando alidos de espanto.

LA NOCHE. (A tres Espectros que ha tomado por el cuello). — Vosotros, por aquí!... (A Tytyl).
Entreabre un poco la puerta... (Arroja los Espectros a la caverna). Allí, esto va bien...
(El Perro trae otros dos). Y estos también...
Vamos, pronto!... Poneos en orden...
Sabéis bien que sólo el día de Todos los Santos podéis salir.

Vuelve a cerrar la puerta.

TYLTYL. (Yendo a la otra puerta). — Qué hay detrás de esta?...

LA NOCHE. — Para qué?... Te lo he dicho ya, el Pájaro Azul no ha venido nunca por aquí... En fin, como quieras... Ábrela si eso te complace... Son las Enfermedades...

TYLTYL. (Con la llave en la cerradura).—Habrás que poner cuidado al abrir?...

LA NOCHE.—No, no vale la pena... Bien tranquilas están las pobrecitas... No son felices... Desde hace algún tiempo es tan grande la guerra que les hace el Hombre!... Sobre todo desde el descubrimiento de los microbios... Abre, pues, tú verás...

Tyltyl abre la puerta de par en par. Nada aparece.

TYLTYL.—No salen?...

LA NOCHE.—Te lo había dicho, casi todas están padeciendo y desalentadas... Los médicos no son benévolos con ellas... Entra, pues, un instante y verás...

Tyltyl entra en la caverna y vuelve a salir en seguida.

TYLTYL.—El Pájaro Azul no está allí... Parecen muy enfermas vuestras Enfermedades... Ni siquiera han levantado la cabeza... (Una pequeña Enfermedad, en pantuflas, con ropa de dormitorio y gorro de algodón, escápase de la caverna y comienza a andar por la sala). Toma!... Una chiquita que se fuga!... Qué es eso?...

LA NOCHE.—Casi nada, es la más pequeña,

es el Catarro... Una de las que se persigue menos y que están más sanas... (Llamando al Catarro). Ven acá, mi hijita. Es muy temprano; hay que aguardar la primavera.

El Catarro estornudando, tosiendo y limpiándose la nariz entra en la caverna, cuya puerta vuelve a cerrar Tytyl.

TYLTYL. (Yendo a la puerta vecina).—Veamos esta... Qué hay aquí?...

LA NOCHE.—Pon cuidado... Son las Guerras... Son ahora más terribles y poderosas que nunca... Sabe Dios lo que sucedería si se evadiese alguna!... Dichosamente son bastante obesas y carecen de agilidad... Pero estemos listos para rechazar la puerta todos juntos mientras tú diriges una ojeada en la caverna...

TYLTYL. (Con mil precauciones entorna la puerta de modo que quede una pequeña rendija por donde pueda echar una mirada. Inmediatamente se encoge exclamando): Pronto! pronto!... Empujad pronto!... Me han visto y vienen todas!... Abren la puerta!...

LA NOCHE.—Vamos, todos!... Empujad fuerte!... Veamos, el Pan, qué hacéis?... Empujad todos! Tienen una fuerza!...

Ah! Eso es, eso es!... Ahora cedem... Ya era tiempo!... Has visto?...

TYLTYL.—Sí, sí!... Son enormes, espantables!... Creo que no tienen el Pájaro Azul!...

LA NOCHE.—Seguramente no lo tienen... Se lo comerían en seguida... Pues bien, tienes bastante con eso?... Ya ves como nada se puede hacer...

TYLTYL.—Preciso es que lo vea todo... Me lo ha dicho la Luz...

LA NOCHE.—Lo ha dicho la Luz... Es fácil hablar cuando una tiene miedo y se queda en su casa...

TYLTYL.—Vamos a la siguiente... Qué hay?...

LA NOCHE.—Aquí encierro las Tinieblas y los Terrores...

TYLTYL.—Se puede abrir?...

LA NOCHE.—Perfectamente... Son bastante tranquilas, como las Enfermedades...

TYLTYL. (Entreabriendo la puerta con cierta desconfianza y atreviéndose a dirigir una mirada a la caverna). — No están aquí...

LA NOCHE. (Mirando a su vez en la caverna). — Y bien, Tinieblas, qué hacéis?... Salid un instante, eso os hará bien, os desentumecerá un tanto... Y los Terrores tam-

bién!... Nada hay que temer... (Algunas Tinieblas y algunas formas terroríficas, en figura de mujeres tapadas, con velos negros las primeras y las últimas con velos verdosos, arriesgan lastimosamente algunos pasos fuera de la caverna y a un gesto de Tyltyl, vuelven a meterse precipitadamente) **VAMOS, quedaos... Es un niño, no os hará mal...** (A Tyltyl). **Se han hecho extremadamente tímidas; excepto las grandes, las que ves en el fondo...**

TYLTYL. (Mirando hacia el fondo de la caverna).— **Oh! qué espantosas son!...**

LA NOCHE.— **Están encadenadas... Son las únicas que no tienen miedo al Hombre... Pero vuelve a cerrar la puerta para que no se enojen...**

TYLTYL. (Yendo a la puerta siguiente).— **Toma! esta es más sombría... Qué hay aquí?...**

LA NOCHE.— **Varios Misterios hay detrás de esta... Si te empeñas de veras puedes abrirla también... Pero no entres... Sé muy prudente, y luego, preparémonos a rechazar la puerta, como hicimos en el caso de las Guerras...**

TYLTYL. (Entreabriendo con precauciones inauditas y asomándose tímidamente por la abertura).— **Oh!... Cuán frío!... Arden mis ojos!... Cerrad pronto; empujad, pues!... Resisten!...**

(La Noche, el Perro, la Gata y el Azúcar empujan la puerta). Oh! ya ví!...

LA NOCHE.—Qué, pues?...

TYLTYL. (Trastornado).—No sé, era espantoso!... Estaban todos sentados cual monstruos sin ojos... Quién era el gigante que quería cojerme?...

LA NOCHE.—Probablemente el Silencio; él custodia esta puerta... Parece que era espantoso?... Todavía estás pálido y trémulo...

TYLTYL.—Sí, no lo hubiera creído... No lo había visto nunca... Y tengo las manos heladas...

LA NOCHE.—Y será peor aún, si continúas...

TYLTYL. (Yendo a la siguiente puerta).—Y esta?... Es tan terrible?...

LA NOCHE.—No, hay un poco de todo... Aquí pongo las Estrellas sin empleo, mis Perfumes personales, algunos Fulgores que me pertenecen, tales como los Fuegos Fatuos, Gusanos luminosos. Aquí también se encierran el Rocío, el Canto de los Ruiseñores, etc.

TYLTYL.—Justamente, las Estrellas, el Canto de los Ruiseñores... Eso debe de ser.

LA NOCHE.—Abre, pues, si quieres; nada de lo que hay aquí es perverso...

Tylyl abre la puerta de par en par. Inmediatamente las Estrellas, bajo la forma de bellas jóvenes, veladas de luces de colores, se escapan de su prisión, se esparcen en la sala y forman sobre las gradas y alrededor de las columnas, graciosas rondas bañadas de una especie de luminosa penumbra. Los Perfumes de la Noche, casi invisibles, los Fuegos Fatuos, las Luciérnagas y el Rocío transparente se juntan a ellas; mientras que el canto de los Ruiseñores, saliendo en ondas de la caverna, inunda el nocturno palacio.

MYTYL. (Encantada, batiendo palmas). — Oh! las bellas señoras!...

TYLTYL. — Y qué bien danzan!...

MYTYL. — Y qué bien huelen!...

TYLTYL. — Y qué bien cantan!...

MYTYL. — Quiénes son esos a quienes casi no se ve?...

LA NOCHE. — Son los Perfumes de mi sombra...

TYLTYL. — Y aquellos otros de cristal tejido?...

LA NOCHE. — Es el Rocío de las selvas y llanuras... Pero ya es bastante... No concluirán... El diablo que les haga entrar una vez que se han puesto a danzar... (Dando palmadas). Vamos, pronto, las Estrellas!... No es el momento de bailar... Está cubierto el cielo, hay densas nubes... Vamos, pronto, entrad todos, si no, iré a buscar un rayo de sol.

Huyen con espanto las Estrellas, los Perfumes, etc. que se precipitan en la caverna que se vuelve a cerrar tras ellos. Al mismo tiempo se extingue el Canto de los Ruiseñores.

TYLTYL. (Yendo a la puerta del fondo). —Aquí está la gran puerta del medio...

LA NOCHE. (Gravemente). —No abras esta...

TYLTYL. —Por qué?...

LA NOCHE. —Porque está vedado...

TYLTYL. —Allí es donde se oculta el Pájaro Azul; me lo ha dicho la Luz...

LA NOCHE. (Maternalmente). —Escúchame, hijo mío... He sido buena y complaciente... He hecho por tí lo que por nadie había hecho hasta aquí... Te he entregado todos mis secretos... Te quiero bien, tengo piedad de tu juventud y de tu inocencia y te hablo como una madre... Escúchame y créeme, hijo mío, desiste, no avances más, no tienes al Destino, no abras esa puerta...

TYLTYL. (Conmovido). —Pero por qué?...

LA NOCHE. —Por que no quiero que te pierdas... Porque ninguno de aquellos, óyelo, ninguno de aquellos que la han entreabierto, aun cuando sólo fuese la rendija del espesor de un cabello, ha vuelto con vida a la luz del día... Porque todo lo que puede imaginarse de

espantoso, todos los terrores, todos los horrores de que se habla sobre la tierra, nada son, comparados con el más inocente de los que asaltan al Hombre desde que su vista percibe apenas las primeras amenazas del abismo al cual nadie se ha atrevido a dar un nombre... Hasta el punto es esto así, que si te obstinas, a pesar de todo, en tocar a esa puerta, te pediré que esperes a que me halle al abrigo en mi torre sin ventanas... Ahora, te toca a tí saber, reflexionar...

Mytyl, bañada en lágrimas, lanza gritos inarticulados de terror y trata de llevar consigo, a Tytyl.

EL PAN. (Dando diente con diente).—No lo hagais, amito mío!... (Echándose de rodillas). Tened piedad de nosotros!... Os lo pido de rodillas... Veis que la Noche tiene razón...

LA GATA.—Sacrificáis nuestra vida...

TYLTYL.—Yo debo abrirla...

MYTYL. (Zapateando entre sollozos).—Yo no quiero!... Yo no quiero!...

TYLTYL.—El Azúcar y el Pan tomen a Mytyl de la mano y escápense con ella... Yo quiero abrir...

LA NOCHE.—Sálvese quien pueda!... Venid pronto!... Ya es tiempo!... (Huye).

EL PAN. (Huyendo desahoradamente).—Esperad al menos que estemos en el extremo de la sala!...

LA GATA (Huyendo de igual modo).—Esperad!... Esperad!...

Se esconden detrás de las columnas en el otro extremo de la sala. Tytyl queda solo con el Perro, cerca de la puerta monumental.

EL PERRO. (Con hipo y acezando de espanto contenido.)
—Yo, me quedo!... me quedo... No tengo temor... Me quedo!... Me quedo cerca del diosito mío... Me quedo!... Me quedo!...

TYLTYL. (Acariciando el Perro).—Está bien, Tylo, está bien!... Abrázame... Somos dos... Ahora, guay de nosotros!... (Pone la llave en la cerradura. Un grito de pavor se alza en el otro extremo de la sala en donde se refugiaron los fugitivos. Apenas la llave toca la puerta cuando sus altos batientes se abren por el medio, se deslizan lateralmente y desaparecen, a derecha e izquierda, en el espesor de los muros, descubriendo de súbito, irreal, infinito, inefable, el más inesperado de los jardines de ensueño y de luz nocturna, en donde entre las estrellas y los planetas, iluminando todo lo que tocan, volando sin cesar de pedrerías en pedrerías, de rayos de luna

en rayos de luna, féricos pájaros azules evolucionan perpetua y armoniosamente hasta en los confines de horizonte, innumerables hasta el punto de que parecen ser el aliento, la atmósfera azulada, la sustancia misma del jardín maravilloso. Tytyl, deslumbrado, desconcertado, de pie en la luz del jardín) Oh!... El cielo!... (Volviéndose hacia los que huyeron): Venid pronto!... Aquí están!... Son ellos! Son ellos! Son ellos!... Al fin los tenemos!... Millares de pájaros azules!... Millones!... Millares de millones!... Hay demasiados!... Ven, Mytyl!... Ven, Tylo!... Venid todos!... Ayudadme!... (Arrojándose entre los pájaros). Se les coje a manos llenas!... No son huraños!... No tienen miedo de nosotros!... Por aquí! Por aquí! (Mytyl y los otros llegan. Entran en el jardín deslumbrador, todos, menos la Noche y la Gata. Veis!... Son muchos!... Vienen a mis manos!... Mirad como se nutren de rayos de luna!... Mytyl, en dónde estás?... Hay tantas alas azules, tantas plumas cayendo que ya no se ve del todo!... Tylo! no los muerdas... No les hagas daño!... Tómalos con suavidad!

MYTYL. (Rodeada de pájaros azules). — Ya cogí siete!... Oh! cómo agitan las alas!... No puedo tenerles!...

TYLTYL.—Yo tampoco!... Tengo muchísimos!... Se escapan!... Vuelven!... Tylo tiene también!... Van a levantarnos!... A llevarnos al cielo!... Ven, salgamos de aquí!... Nos espera la Luz!... Estará contenta!... Por aquí, por aquí!...

Evádense del jardín con las manos llenas de pájaros que se agitan y atravesando toda la sala, entre el alocaimiento de las alas azuladas, salen a la derecha, por donde entraron, seguidos del Pan y del Azúcar que no han cogido pájaros. La Noche y la Gata, que han quedado solas, vuelven al fondo y miran con ansia al jardín.

LA NOCHE.—Lo prendieron?...

LA GATA.—No... Lo veo allí sobre un rayo de luna... No lo pudieron alcanzar, estaba demasiado alto...

Cae el telón. A poco, ante el caído telón, entran simultáneamente, por la izquierda, la Luz; por la derecha, Tytyl, Mytyl y el Perro corriendo, cubiertos con los pájaros que acaban de capturar. Pero ya estos parecen inanimados y con la cabeza pendiente y las alas rotas, tan sólo son en sus manos inertes despojos.

LA LUZ.—Y bien, lo prendiste?...

TYLTYL.—Sí, sí!... Tantos como podía... Hay millares!... Aquí están!... Míralos!... (Observa que los pájaros que tiende hacia la Luz ya están muertos). Toma!... No viven...

Qué se les ha hecho?... También los tuyos, Mytyl?... Los de Tylo también.

(Tirando con cólera los cadáveres de los pájaros).

Ah! no, es demasiada villanía!... Quién los mató?... Soy muy desgraciado!..

Oculta la cabeza bajo el brazo y parece agitado por los sollozos.

LA LUZ. (Oprimiéndolo maternalmente entre sus brazos).

—No llores, hijo mío!... Es que no cogiste el que puede vivir en plena luz... Se ha ido a otra parte... Lo volveremos a encontrar...

EL PERRO. (Mirando los pájaros muertos).—Se les puede comer?...

Salen por la izquierda.

TELÓN.

QUINTO CUADRO

La Selva

Una selva. Es de noche. Claridad lunar. Viejos árboles de diversas especies, particularmente: una encina, una haya, un olmo, un álamo, un abeto, un ciprés, un tilo, un castaño, etc.

Entra la Gata.

LA GATA. (Saludando los árboles a la redonda).—Salud a todos los árboles!...

MURMULLO DE LOS FOLLAJES.—Salud!...

LA GATA.—Este es un gran día!... Nuestro enemigo acaba de liberar nuestras energías y de entregarse a sí mismo... Es Tylyt!, el hijo del leñador, que os ha hecho tanto mal... Busca el Pájaro Azul que ocultáis al Hombre desde el principio del mundo, único que conoce nuestro secreto... (Murmullo en las hojas). Decís vosotras?... Ah! Es el Alamo quien habla... Sí, posee un Diamante que tiene la virtud de libertar un momento nuestros espíritus; puede obligarnos a entregar el Pájaro Azul y quedaremos desde entonces, definitivamente, a la merced del Hombre... (Murmullo en las hojas). Quién habla?... Toma!... Es la Encina!... Cómo estás?... (Murmullo en las hojas de la Encina). Acatarrada siempre?... No te cuida el Orozús?... Siempre los reumatismos?... Créeme, es a causa del musgo; te pones demasiado en los pies... Está siempre el Pájaro Azul contigo?... (Murmulllos en las hojas de la Encina). Qué dices?... Sí, no hay que vacilar, hay que aprovecharse de ello, preciso es que desaparezca... (Murmullo en las hojas). Te place?... Sí, está con su hermanita; preciso es

que muera también ella... (Murmullo en las hojas). Sí, el Perro les acompaña; no hay medio de alejarle... (Murmullo en las hojas). Dices?... Corromperlo?... Imposible... Ya lo he ensayado todo... (Murmullo entre las hojas). Ah! Eres tú, el Abeto?... Sí, prepara cuatro tablas... Sí, están además el Fuego, el Azúcar, el Agua, el Pan... Todos están con nosotros, salvo el Pan, que es bastante dudoso... Sólo la Luz es favorable al Hombre; pero no vendrá... Hice creer a los niños que debían escaparse a hurtadillas, mientras Ella dormía... La ocasión es única... (Murmullo en las hojas). Toma! La voz del Haya!... Sí, tienes razón; hay que prevenir a los animales... Tiene su tambor el Conejo?... Está entre vosotros?... Bien, que redoble la llamada, enseguida... Aquí están!...

Se oye alejarse los redobles de tambor del Conejo. Entran Tytyl, Mytyl y el Perro.

TYLTYL.—Aquí es?...

LA GATA. (Obsequiosa, melosa, solícita, se precipita al encuentro de los niños).—Ah! Aquí estás, amito mío!... Qué buen aspecto tienes y qué lindo estás esta tarde!... Me ade-

lanté para anunciar vuestra llegada... Todo va bien. Esta vez el Pájaro Azul es nuestro, de ello estoy segura... Acabo de enviar al Conejo a tocar llamada a fin de convocar a los principales Animales del país... Ya se les oye en el follaje... Escuchad!... Son un poco tímidos y no se atreven a acercarse... (Ruidos de animales diversos, tales como vacas, puercos, caballos, asnos, etc. Quedo, a Tytyl, llevándolo aparte): Pero, por qué has traído al Perro?... Ya te lo he dicho, está mal con todo el mundo, aun con los árboles... Temo que su presencia odiosa todo lo haga fracasar...

TYLTYL.—No pude desembarazarme de él...

(Al Perro, amenazándolo): Quieres irte, odiosa bestia!...

EL PERRO.—Quién?... Yo?... Por qué?... Qué he hecho?...

TYLTYL.—Dígame que te vayas!... Para nada nos sirves, eso es sencillamente... Al fin nos incomodas!...

EL PERRO.—No diré nada... Seguiré de lejos... No me verás... Quieres que me haga el tonto?...

LA GATA. (Quedo, a Tytyl).—Toleras semejante desobediencia?... Dale algunos basto-

nazos en la nariz, de veras es insopor-
table!...

TYLTYL. (Pegando al Perro).—Esto te enseñará a
obedecer más pronto!...

EL PERRO. (Gimiendo).—Ay! Ay! Ay!...

TYLTYL.—Qué dices?...

EL PERRO.—Que debo abrazarte puesto que
me has pegado!...

Abraza y acaricia violentamente a Tyltyl.

TYLTYL.—Vamos... Está bien... Ya basta...
Vete!...

MYTYL.—No, no; yo quiero que se quede...
Cuando no está aquí, todo me da
miedo...

EL PERRO. (Saltando y casi botando a Mytyl a quien ano-
nada con caricias precipitadas y entusiastas).—Oh!
Qué buena niñita!... Qué bella!... Qué
buena!... Cuán bella y cuán dulce!...
Tengo que abrazarla! Más! más! más
aún!...

LA GATA.—Qué idiota!... Ya veremos... No
perdamos tiempo... Da vuelta al Dia-
mante!...

TYLTYL.—A dónde debo colocarme?

LA GATA.—En este rayo de luna; verás
más claro... Allí! da vuelta suave-
mente...

Tyltyl da vuelta al Diamante. Inmediatamente un largo estremecimiento agita las ramas y las hojas. Los troncos más antiguos y los más imponentes se entreabren para dar paso al alma que cada uno de ellos encierra. El aspecto de estas almas difiere según el aspecto y el carácter del árbol que representan. La del Olmo, por ejemplo, es una especie de gnomo asmático, ventruado, caprichoso; la del Tilo es plácida, familiar, jovial; la del Haya elegante y ágil; la del Abedul blanca, reservada, inquieta; la del Sauce, achaparrada, desgreñada, quejumbrosa; la del Abeto larga, rendida, taciturna; la del Ciprés trágica; la del Castaño pretensiosa, un tanto snob; la del Alamo alegre, traviesa, locuaz. Salen las unas lentamente de su tronco, entorpecidas, estirándose, como después de una cautividad o de un sueño secular. Las otras se desprenden de un salto, vivas, presurosas y todas vienen a colocarse entorno de los niños, procurando quedar en la proximidad del árbol de que han nacido.

EL ALAMO. (Allegándose primero y gritando a quema ropa). —Hombres!..., Hombrecitos!... Se podrá hablar!... Se ha concluido el Silencio!... Se ha concluido!... De dónde vienen?... Quién es?... Quiénes son?...

(Al Tilo que avanza fumando tranquilamente su pipa)

Les conoces tú, padre Tilo?...

EL TILO.—No me acuerdo haberlos visto...

EL ALAMO.—Vamos, sí, sí!... Conoces a todos los Hombres, te paseas siempre cerca de sus casas...

EL TILO. (Examinando a los niños). —Pues no, te

aseguro... No los conozco... Todavía son muy jóvenes... Yo tan sólo conozco los enamorados que vienen a verme a la claridad de la luna; o a los bebedores de cerveza que trincan sus copas bajo mis ramas...

EL CASTAÑO. (Prendido, ajustándose su monóculo).—

Qué es esto?... Son pobres del campo?...

EL ALAMO.—Oh! usted, señor Castaño, desde que sólo frecuenta los bulevares de las grandes ciudades...

EL SAUCE. (Avanzando con zuecos y gimoteando).—

Dios mío, Dios mío!... Todavía vienen para cortarme la cabeza y los brazos para formar haces de leña!...

EL ALAMO.—Silencio!... Aquí está el Encino que sale de su palacio!... Tiene un aspecto dolorido esta tarde... No encontráis que envejece?... Qué edad puede tener?... Dice el Abeto que tiene cuatro mil años; pero estoy seguro de que exajera... Atención, va a decirnos lo que es...

Avanza el Encino con lentitud: está fabulosamente viejo, coronado de muérdago y vestido con un largo traje verde, bordado de musgo y de líquen. Está ciego, su barba blanca flota al viento. Apóyase con una mano en un bastón nudoso y con la otra en un joven Enci-

nillo que le sirve de guía. El Pájaro Azul está posado sobre su espalda; a su aproximación. hay movimiento de respeto entre los árboles que se enfilan y se inclinan.

TYLTYL.—Tiene el Pájaro Azul!... Pronto! pronto!... Por aquí!... Dámelo!...

LOS ARBOLES.—Silencio!...

LA GATA. (A Tyltyl).—Descubríos, es el Encino!...

EL ENCINO. (A Tyltyl).—Quién eres tú?...

TYLTYL.—Tyltyl, señor... Cuándo podré tomar el Pájaro Azul?...

EL ENCINO.—Tyltyl, el hijo del leñador?...

TYLTYL.—Sí, señor...

EL ENCINO.—Tu padre nos ha hecho mucho mal... En mi sola familia ha dado muerte a 600 de mis hijos, a 475 tíos y tías, a 1,200 primos y primas, 380 nueras y a 1,200 biznietos!...

TYLTYL.—Yo no se, señor... No lo ha hecho intencionalmente...

EL ENCINO.—Qué vienes a hacer aquí y por qué has hecho salir de sus moradas a nuestras almas?...

TYLTYL.—Señor, os pido perdón de haberos incomodado... Fué la Gata quien me dijo que ibais a revelarnos en donde se halla el Pájaro Azul...

EL ENCINO.—Sí, lo sé, tú buscas el Pájaro

Azul, es decir, el gran secreto de las cosas y de la dicha, para que los Hombres hagan todavía más dura nuestra esclavitud...

TYLTYL.—No, señor; es para la nieta del Hada Beryluna que está muy enferma...

EL ENCINO. (Imponiéndole silencio).—**Basta!**... No oigo a los Animales... En dónde están?...

A todos les interesa tanto como a nosotros... Preciso es que nosotros, los Arboles, no asumamos solos la responsabilidad de las graves medidas que se imponen... El día en que los Hombres sepan que hicimos lo que vamos a hacer, habrá horribles represalias... Conviene, pues, que sea unánime nuestro acuerdo para que nuestro Silencio lo sea igualmente...

EL ABETO. (Mirando por encima de los otros Arboles).—

Llegan los Animales... Siguiendo al Conejo... Aquí están el alma del Caballo, del Toro, del Buey, de la Vaca, del Cordero, del Puerco, del Gallo, de la Cabra, del Asno y del Oso...

Entrada sucesiva de las almas de los Animales, las cuales, a medida que las enumera el Abeto, van a sentarse entre los Arboles, a excepción del alma de la Cabra que vaga por

aquí y allá y de la del Puerco que boza las raíces.

EL ENCINO.—Todos están presentes?...

EL CONEJO.—La Gallina no podía abandonar sus huevos, la Liebre andaba corriendo, el Ciervo está enfermo de los cuernos, el Zorro está indispuerto—aquí se halla el certificado del médico—el Ganso no ha comprendido y el Pavo ha montado en cólera...

EL ENCINO.—Son en extremo lamentables esas abstenciones... No obstante, nos hallamos en número suficiente... Sabéis de qué se trata, hermanos míos. El niño que aquí está, gracias a un talismán arrebatado a las potencias de la Tierra, puede apoderarse de nuestro Pájaro Azul, arrancándonos así el secreto que guardamos desde el origen de la Vida... Ahora bien, conocemos bastante al Hombre para no abrigar duda alguna acerca de la suerte que se nos reserva cuando se halle en posesión de este secreto. Paréceme, por eso, que toda vacilación sería tan estúpida como criminal... El momento es grave; preciso es que desaparezca el niño antes que sea demasiado tarde...

TYLTYL.—Qué es lo que dice?...

EL PERRO. (Rondando entorno del Encino, mostrando sus colmillos).—Has visto mis dientes, viejo tullido?...

EL HAYA. (Indignada).—Insulta al Encino!...

EL ENCINO.—Es el Perro?... Que se le expulse!... No hemos de tolerar un traidor entre nosotros!...

LA GATA. (Quedo, a Tyltyl).—Alejad al Perro... Es una mala comprensión... Permitidme hacer, yo arreglaré las cosas... Pero alejadlo lo más pronto...

TYLTYL. (Al Perro).—Quieres irte!...

EL PERRO.—Déjame desgarrarle las pantuflas de musgo a ese viejo gotoso!... Todos vamos a reir!...

TYLTYL.—Cállate, pues!... Vete, vete, villano!...

EL PERRO.—Bueno, bueno, ya me iré!... Volveré cuando tengas necesidad de mí...

LA GATA. (Quedo, a Tyltyl).—Sería más prudente encadenarlo, si no hará tonterías; se disgustarán los Arboles, y todo acabará mal...

TYLTYL.—Cómo hacer?... Perdí la trailla...

LA GATA.—Justamente allí viene la Yedra que avanza con sus sólidos lazos...

EL PERRO. (Gruñendo).—Volveré, volveré!...

Gotosos!... Tosegosos!... Montón de viejos achaparrados, montón de raíces viejas!... Esta Gata es la que lo está haciendo todo!... Qué tienes, pues, que cuchichear así, Judas, Tigre, Bazena!... Guau! Guau! Guau!...

LA GATA.—Lo veis? Insulta a todo el mundo...

TYLTYL.—Verdad es, se hace insoportable y ya no se entiende uno con él... Señora Yedra, querrá usted encadenarle?...

LA YEDRA. (Aproximándose muy tímidamente al Perro). —No morderá?...

EL PERRO. (Gruñendo).—Al contrario! Al contrario!... Voy a abrazarte!... Espera, vas a ver esto!... Acercate, acércate, pues, montón de cuerdas viejas!...

TYLTYL. (Amenazándolo con el bastón).—Tylo!...

EL PERRO. (Arrastrándose a los pies de Tyltyl, agitando la cola).—Qué quieres que haga, diosito mío?...

TYLTYL.—Acostarte, echarte de bruces!... Obedece a la Yedra... Déjate agarrotar, si no...

EL PERRO. (Gruñendo entre dientes mientras la Yedra lo agarrota).—Hilacha!... Cuerda de ahorcados!... Amarra de terneros!... Cadena para puercos!... Diosito mío, mira...

Me tuerce las patas... Me estrangula!...

TYLTYL.—Tanto peor!... Tú lo has querido!... Cállate, quédate tranquilo, eres insoportable!...

EL PERRO.—Me da lo mismo, estás engañado... Tienen perversas intenciones... Diosito mío, ten cuidado!... Me cierra la boca!... Ya no puedo hablar!...

LA YEDRA. (Que ha atado al Perro como un paquete).
—A dónde hay que llevarlo?... Lo he amordazado bien... No dirá media palabra...

EL ENCINO.—Que se le amarre sólidamente allá, detrás de mi tronco, en mi gruesa raíz... Veremos luego lo que conviene hacer con él... (La Yedra, auxiliada del Alamo, lleva al Perro detrás del tronco del Encino. Está hecho?... Bien, ahora que nos hemos des-
embarazado de este incómodo testigo y de ese renegado, deliberemos según nuestra justicia y nuestra verdad... Mi emoción, no os lo oculto, es profunda y penosa... Por primera vez nos es dado juzgar al Hombre y hacerle sentir nuestro poder... No creo que después del mal que nos ha hecho, después de las monstruosas injusticias que hemos

sufrido, quede la menor duda de la sentencia que le espera...

TODOS LOS ARBOLES y TODOS LOS ANIMALES.—No! No! No!... No hay duda!... La horca!... La muerte!... Hay demasiada injusticia!... Abusó demasiado!... Hace largo tiempo!... Que se le reviente! Que se le coma!... Enseguida!... Enseguida!...

TYLTYL. (A la Gata).—Qué tienen, pues?... No están contentos?...

LA GATA.—No os inquietéis... Están un poco disgustados a causa de que la Primavera se retarda... Dejádme hacer, yo arreglaré eso..:

EL ENCINO.—Era inevitable esta unanimidad... Se trata ahora de saber, para evitar las represalias, qué género de suplicio será más práctico, más cómodo, más expedito y más seguro; que deje menos huellas acusadoras cuando los Hombres se encuentren los cuerpecillos en la selva...

TYLTYL.—Qué es todo esto?... A dónde quiere llegar?... Comienza a fastidiarme... Puesto que tiene el Pájaro Azul, que lo dé...

EL TORO. (Acercándose).—Lo más práctico y

seguro, es una buena cornada en el hueco del estómago. Queréis que lo haga?...

EL ENCINO.—Quién habla así?...

LA GATA.—Es el toro.

LA VACA.—Mejor haría estando tranquilo...

Yo, en nada de esto me meto... Tengo que pacer toda la yerba de la pradera que se ve allá, en lo azul de la luna... Tengo mucho que hacer...

EL BUEY.—Yo también. Además todo lo apruebo de antemano...

EL HAYA.—Yo, ofrezco mi más alta rama para ahorcarles...

LA YEDRA.—Y yo el nudo corredizo...

EL ABETO.—Y yo las cuatro tablas para el ataúd...

EL CIPRÉS.—Y yo la concesión a perpetuidad...

EL SAUCE.—Más sencillo sería ahogarles en alguno de mis ríos... Me encargo de eso.

EL TILO. (Conciliador).—Veamos, veamos... Hay necesidad acaso de llegar a esos extremos? Todavía son muy jóvenes... Se podría sencillamente impedirles dañar, reteniéndolos prisioneros en un recinto que me encargo de construir plantándome alrededor...

EL ENCINO.—Quién habla así?... Paréceme reconocer la melosa voz del Tilo...

EL ABETO.—Es verdad...

EL ENCINO.—Hay, pues, un renegado entre nosotros, como entre los Animales?... Hasta aquí, sólo teníamos que deplorar la defección de los Arboles frutales; pero estos no son verdaderos Arboles...

EL PUERCO. (*Haciendo girar sus ojos glotonos*).—Yo opino que es preciso comerse primero a la niña... Debe estar tierna...

TYLTYL.—Qué dice éste?... Espera un poco, especie de...

LA GATA.—Ignoro lo que tienen; pero esto toma un mal giro...

EL ENCINO.—Silencio!... Se trata de saber cuál de nosotros tendrá el honor de dar el primer golpe; quién apartará de nuestras cumbres el mayor peligro que hemos corrido desde el nacimiento del Hombre...

EL ABETO.—A vos, nuestro rey y nuestro patriarca, corresponde ese honor...

EL ENCINO.—Habla el Abeto?... Ay! Estoy muy viejo! Estoy ciego, valetudinario, y mis brazos entorpecidos no me obedecen... A tí, hermano mío, siempre verde, siempre erguido, a tí que viste

nacer la mayor parte de los Arboles, a falta mía, es a quien corresponde la gloria del noble gesto de nuestra liberación...

EL ABETO.—Os doy las gracias, mi venerable padre... Mas, como tendré el honor de enterrar las dos víctimas, temería despertar los justos celos de mis colegas; y creo que después de nosotros, el más antiguo y más digno, el que posee mejores brazos, es el Haya...

EL HAYA.—Sabéis que estoy carcomida y que mi robustez no es firme... Pero el Olmo y el Ciprés tienen poderosas armas...

EL OLMO.—No pediría otra cosa; pero apenas puedo tenerme en pie... La noche pasada, un topo me ha torcido el dedo gordo...

EL CIPRÉS.—Por lo que hace a mí, estoy pronto... Pero como mi buen hermano el Abeto, tendré, si no el privilegio de sepultarles, al menos la ventaja de llorar sobre su tumba... Sería ilegítimo acumular... Pedid eso al Álamo...

EL ÁLAMO.—Pensáis en eso?... Pero si mi madera es más tierna que la carne de un niño!... Y además, no sé lo que ten-

go... Tirito de fiebre... Mirad mis hojas... He debido de resfriarme esta mañana a la salida del sol...

EL ENCINO. (Estallando de indignación). — Tenéis miedo del Hombre!... Aun estos niñitos aislados y sin armas os inspiran el terror misterioso que hizo siempre de nosotros los esclavos que somos!... Pues bien! No es bastante!... Puesto que eso es así, puesto que la hora es única, yo iré solo, viejo, tullido, trémulo, ciego, contra el enemigo hereditario!... Adónde están?... (Tanteando con el bastón, avanza hacia Tytyl).

TYLTYL. (Sacando el cuchillo de su bolsa). — Conmigo se las quiere haber este viejo, con su grueso bordón?...

Los demás árboles, lanzando un grito de espanto a la vista del cuchillo, el arma misteriosa e irresistible del Hombre, se interponen y detienen al Encino.

LOS ÁRBOLES.—El cuchillo!... Tened cuidado!... El cuchillo!...

EL ENCINO. (Agitándose). —Dejadme!... Qué me importa!... El cuchillo o el hacha!... Quién me retiene?... Bah! Todos vosotros aquí?... Qué! Todos vosotros lo queréis?... (Arroja su bordón). Pues bien,

sea!... Vergüenza sobre nosotros!...
Que nos liberten los Animales!...

EL TORO.—Eso es!... De ello me encargo!...
De una sola cornada!...

EL BUEY y LA VACA. (Reteniéndolo por la cola).—
En qué vas a entrometerte?... No hagas
tonterfías!... Ese es un mal negocio!...
Esto acabará mal... Nosotros somos los
que trincaremos... Deja, pues... Es
asunto de los animales salvajes...

EL TORO.—No, no!... Es asunto mío!...
Esperad!... Pero retenedme, pues, o ha-
go una desgracia!...

TYLTYL. (A Mytyl que da gritos agudos).—No tengas
miedo!... Ponte tras mí... Yo tengo mi
cuchillo...

EL GALLO.—Es parado este chiquillo!...

TYLTYL.—Entonces, está decidido que es
contra mí?...

EL ASNO.—Sí, por cierto, te ha costado
mucho tiempo averiguarlo!...

EL PUERCO.—Puedes rezar tu oración, es
tu última hora. Pero no escondas a la
niñita... Quiero regalarme con su vis-
ta... A ella me la comeré primero...

TYLTYL.—Qué os he hecho?...

EL CORDERO.—Nada, mi hijito... Comido
a mi hermanito, a mis dos hermanas,

a mis tres tíos, a mi tía, a mi abuelo, a mi abuela... Espera, espera, cuando estés en el suelo, verás como yo también tengo dientes...

EL ASNO.—Y que yo tengo cascos!...

EL CABALLO. (Piafando altivamente).—Vais a ver lo que vais a ver!... Queréis que lo desgarré con los dientes o que lo eche al suelo a coces?... (Avanza magníficamente hacia Tytyl, que le hace frente levantando su cuchillo. De súbito, el caballo, presa de pánico, vuelve ancas y echa a correr). Ah! no!... Eso no es justo!... Esto no es juego!... El se defiende!...

EL GALLO. (No pudiendo ocultar su admiración).—Es igual, a este chiquillo no le entra el miedo por los ojos...

EL PUERCO. (Al Oso y al Lobo).—Precipitémonos juntos... Os sostendré por detrás... Los volcaremos y nos repartiremos la niña cuando esté en el suelo...

EL LOBO.—Distraelos por allí. Yo haré un movimiento envolvente... (Da vuelta a Tytyl a quien ataca por detrás y vuelca a medias).

TYLTYL.—Judas!... (Se alza sobre una rodilla, blandiendo su cuchillo, defendiendo como mejor puede a su hermanita que lanza alaridos de angustia. Viéndolo volcado a medias, todos los Animales y los Árboles se acercan y tratan de darle golpes. La oscuridad se pro-

duce súbitamente. Tylyl desconcertadamente pide auxilio). A mí! A mí!... Tylo! Tylo!... En dónde está la Gata?... Tylo!... Ty lita! Tylita!... Venid! Venid!...

LA GATA. (Hipócritamente alejada). — No puedo. Acabo de maltratarme la pata...

TYLTYL. (Parando los golpes y defendiéndose lo mejor posible). — A mí!... Tylo! Tylo!... No puedo más!... No puedo más!... Son muchos!... El Oso! El Cerdo! El Lobo! El Asno! El Abeto! El Haya!... Tylo! Tylo! Tylo! Tylo!...

Arrastrando los lazos rotos, el Perro salta de detrás del tronco del Encino y empujando Arboles y Animales, se pone delante de Tylyl a quien defiende con rabia.

EL PERRO. (Distribuyendo enormes mordiscos). — Aquí está! aquí está! diosito mío!... No tengas miedo! Vamos!... Tengo buenas mandíbulas!... Toma, aquí tienes para tí, Oso, allí, en el grueso trasero!... Quién quiere otros?... Este es para el Cerdo y éste para el Caballo y para la cola del Toro! He desgarrado los pantalones del Haya y la falda del Encino!... El Abeto abandona el campo!... Da lo mismo, hace calor!...

TYLTYL. (Anonadado). — Ya no puedo más!...

El Ciprés me ha dado un gran golpe en la cabeza!...

EL PERRO.—Ay! Es un golpe del Sauce!... Me ha roto la pata!...

TYLTYL.—Y vuelven a la carga todos juntos!... Esta vez es el Lobo!...

EL PERRO.—Déjame estrenarlo!...

EL LOBO.—Imbécil!... Hermano nuestro!... Sus padres ahogaron a tus hijos!...

EL PERRO.—Hicieron bien!... Tanto mejor!... Es que se parecían a tí!...

TODOS LOS ARBOLES y TODOS LOS ANIMALES.—Renegado!... Idiota!... Traidor! Felón! Badulaque!... Judas!... Déjalo! Es su muerte! Ven con nosotros!

EL PERRO. (Ebrio de ardor y de abnegación).—No! No!... Solo contra todos... No, no!... Fiel a los dioses! A los mejores! A los más grandes!... (A Tyltyl). Pon cuidado, aquí está el Oso!... Desconfía del Toro... Voy a saltarle a la garganta... Ay!... Es una coz!... Me ha roto los dientes el asno...

TYLTYL.—No puedo más, Tylo!... Ay!... Me ha golpeado el Olmo!... Mira, sangra mi mano... Es el Lobo o el Puerco...

EL PERRO.—Espera, diosito mío... Déjame besarte, lamerte... Eso te hará bien...

Quédate tras de mí... No se atreven a acercarse... Sí!... Míralos como vuelven!... Ah! Este golpe es en serio!... Tengámonos firmes!...

TYLTYL. (Dejándose caer en el suelo).—No, ya no es posible!...

EL PERRO.—Vienen!... Oigo, olfateo!...

TYLTYL.—A dónde?... Quiénes?...

EL PERRO.—Allá! Allá!... Es la Luz!... Nos ha encontrado!... Estamos salvados, recesito mío!... Abrázame!... Salvados!... Mira!... Desconfían!... Se alejan!... Tienen miedo!...

TYLTYL.—La Luz!... La Luz!... Ven, pues!... Apresúrate!... Se han rebelado!... Están todos contra nosotros!...

Entra la Luz, a medida que la Aurora se levanta sobre la selva, que se ilumina.

LA LUZ.—Qué es, pues?... Qué hay?... Pero desdichado! no lo sabías, pues!... Da vuelta al Diamante! Regresarán al Silencio y a la oscuridad y tú no verás sus sentimientos...

Tyltyl da vuelta al Diamante. Enseguida las almas de todos los Arboles se precipitan en los troncos que se vuelven a cerrar. Las almas de los Animales desaparecen del mismo modo y a lo lejos una Vaca y un Cordero pacen tranqui-

lamente. La Selva queda otra vez inocente
Tytyl, asombrado, mira entorno de sí.

TYLTYL.—En dónde están?... Qué tenían?...
Estaban locos?...

LA LUZ.—No, si son siempre así; pero esto
no se sabe, porque no se ve... Te lo ha-
bía dicho: es peligroso despertarles
cuando yo no estoy presente...

TYLTYL. (Secando su cuchillo).—Es igual; sin el
perro y sin el cuchillo... Nunca hubie-
ra creído que fuesen tan malvados!...

LA LUZ.—Ya ves bien que el Hombre está
solo contra todos, en este mundo...

EL PERRO.—No te han hecho mucho mal,
diosito mío?...

TYLTYL.—Nada grave... A Mytyl no la han
tocado... Pero tú, buen Tylo mío?...
Tienes la boca ensangrentada y rota la
pierna?...

EL PERRO.—No hablemos de eso!... no
vale la pena... Mañana, no será nada...
Pero el asunto estaba ardiente!...

LA GATA. (Saliendo de un matorral cojeando).—Ya lo
creo... El Buey me dió una cornada en
el vientre... No se ven las huellas, pero
me duele mucho... Y el Encino me
quebró una pata...

EL PERRO.—Me gustaría saber cual...

MYTYL. (Acariciando a la Gata). —Mi pobre Tylita, es verdad?... A dónde te hallabas?... Yo no te ví...

LA GATA. (Hipócritamente). —Madrecita, me hirieron muy pronto, al atacar al villano Puerco que quería comerte... Entonces fué cuando el Encino me dió este gran golpe que me aturdió...

EL PERRO. (A la Gata, entre dientes). —Sabes, tú, tengo dos palabras que decirte... Nada perderías esperando!...

LA GATA. (Quejumbrosamente, a Mytyl). —Madrecita, me insulta... Quiere hacerme daño...

MYTYL. (Al Perro). —Quieres estarte tranquilo, malvada bestia...

Salen todos.

TELÓN.

ACTO CUARTO

SEXTO CUADRO

Ante la cortina

Entran Tytyl, Mytyl. La Luz, el Perro, la Gata, el Pan, el Fuego, el Azúcar, el Agua y la Leche.

LA LUZ.—Recibí un recadito del Hada Beryluna, que me informa que el Pájaro Azul se encuentra probablemente aquí...

TYLTYL.—Y eso a dónde?...

LA LUZ.—Aquí, en el Cementerio que está detrás de este muro... Parece que uno de los muertos de este Cementerio lo guarda en la tumba... Queda por saber cuál... Será preciso pasarlos en revista a todos...

TYLTYL.—En revista?... Cómo se hará?...

LA LUZ.—Es muy sencillo: a media noche, para no incomodarles demasiado, darás vuelta al Diamante. Se les verá salir de tierra; o bien se distinguirán en el fondo de sus tumbas a los que no salgan...

TYLTYL.—No se enojarán?...

LA LUZ.—De ningún modo, ni lo sospecharán siquiera... No les agrada que se les incomode, pero como de todas maneras tienen costumbre de salir a media noche, eso no les molestará...

TYLTYL.—Por qué el Pan, el Azúcar y la Leche están tan pálidos y por qué no chistan?...

LA LECHE. (Vacilante).—Siento que voy a dar vueltas...

LA LUZ. (Quedo, a Tytyl).—No te preocupes... Es que tienen miedo a los muertos...

EL FUEGO. (Saltando).—Yo, no les tengo miedo!... Adquirí el hábito de quemarlos... En otro tiempo los quemaba a todos; era más entretenido que hoy...

TYLTYL.—Y por qué tiembla Tylo?... También tiene miedo?...

EL PERRO. (Rechinando los dientes).—Yo?... yo no tiemblo!... Yo nunca tengo miedo; pero si tú te fueras, yo también me iría...

TYLTYL.—Y la Gata nada dice?...

LA GATA. (Misteriosa).—Yo sé lo que es eso...

TYLTYL. (A la Luz).—Vendrás con nosotros?...

LA LUZ.—No, es preferible que me quede a la puerta del Cementerio con las Cosas

y los Animales... No ha llegado la hora... La Luz no puede todavía penetrar entre los muertos... Voy a dejarte solo con Mytil...

TYLTYL.—Y Tylo no puede quedarse con nosotros?...

EL PERRO.—Sí, sí, me quedo, me quedo aquí... Quiero quedarme cerca del diosito mío!...

LA LUZ.—Es imposible... La orden del Hada es terminante; por lo demás, nada hay que temer...

EL PERRO.—Bien, bien, tanto peor... Si son malvados, diosito mío, te basta hacer así (Silba) y tú verás... Será como en la Selva: Guau! guau! guau!...

LA LUZ.—Vamos, adiós, queriditos míos... No estaré lejos... (Besa a los niños). Los que me aman y a quienes amo me encontrarán siempre... (A las Cosas y a los Animales). Vosotros... por aquí. (Sale con las Cosas y los Animales. Los niños se quedan solos en medio de la escena. El telón se alza para descubrir el séptimo cuadro).

SÉPTIMO CUADRO

El Cementerio

Es de noche. Claridad lunar. Un Cementerio de campo. Numerosas tumbas. Montones de césped, cruces de madera, lozas funerarias, etc.

Tyltyl y Mytyl están en pie cerca de un cipo.

MYTYL.—Tengo miedo!

TYLTYL. (No muy valeroso).—Yo, nunca tengo miedo...

MYTYL.—No son malos los muertos, dí?...

TYLTYL.—No, porque no viven...

MYTYL.—Los has visto ya?...

TYLTYL.—Sí, una vez, hace tiempo, cuando era muy joven...

MYTYL.—Cómo es eso, dí?...

TYLTYL.—Eso es todo blanco, muy tranquilo y muy frío, y eso no habla...

MYTYL.—Dí, vamos a verlos?...

TYLTYL.—Por cierto, puesto que lo ha prometido la Luz...

MYTYL.—En dónde están los muertos?...

TYLTYL.—Aquí, bajo el césped o bajo estas grandes piedras...

MYTYL.—Todo el año están aquí?...

TYLTYL.—Sí.

MYTYL. (Señalando las lozas). —Éstas son las puertas de sus casas?...

TYLTYL. —Sí.

MYTYL. —Salen cuando hay buen tiempo?...

TYLTYL. —Sólo de noche pueden salir...

MYTYL. —Por qué?...

TYLTYL. —Porque están en camisa...

MYTYL. —Salen cuando llueve?...

TYLTYL. —Cuando llueve se quedan en su casa...

MYTYL. —Dime, es bonita su casa?...

TYLTYL. —Se dice que es muy estrecha...

MYTYL. —Tienen chiquitos?...

TYLTYL. —Por supuesto; tienen todos los que se mueren...

MYTYL. —Y de qué viven?...

TYLTYL. —Comen raíces...

MYTYL. —Los veremos?...

TYLTYL. —Sin duda, puesto que todo se vé cuando se da vuelta al Diamante.

MYTYL. —Y qué dirán?...

TYLTYL. —Nada, porque no hablan...

MYTYL. —Por qué no hablan?...

TYLTYL. —Porque nada tienen que decir...

MYTYL. —Por qué nada tienen que decir?...

TYLTYL. —Tú me aburres... (Un silencio).

MYTYL. —Cuándodarás vuelta al Diamante?...

TYLTYL. —Tú sabes que la Luz me ha dicho

que espere a media noche, porque entonces se les molesta menos...

MYTYL.—Por qué se les molesta menos?...

TYLTYL.—Porque es la hora en que salen a tomar el fresco.

MYTYL.—No es media noche?...

TYLTYL.—Ves el cuadrante de la iglesia?...

MYTYL.—Sí, veo hasta la aguja pequeña...

TYLTYL.—Pues bien, van a dar las doce...

Oye!... Justamente... Oyes tú?...

Suenan los doce golpes de media noche.

MYTYL.—Yo quiero irme!...

TYLTYL.—Ya no es hora... Voy a darle vuelta al Diamante...

MYTYL.—No, no!... No lo hagas!... Ya me voy!... Tengo tanto miedo, hermanito!... Un miedo terrible!...

TYLTYL.—Pero no hay peligro...

MYTYL.—No quiero ver los muertos!... No quiero verlos!...

TYLTYL.—Está bien, no los verás, cerrarás los ojos...

MYTYL. (Agarrándose a los vestidos de Tyltyl).—No puedo Tyltyl!... No, no es posible!... Van a salir de la tierra!...

TYLTYL.—No tiembles así... Saldrán sólo un momento...

MYTYL.—Pero también tú estás temblando!... Serán espantosos!...

TYLTYL.—Es tiempo, se pasa la hora...

Tytl y da vuelta al Diamante. Un terrífico minuto de silencio y de inmovilidad: después de lo cual, lentamente, las cruces vacilan, se entreabren las sepulturas, las lozas se levantan.

MYTYL. (Acurrucándose al lado de Tytl).—Salen!...
Aquí están!...

Luego, de todas las tumbas abiertas sube gradualmente una florecencia endeble y tímida al principio, como un vapor de agua, después blanca y virginal y cada vez más densa, cada vez más alta, superabundante y maravillosa, que poco a poco, irresistiblemente, invadiendo todas las cosas, transforma el Cementerio en una especie de jardín nupcial de hadas, sobre el cual no tardan en levantarse los primeros rayos del alba. Cintila el rocío, se abren las flores, murmura el viento en las hojas, zumban las abejas; los pájaros se despiertan e inundan el espacio con las primeras embriagueces de sus himnos al sol y a la vida. Estupefactos, deslumbrados, Tytl y Mytl, agarrados de la mano, dan algunos pasos entre las flores, buscando la huella de las tumbas.

MYTYL. (Buscando en el césped).— En dónde están los muertos?...

TYLTYL. (Buscando también).—No hay muertos...

TELÓN.

OCTAVO CUADRO

Delante de la cortina que representa hermosas nubes

Entran Tytyl, Mytyl, la Luz, el Perro, la Gata, el Pan, el Fuego, el Azúcar, el Agua, la Leche.

LA LUZ.—Creo que esta vez tendremos el Pájaro Azul. Habría debido pensar en ello desde la primera etapa... Sólo esta mañana, al tomar mis fuerzas en la aurora, me vino la idea como un rayo del cielo... Estamos a la entrada de los encantados jardines, en donde se hallan reunidas, bajo la guarda del Destino, todas las Alegrías, todas las Dichas de los Hombres...

TYLTYL.—Hay muchas? Tendremos algunas? Son pequeñas?...

LA LUZ.—Hay pequeñas y grandes, groseras y delicadas, muy hermosas algunas y otras menos agradables... Pero las más villanas hace algún tiempo fueron expulsadas de los jardines. Pues preciso es hacer notar que las Desdichas habitan un antro contiguo, que comunica con el jardín de las Felicidades y tan sólo está separado de ellas por una especie de vapor o de sutil cortina

que el viento que sopla de las alturas de la Justicia o del fondo de la Eternidad levanta a cada instante... Ahora se trata de organizar y de tomar ciertas precauciones. En general, las Dichas son muy buenas, no obstante algunas de ellas son más peligrosas y más pérfidas que las mayores Desdichas...

EL PAN.—Me ocurre una idea! Si son peligrosas y pérfidas, no sería preferible que todos esperásemos a la puerta, a fin de hallarnos en condiciones de prestar ayuda a los niños si se viesan obligados a huir?...

EL PERRO.—De ningún modo! de ningún modo!... Quiero ir por donde quiera con los diositos míos!... Que todos los que tengan miedo se queden a la puerta!... No tenemos necesidad (Mirando al Pan) de los cobardes (Mirando a la Gata) ni de los traidores....

EL FUEGO.—Yo, sí voy!... Parece que es entretenido!... Allí se baila todo el tiempo...

EL PAN.—También se come allí?...

EL AGUA. (Gimiendo).—Nunca he conocido la menor Dicha! Ahora, al fin, voy a conocer alguna!...

LA LUZ.—Callaos! Nadie os pide vuestra opinión... Oíd lo que he decidido: el Perro, el Pan y el Azúcar acompañarán a los niños. El Agua no entrará, porque es demasiado fría, ni el Fuego, por demasiado turbulento. A la Leche le pido quedarse en la puerta, porque es demasiado impresionable; la Gata podrá hacer como quiera...

EL PERRO.—Ella tiene miedo!...

LA GATA.—Iré a saludar de paso algunas Desdichas, que son viejas conocidas y habitan al lado de las Dichas...

TYLTYL.—Y tú, la Luz, no vienes acaso?...

LA LUZ.—No quiero entrar así en la morada de las Dichas; la mayoría no me soportan... Pero aquí tengo el denso velo con que me cubro cuando visito a las gentes felices... (Despliega un largo velo con que se envuelve cuidadosamente). Preciso es que un rayo de mi alma no les asuste, porque hay muchas Dichas que tienen miedo y no son felices... De este modo, las menos bonitas y aun las más groseras nada tendrán que temer...

Se abre el telón para descubrir el cuadro noveno.

NOVENO CUADRO

Los jardines de las Dichas

Quando se levanta el telón, descúbrese, en los primeros planos de los jardines, una especie de baldosa formada por altas columnas de mármol entre las cuales, disimulando el fondo, están tendidos pesados paños de púrpura, sostenidos por cordajes de oro. Recuerda la arquitectura los momentos más sensuales y más suntuosos del Renacimiento veneciano o flamenco (Veronés y Rubens). Guirnaldas, cuernos de abundancia, franjas, vasos, estatuas, dorados prodigados por todas partes. En medio, una maciza y fantástica mesa de plata sobredorada, acumulada de candelabros, cristales, vajilla de oro y de plata y sobrecargada de manjares fabulosos. Entorno de la mesa, comen, beben, aullan, cantan, se agitan, se revuelcan o se duermen entre las carnes, los frutos milagrosos, los jarros y las ánforas volcadas, los más Groseros Goces de la tierra. Son enormes, inverosímilmente obesos y rubicundos, cubiertos de terciopelos y brocados, coronados de oro, de perlas y pedrería. Bellas esclavas traen sin cesar platos empenachados y brevajes espumantes. Música vulgar, hilarante y brutal en donde los cobres dominan. Una luz pesada y roja ilumina la escena.

Tylyl. Mytyl. el Perro. el Pan. el Azúcar. al principio bastante tímidos, se juntan a la derecha, en el primer plano, alrededor de la Luz. La Gata, sin decir nada, se dirige hacia el fondo, igualmente a la derecha, alza una cortina sombría y desaparece.

TYLTYL.—Quiénes son esos gruesos señores que se divierten y comen tantas buenas cosas?

LA LUZ.—Son los más Groseros Goces de la Tierra, que podemos ver a simple vista. Posible es, aunque muy poco probable, que el Pájaro Azul se haya extraviado un instante entre ellos. Por eso no des vuelta al Diamante todavía. Vamos a explorar primero, para guardar las formas, esta parte de la sala.

TYLTYL.—Se puede uno acercar?

LA LUZ.—Ciertamente. No son malvados, aunque sí vulgares, y de ordinario, bastante mal educados.

MYTYL.—Qué hermosos pasteles tienen!...

EL PERRO.—Y liebre! y salchichas! y jigote de cordero é hígado de ternero!...
(Proclamando). Nada en el mundo es mejor, nada es más bello y nada vale lo que el hígado de ternero!...

EL PAN.—Excepto los Panes-de-cuatro-libras amasados con fina flor de trigo! Y tienen admirables!... Qué ricos son! Qué ricos son!... Son más gruesos que yo!...

EL AZÚCAR.—Perdón, perdón, mil perdones... Permitid, permitid... A nadie quisiera herir; pero no olvidéis las Confiterías que son la gloria de esta mesa y cuyo brillo y magnificencia sobrepasan, si me atrevo a expresarme así, todo

lo que hay en esta sala y quizás en cualquiera otro lugar...

TYLTYL.—Tienen semblantes alegres y dichosos!... Gritan, ríen y cantan!... Creo que nos han visto... (En efecto, una docena de los más Groseros Goces, se levantan de la mesa y avanzan penosamente, sosteniendo su vientre, hacia el grupo de los niños .

LA LUZ.—No temas nada, son muy dadivosos... Probablemente van a invitarte a comer... No aceptes, no aceptes nada, por temor de olvidar tu misión...

TYLTYL.—Cómo! Ni un sólo pastelillo? Tienen el aspecto de tan buenos, tan frescos, tan bien azucarados, adornados de frutas confitadas y deslumbrantes de crema!...

LA LUZ.—Son peligrosos y quebrantarían tu voluntad. Hay que saber sacrificar alguna cosa al deber que se cumple. Rehusa cortesmente, pero con firmeza. Aquí están...

LOS MÁS GROSEROS GOCES. (Tendiéndole la mano a Tyltyl).—Buenos días, Tyltyl!...

TYLTYL. (Asombrado).—Me conocéis, pues?... Quiénes sois?...

EL GROSERO GOCE.—Soy el más grosero de los Goces, el Goce de ser rico, y vengo

a rogaros en nombre de mis hermanos a tí y a tu familia, que honréis con vuestra presencia nuestra comida sin fin. Os encontraréis en medio de todo lo que hay de mejor entre los verdaderos y Groseros Goces de esta Tierra. Permitidme que os presente a los principales de entre ellos. Aquí está mi yerno, el Goce-de-ser-propietario, con el vientre en forma de pera. Aquí está el Goce-de-la-vanidad-satisfecha, cuyo rostro está tan graciosamente henchido.

(El Goce-de-la-vanidad-satisfecha saluda con semblante protector). Aquí están el Goce-de-beber-cuando-ya-no-se-tiene-sed y el Goce-de-comer-cuando-ya-no-se-tiene-hambre que son gemelos y tienen las piernas en forma de macarrones. (Saludan tambaleándose). Aquí está el Goce-de-no-saber-nada, que es sordo como una tapia, y el Goce-de-no-comprender-nada que es ciego como un topo. Aquí están el Goce-de-no-hacer-nada y el Goce-de-dormir-más-de-lo-necesario que tienen las manos de miga de pan y los ojos de jalea de durazno. Aquí está la Risa-Carrajada que está hendida hasta las orejas y a quien nada puede resistir...

La-Risa-Carcajada saluda torciéndose.

TYLTYL. (Mostrando con el dedo un Grosero Goce que se ha mantenido aparte).—Y ese que no se ha atrevido a acercarse y nos vuelve la espalda?...

EL GROSERO GOCE.—Se halla un tanto cohibido y no es presentable a los niños... (Asiendo las manos de Tytyl). Pero venid, pues! Comienza de nuevo el festín... Ésta es la duodécima vez desde la madrugada. Sólo a vosotros dos se os espera... Escucháis a todos los invitados que a grandes gritos os reclaman?... No puedo presentaros a todos, son en extremo numerosos... (Ofreciendo el brazo a los dos niños) Permitid que os conduzca a los dos sitios de honor...

TYLTYL.—Agradezco a usted mucho, señor Grosero Goce... Lo deploro vivamente... Por el momento no puedo... Debemos darnos prisa, buscamos el Pájaro Azul. Sabría usted decirme, por casualidad, en dónde se oculta?

EL GROSERO GOCE.—El Pájaro Azul?... Esperad, pues... Sí, sí, me parece que me acuerdo... En otro tiempo se me ha hablado de eso. Ese pájaro creo que no es comestible... En todo caso nunca se

ha asomado a nuestra mesa... Lo cual quiere decir que se le tiene en poca estima... Pero no os preocupéis por ello; tenemos tantas otras cosas mejores... Vais a inmiscuiros en nuestra vida, veréis todo lo que hacemos.

TYLTYL.—Qué hacéis?

EL GROSERO GOCE.—Nos ocupamos sin cesar en no hacer nada... Y no tenemos un instante de reposo... Hay que beber, que comer y que dormir. Y esto nos absorbe por entero...

TYLTYL.—Y eso es entretenido?

EL GROSERO GOCE.—Vaya si lo es!... No hay nada más sobre la Tierra...

LA LUZ.—Lo crees así?

EL GROSERO GOCE. (En voz baja, a Tytyl, señalando con el dedo a la Luz).—Quien es esta jovencita tan mal educada?...

Durante toda la precedente conversación, una multitud de Groseros Goces de segundo orden se ha ocupado con el Perro, el Azúcar y el Pan y los ha arrastrado hacia la orgía. Tytyl distingue de pronto a estos últimos, quienes, sentados a la mesa fraternalmente con sus huéspedes comen, beben y se agitan locamente.

TYLTYL.—Mira, pues, la Luz!... Se han sentado a la mesa!...

LA LUZ.—Llámalos! si no esto acabará mal!...

TYLTYL.—Tylo!... Tylo! Aquí!... Querrás venir acá, enseguida, entiendes?... Y vosotros, allá, el Azúcar y el Pan, quién os dió permiso para separaros de mí?... Qué hacéis allí, sin autorización?...

EL PAN. (Con la boca llena).—No podrías acaso hablarnos más cortesmente?...

TYLTYL.—Cómo? Es el Pan quien se permite tutearme?... Pero qué te ha cogido?... Y tú, Tylo!... Así es como se obedece? Vamos, ven acá, échate, échate!... Y pronto!...

EL PERRO. (A media voz y en el extremo de la mesa).— Cuando yo como, a nadie pertenezco y no entiendo nada...

EL AZÚCAR. (Melosamente).—Excusadnos, no podríamos separarnos, sin resentirlos, de tan amables huéspedes...

EL GROSERO GOCES.—Veis!... Os dan el ejemplo... Venid, se os espera... No admitimos excusa... Se os hará una suave violencia... Vamos, los Groceros Goces, ayudadme!... Llevémosles por la fuerza a la mesa, para que sean dichosos aun a despecho de ellos!...

Todos los Groseros Goces, con gritos de alegría y tambaleándose a más y mejor, arrastran

a los niños que se resisten, mientras que la Carcajada ase vigorosamente a la Luz por el talle.

LA LUZ.—Da vuelta al Diamante, ya es tiempo!...

Hace Tytyl lo que la Luz le ordena. Inmediatamente la escena se ilumina con una claridad inefablemente pura, divinamente rosea, armoniosa y ligera. Los pesados ornamentos del primer piano, las densas colgaduras rojas se desprenden y desaparecen, dejando al descubierto un fabuloso y dulce jardín de suave paz y de serenidad, una especie de palacio de verdura, de armoniosas perspectivas, en donde la magnificencia de las frondas, potentes y luminosas, exuberantes y sin embargo disciplinadas, en donde la embriaguez virginal de las flores y de la fresca alegría de las aguas que corren, chorrean y brotan por todas partes parecen arrastrar hasta los confines del horizonte la idea misma de la felicidad. La mesa de la orgía desaparece sin dejar huellas: los terciopelos, los brocados, las coronas de los Groseros Goces, al sople luminoso que invade la escena, se levantan, se desgarran y caen, al mismo tiempo que las máscaras rientes, a los pies de los convidados aturdidos. Estos, a ojos vistas, se deshinchén como vejigas perforadas, se entremiran guiñando los párpados ante los rayos desconocidos que les hieren y viéndose al fin tales como son en verdad, desnudos, horribles, muelles y lamentables, lanzan aullidos de vergüenza y de espanto, entre los cuales se distinguen nítidamente los de la Carcajada que dominan a los demás. Sólo el Goce-de-no-comprender-nada permanece perfectamente tranquilo, en tanto que sus colegas desesperadamente se

agitan tratando de huir y de esconderse en los rincones que esperan hallar más sombríos. Pero no hay ya sombras en el jardín deslumbrador. La mayor parte por eso se deciden a trasponer, ya a la desesperada, la amenazante cortina que, hacia la derecha, en un ángulo, cierra la bóveda de la caverna de las Desdichas. Cada vez que uno de ellos, en medio del pánico, levanta una parte de esa cortina, se oye como se alza de la concavidad del antro una tempestad de injurias, de imprecaciones. El Perro, el Pan y el Azúcar, con las orejas gachas, se reúnen al grupo de los niños y, todos cortados, se esconden detrás de ellos.

TYLTYL. (Mirando huir los Groseros Goces).—Cuán feos son, Dios mío!... A dónde van?..

LA LUZ.—Para mí, que han perdido la cabeza... Van a refugiarse entre las Desdichas, en donde sospecho que no permanecerán definitivamente...

TYLTYL. (Mirando entorno de sí, maravillado).—Oh! qué hermoso jardín! qué hermoso jardín!... En dónde estamos?...

LA LUZ.—No hemos cambiado de lugar; tus ojos son los que han cambiado de esfera... Ahora vemos la verdad de las cosas; y vamos a contemplar el alma de las Dichas que resisten la claridad del Diamante.

TYLTYL.—Cuán hermoso!... Cómo se embellece todo!... Se creería estar en pleno estío... Vamos! diríase que se aproxi-

man y que van a ocuparse de nosotros...

En efecto, los jardines comienzan a poblarse de formas angélicas que parecen salir de un largo sueño y se deslizan armoniosamente entre los árboles. Están vestidas con trajes luminosos, de suaves y sutiles matices: despertar de rosa, sonrisa de agua, azul de aurora, rocío de sombra, etc...

LA LUZ.—Aquí se acercan algunas Dichas amables y curiosas que van a informarnos...

TYLTYL.—Las conoces?...

LA LUZ.—Sí, a todas las conozco; a ellas vengo amenudo, sin que sepan quien soy.

TYLTYL.—Cuántas hay, cuántas hay!... Salen de todas partes!...

LA LUZ.—Muchas más había en otro tiempo. Los Groseros Goces les han hecho mal.

TYLTYL.—Lo mismo da, no son pocas las que quedan...

LA LUZ.—Verás a muchas más a medida que la influencia del Diamante se derrame por entre los jardines... Se encuentran sobre la Tierra muchas más Dichas de lo que uno cree; pero no las descubren la mayoría de los Hombres...

TYLTYL.—Aquí se acercan unas pequeñas;
corramos a su encuentro...

LA LUZ.—Inútil es; las que nos interesan
pasarán por aquí. No tenemos tiempo
de relacionarnos con las demás...

Una banda de Pequeñas Dichas, trastavi
llando y riendo a carcajadas, llega corriendo
del fondo de las verduras y gira danzando en
torno de los niños.

TYLTYL.—Qué bonitas son, qué bonitas!...
De dónde vienen, quiénes son?...

LA LUZ.—Son las Dichas de los niños...

TYLTYL.—Puede hablárseles?...

LA LUZ.—Inútil es. Cantan, danzan, ríen,
pero no hablan aun...

TYLTYL. (*Moviéndose agitadamente*).—Buenos días!
Buenos días!... Oh! la gorda, aquella
que ríe!... Qué bellas mejillas tienen, qué
lindos trajes!... Aquí son todos ricos?...

LA LUZ.—Oh no, aquí, como en donde
quiera, hay más pobres que ricos...

TYLTYL.—En dónde están los pobres?...

LA LUZ.—No puede distinguírseles... La
dicha de un niño revestida está siempre
de todo lo que hay más hermoso sobre
la tierra y en los cielos.

TYLTYL. (*No pudiendo estar ya en su sitio*).—Quisiera
danzar con ellas...

LA LUZ.—Es absolutamente imposible, ya no tenemos tiempo... Veo que no tienen el Pájaro Azul... Además, tienen prisa, lo ves, ya pasaron... Tampoco ellas tienen tiempo que perder, porque la niñez es breve...

Otra banda de Dichas, un poco mayores que las precedentes, se precipita en el jardín, cantando a voz en cuello: «Aquí están! Aquí están! Nos ven! Nos ven!...» danza, en torno de los niños una alegre farándula, al fin de la cual la que parece ser jefe de la pequeña tropa se adelanta hacia Tytyl, tendiéndole la mano.

LA DICHA.—Buenos días, Tytyl!...

TYLTYL.—Una más que me conocel... (A la Luz). Ya voy siendo conocido un poco por donde quiera... Quién eres?...

LA DICHA.—No me reconoces?... Apuesto a que no reconoces a ninguna de las que están aquí?...

TYLTYL. (Todo corrido).—Pues no... No se... No me acuerdo de haberos visto...

LA DICHA.—Lo oís?... Segura estaba de ello!... Nunca nos has visto!... (Las otras Dichas de la banda se echan a reír). Pero, mi pequeño Tytyl, si sólo a nosotras nos conoces!... Siempre estamos alrededor de tí... Comemos, bebemos, nos des-

pertamos, respiramos, vivimos contigo!...

TYLTYL.— Sí, sí, perfectamente, sí me acuerdo... Pero quisiera saber cómo os llamáis...

LA DICHA.— Bien veo que nada sabes... Soy la directora de las Dichas-de-tu-casa; y todas éstas son las otras Dichas que la habitan...

TYLTYL.— Acaso hay Dichas en mi casa?...

Todas las Dichas se echan a reír.

LA DICHA.— Lo habéis oído!... Que si hay Dichas en tu casa!... Pero, desgraciadito, si está llena de ellas, hasta sacar de quicio las puertas y las ventanas!... Reímos, cantamos, creamos alegría, hasta para repeler los muros y levantar los techos; pero en vano todo, tú nada ves, ni escuchas nada... Es de esperar que en adelante seas un poco más razonable... Mientras tanto, vas a estrechar la mano a las más notables... Una vez de regreso en tu casa, las reconocerás así más familiarmente... Y luego, al final de un hermoso día, podrás alentarlas con una sonrisa, darles las gracias con una frase amable, pues en verdad se

empeñan cuanto pueden por hacerte la vida suave y deliciosa... En primer término, yo, tu servidora, la-Dicha-de-tener-salud... No soy la más bonita, pero sí la más seria. Me reconocerás?... Aquí está la-Dicha-del-aire-puro, que es casi transparente... Aquí está la-Dicha-de-amar-a-sus-padres, vestida de gris y siempre un poco triste, porque no se la considera nunca... Aquí la-Dicha-de-un-cielo-azul, naturalmente vestida de azul; y la-Dicha-de-la-selva, no menos naturalmente, vestida de verde y que volverás a ver cada vez que te asomes a la ventana... Aquí está además la-Dicha-de-las-horas-de-sol que es de color de diamante, y la de la Primavera que es de color de plena esmeralda...

TYLTYL.—Y todos los días estáis tan hermosas?...

LA DICHA.—Vaya que sí, todos los días es domingo en todas las casas, cuando se tienen abiertos los ojos... Y luego, para cuando la tarde llega, aquí está la Dicha-de-las-puestas-de-sol, que es más bella que las reinas del mundo; a quien sigue la Dicha-de-ver-alzarse-las-estrellas, do-

rada como una deidad de otras épocas... Después, cuando hace mal tiempo, aquí está la Dicha-de-la-lluvia, cubierta de perlas, y la Dicha-del-fuego-de-invierno, que pone en las manos heladas su hermoso manto de púrpura... Y no hablo de la mejor de todas, porque es casi hermana de las Grandes Alegrías límpidas que veréis muy pronto, y que es la Dicha de los pensamientos inocentes, la más clara de entre nosotras... Y después, aquí están otras... Pero realmente son demasiadas!... No concluiríamos, y debo avisar antes a las Grandes Alegrías que están allá arriba, en el fondo, cerca de las puertas del cielo y no saben aún que habéis llegado... Voy a enviarles la Dicha-de-correr-con-los-desnudos-pies-sobre-el-rocío, que es la más ágil... (A la Dicha que acaba de nombrar y que se adelanta haciendo cabriolas). VÉ!...

En este momento, una especie de diablillo, con traje de punto negro, empujando a todo el mundo y lanzando gritos inarticulados, se aproxima a Tytyl y trastavilla locamente, anonadándole a papiroles, tantarantanes, y punta-piés.

TYLTYL. (Aturdido y profundamente indignado).—¿Quién es este salvaje?

LA DICHA.—Pues bueno, es el Placer-de-ser-insoportable que se ha escapado de la caverna de las Desdichas. No saben adónde encerrarle. Se evade de todas partes y las Desdichas mismas no quieren conservarle.

El diablillo continúa atormentando a Tyltyl que en vano se defiende. porque, de súbito, riendo a carcajadas, desaparece sin razón, como había venido.

TYLTYL.—Qué es lo que tiene? Está loco?

LA LUZ.—No sé. Posible es que tú seas lo mismo que él cuando no te estás quieto. Pero, mientras tanto, habría que informarse del Pájaro Azul. Quizá el Amade-las-Dichas-del-hogar no ignore en dónde se halle.

TYLTYL.—En dónde está?...

LA DICHA.—No sabe en dónde se encuentra el Pájaro Azul!...

Todas las Dichas-de-la-casa se echan a reir.

TYLTYL.—Pero si no sé... No hay que reirse por eso...

Nuevas carcajadas.

LA DICHA.—Veamos, no te enojés... y luego, seamos serias... El no sabe—qué

queréis—no es por eso más ridículo que la mayor parte de los Hombres... Pero aquí viene la Dicha-de-correr-descalzo-sobre-el-rocío que ha dado aviso a las Grandes Alegrías las cuales vienen hacia acá...

En efecto, las esbeltas y bellas figuras angélicas, vestidas con trajes luminosos, se aproximan lentamente.

TYLTYL.—Qué bellas son!... Por qué no ríen?... No son felices?...

LA LUZ.—No es cuando uno ríe cuando está más feliz...

TYLTYL.—Quiénes son?...

LA DICHA.—Son las Grandes Alegrías...

TYLTYL.—Sabes sus nombres?...

LA DICHA.—Naturalmente, a menudo jugamos con ellas... Ve aquí primero: delante de las otras, la Grande Alegría-de-ser-justo, que sonrío cada vez que se repara una injusticia; soy demasiado joven, no la he visto sonreír aún. Tras ella, está la Alegría-de-ser-bueno, la más feliz, pero la más triste; a quien con dificultad se le impide el ir hacia las Desdichas a las cuales querría consolar. A la derecha, está la Alegría-del-trabajo-

concluido, al lado de la Alegría-de-pensar. Enseguida, la Alegría-de-comprender que siempre busca a su hermana la Dicha-de-no-comprender-nada...

TYLTYL.—Pero, yo he visto a su hermana!...
Se ha ido entre las Desdichas con los Groseros Goces...

LA DICHA.—Segura estaba de ello!... Se ha extraviado, la han pervertido sus malas compañías... No hables de esto a su hermana. Querría ir a buscarla, y perderíamos una de las más Bellas-Alegrías. Aquí está, entre las más grandes, la Alegría-de-ver-lo-que-es-bello, que agrega cada día algunos fulgores a la luz que aquí reina...

TYLTYL.—Y, allá a lo lejos, a lo lejos, en las nubes de oro, aquella que apenas puedo ver empinándome en las puntas de mis pies?...

LA DICHA.—Es la Grande-Alegría-de-amar... Pero no te esfuerces en vano, eres demasiado pequeño para poder verla por entero...

TYLTYL.—Y allá, en el fondo, las que se hallan veladas y no se aproximan?...

LA DICHA.—Son las que los Hombres no conocen todavía...

TYLTYL.—Qué nos quieren las demás?...
Por qué se apartan?...

LA DICHA.—Es delante de una nueva Alegría que se aproxima, quizás la más pura que aquí tenemos...

TYLTYL.—Quién es?...

LA DICHA.—No la reconoces aún?... Mira entonces mejor, abre tus dos ojos hasta el corazón de tu alma!... Ella te ha visto, te ha visto!... Hacia tí viene tendiéndote los brazos. Es la Alegría de tu madre, es la Alegría-sin-igual-del-amor-materno!...

Después de haberla aclamado, las otras Alegrías, venidas de todas partes, se retiran en silencio ante la Alegría-del-amor-materno.

EL AMOR MATERNO.—Tyltyl! y también Mytyl!... Cómo! Sois vosotros!... A vosotros encuentro aquí!... No me lo esperaba... Sola estaba en el hogar y he aquí que vosotros dos subís hasta el cielo, en donde irradian de Alegría las almas de todas las madres!... Pero antes, besos, dadme besos tantos como podáis!... Estando ambos en mis brazos, no hay nada que pueda darme mejor dicha!... Tyltyl, no ríes?... Ni tampoco tú, Mytyl?... No conocéis el amor de

vuestra madre?... Pero miradme, pues, no son mis ojos, y mis labios y mis brazos?...

TYLTYL.—Sí, vaya, sí, te reconozco, pero yo nada sabía... Te pareces a mamá, pero eres más hermosa...

EL AMOR MATERNO.—Evidentemente, yo no envejezco... Y cada día que pasa me trae fuerza, juventud y felicidad... Cada una de tus sonrisas me quita el peso de un año... Nada de esto se ve en el hogar, pero aquí todo se ve y esa es la verdad...

TYLTYL. (*Maravillado, contemplándola y abrazándola una y otra vez*).—Y de qué está hecho ese traje tan bello?... Es acaso de seda, de plata o de perlas?...

EL AMOR MATERNO.—No, está hecho de besos, de miradas, de caricias... Cada beso que se da añade en él un fulgor de luna o de sol...

TYLTYL.—Es curioso, no hubiera creído que fueses tan rica... En dónde escondáis tu traje?... Estaba en el armario cuya llave guarda papá?...

EL AMOR MATERNO.—No, lo tengo siempre, pero no se le ve, porque nada se ve cuando los ojos están cerrados...

Todas las madres son ricas cuando aman a sus hijos... No hay pobres, no hay feas, no hay madres viejas... Su amor es siempre la más bella de las Alegrías... Y cuando parecen tristes, basta un beso que reciban o que den para que todas sus lágrimas se conviertan en estrellas en el fondo de sus ojos...

TYLTYL. (Mirándola con asombro).— Sí, sí, es verdad, tus ojos están llenos de estrellas... Y son ciertamente tus ojos, pero están mucho más hermosos... Y esta es tu mano también, aquí está tu anillo... Aun tiene la quemadura que te hiciste una noche al encender la lámpara... Pero es más blanca todavía y cuán fina la piel!... Diríase que por ella se ve deslizarse la luz... No trabaja acaso como en el hogar?...

EL AMOR MATERNO.— Pero si es la misma; no habéis visto que se pone blanca y se llena de luz cuando te acaricia?...

TYLTYL.— Estoy asombrado, mamá, esta es tu voz también; pero tú hablas mejor que en la casa...

EL AMOR MATERNO.— En casa hay mucho que hacer y no se tiene tiempo... Pero

lo que no se dice, se comprende igualmente... Ahora que me has visto, me reconocerás, bajo mi traje despedazado, cuando entres mañana a la choza?...

TYLTYL.—No quiero regresar... Puesto que tú estás aquí, quiero también quedarme en tanto que acá permanezcas...

EL AMOR MATERNO.—Pero si es la misma cosa, allá es donde yo estoy, allá donde estamos... Aquí has venido tan sólo para darte cuenta y para aprender al fin cómo hay que verme cuando me encuentres allá en la casa... Lo comprendes, mi Tytyl?... Te crees en el cielo; pero el cielo está en donde quiera que nos abrazamos... No hay dos madres, y tú no tienes más que una... Cada niño tiene una tan sólo que es siempre la misma y siempre la más bella; pero hay que conocerla y saber mirar... Pero cómo has hecho para llegar aquí y encontrar un camino que los Hombres han buscado desde que habitan la Tierra?...

TYLTYL. (Presentando a la Luz, que, por discreción se ha retirado un poco).—Ella es la que me ha conducido...

EL AMOR MATERNO.—Quién es?...

TYLTYL.—La Luz...

EL AMOR MATERNO.—No la he visto jamás... Se me había dicho que os amaba mucho y que era muy buena... Pero por qué se oculta?... No muestra nunca su rostro?...

TYLTYL.—Como no, pero teme que las Dichas tengan miedo si llegan a ver demasiado claro...

EL AMOR MATERNO.—Entonces no sabe que a ella es a quien esperamos!... (Llamando a las otras Grandes Alegrías). Venid, venid, hermanas mías! Venid, todas, corred, al fin viene la Luz a visitarnos!...

Estremecimientos entre las Grandes Alegrías que se aproximan. Gritos: «La Luz está aquí!... La Luz, La Luz!...»

LA-ALEGRÍA-DE-COMPRENDER. (Apartando a las demás para venir a besar la Luz).—Eres la Luz y no lo sabíamos!... Ya hace años y más años, y más años que te esperábamos!... Me reconoces?... Soy la Alegría-de-comprender que tanto te ha buscado... Somos muy felices, pero no alcanzamos a ver más allá de nosotras mismas...

LA ALEGRÍA-DE-SER-JUSTO. (A su vez besando a la Luz).—Me reconoces?... Soy la Alegría-de-ser-justo que te ha suplicado tantas

veces... Somos muy felices, pero no alcanzamos a ver más allá de nuestras sombras...

LA ALEGRÍA-DE-VER-LO-QUE-ES-BELLO.

(Besándola igualmente). — Me reconoces?... Soy la Alegría-de-las-bellezas que te ha amado tanto... Somos muy felices, pero no alcanzamos a ver más allá de nuestros sueños...

LA ALEGRÍA-DE-COMPRENDER.—Mira, mi-

ra, hermana mía, no nos hagas esperar más... Somos bastante fuertes, somos bastante puras... Aparta, pues, estos velos que nos ocultan aun las últimas verdades y las postreras dichas... Mira, a tus pies se arrodillan todas mis hermanas... Tú eres nuestra reina y nuestra recompensa...

LA LUZ. (Cinéndose sus velos).—Herманas mías,

bellas hermanas mías, obedezco a mi Maestro... La hora no ha llegado, sonará quizás y volveré sin temor y sin sombras... Adiós, levantaos, besémosnos aun, como hermanas que se vuelven a encontrar, mientras esperamos el día que habrá de levantarse muy pronto!...

EL AMOR MATERNO. (Besando a la Luz).—Has

sido muy buena para mis pobres hijos...

LA LUZ.—Seré siempre buena entorno de los que me aman...

LA ALEGRÍA-DE-COMPRENDER. (Acercándose a la Luz).—Que tu último beso se pose sobre mi frente... (Se besan largamente y, cuando se separan y levantan la cabeza, vense lágrimas en sus ojos.

TYLTYL. (Asombrado).—Por qué lloráis?... (Mirando a las otras Alegrías). Vaya! lloráis también... Pero por qué todo el mundo tiene los ojos llenos de lágrimas?...

LA LUZ.—Silencio, hijo mío!...

TELÓN.

ACTO QUINTO

DÉCIMO CUADRO

El Reino del Porvenir

Las salas inmensas del Palacio de Azur, en donde aguardan los niños que van a nacer. Infinitas perspectivas de columnas de zafiro sosteniendo bóvedas de turquesa. Todo aquí, desde la luz y las baldosas de lapis-lázuli hasta las pulverulencias del fondo en donde se pierden los últimos arquillos, hasta los menores objetos, es de un azul irreal, intenso, de hadas. Solos los capiteles y los zócalos de las columnas, las claves de bóveda, algunos sitiales, algunos bancos circulares son de mármol blanco de alabastro. A la derecha, entre las columnas, grandes puertas opalinas. Estas puertas, cuyos batientes apartará el Tiempo, hacia el fin de la escena, se abren hacia la Vida actual y los malecones de la Aurora. Por donde quiera, poblando armoniosamente la sala, una muchedumbre de niños vestidos con largas batas azuladas. Los unos juegan, otros se pasean, otros charlan o sueñan; muchos están dormidos, muchos también trabajan, entre las columnatas, en las futuras invenciones; y sus herramientas, sus instrumentos, los aparatos que construyen, las plantas, las flores y los frutos que cultivan o que cogen son del mismo azul sobrenatural y luminoso que la atmósfera general del Palacio. Entre los niños, revestidas de un azul más pálido y más diáfano, pasan y repasan algunas figuras de talla esbelta, de una soberana y silenciosa belleza, que parecen ser ángeles.

Entran a izquierda, como a hurtadillas, deslizándose entre las columnas del primer plano. Tytyl, Mytyl y la Luz. Su llegada provoca cierto movimiento entre los Niños Azules que inmediatamente se allegan de todas partes y se agrupan entorno de los insólitos visitantes a quienes con curiosidad contemplan.

MYTYL.—En dónde están el Azúcar, la Gata y el buen Pan?...

LA LUZ.—No pueden entrar aquí; conocerían el Porvenir y no volverían a obedecer...

TYLTYL.—Y el Perro?...

LA LUZ.—Tampoco es bueno que sepa lo que le espera en la sucesión de los siglos... Aprisionados los tengo en los subterráneos de la iglesia...

TYLTYL.—En dónde estamos?...

LA LUZ.—Estamos en el Reino del Porvenir, en medio de los niños que no han nacido todavía. Puesto que nos permite el Diamante ver con claridad en esta región que los Hombres no columbran aún, es muy posible que aquí encontremos el Pájaro Azul...

TYLTYL.—Muy seguramente el Pájaro será azul, puesto que todo aquí es azul.

(Mirando entorno de sí). Dios mío, qué hermoso es todo esto!...

LA LUZ.—Mira los niños que llegan...

TYLTYL.—Están disgustados?...

LA LUZ.—De ningún modo... Ya lo ves, sonríen, pero se hallan asombrados...

LOS NIÑOS AZULES. (Se allegan cada vez más numerosos). —Son niños Vivos... Venid a ver a los pequeños Vivos!...

TYLTYL.—Por qué nos llaman «los pequeños Vivos»?...

LA LUZ.—Porque ellos no viven todavía...

TYLTYL.—Qué hacen entonces?...

LA LUZ.—Aguardan la hora de su nacimiento...

TYLTYL.—La hora de su nacimiento?...

LA LUZ.—Sí; de aquí van todos los niños que nacen en nuestra Tierra. Cada uno espera su día... Cuando los Padres y las Madres desean hijos, se abren las grandes puertas que tú ves a la derecha; y los niños descienden...

TYLTYL.—Hay muchos! Hay muchos!...

LA LUZ.—Hay más todavía... No se les puede ver a todos... Piensa, pues, hay con qué poblar hasta el fin de los tiempos... Nadie podría contarlos...

TYLTYL.—Y quiénes son estas grandes personas azules?...

LA LUZ.—No se sabe con exactitud... Se

cree que son guardianes... Dícese que vendrán a la Tierra después de los Hombrés... Pero no está permitido interrogarles...

TYLTYL.— Por qué?...

LA LUZ.— Porque ese es el secreto de la Tierra...

TYLTYL.— Y a los otros, a los pequeños, se les puede hablar?...

LA LUZ.— Por cierto, preciso es entrar en relaciones... Mira, aquí está uno más curioso que los otros... Acércate, háblale...

TYLTYL.— Qué debo decirle?...

LA LUZ.— Lo que quieras, como a un compañerito tuyo...

TYLTYL.— Puedo darle la mano?

LA LUZ.— Por supuesto, nada te hará... Pero vamos, no pongas ese aspecto tan fingido... Voy a dejaros solos, estaréis más a vuestro gusto... Tengo, además, que conversar con ese Gran Personaje Azul...

TYLTYL. (Acercándose al Niño Azul y tendiéndole la mano).
— Buenos días!... (Tocando con el dedo la bata azul del Niño). Qué es ésto?...

EL NIÑO. (Tocando gravemente con el dedo el sombrero de Tytyl). — Y ésto?...

TYLTYL.—Esto?... Es mi sombrero... Tú no tienes sombrero?...

EL NIÑO.—No; para qué sirve eso?...

TYLTYL.—Para decir buenos días... Y luego, para cuando hace frío...

EL NIÑO.—Qué es hacer frío?...

TYLTYL.—Cuando uno tiritita así: brrr! brrr!... cuando uno se sopla las manos y uno agita los brazos así...

Los agita vigorosamente.

EL NIÑO.—Hace frío en la Tierra?...

TYLTYL.—Sí, a veces, en el invierno, cuando no hay fuego...

EL NIÑO.—Y por qué no hay?...

TYLTYL.—Porque eso cuesta caro y hay que tener plata para comprar leña...

EL NIÑO.—Qué es eso de plata?

TYLTYL.—Lo que uno paga...

EL NIÑO.—Ah!...

TYLTYL.—Hay unos que tienen y otros que no tienen...

EL NIÑO.—Por qué?...

TYLTYL.—Porque no son ricos... Y tú eres rico?... Cuántos años tienes?...

EL NIÑO.—Voy a nacer muy pronto... Naceré dentro de dos años... Es bueno eso de nacer?...

TYLTYL.—Oh! sí!... Es divertido!...

EL NIÑO.—Cómo has hecho tú?...

TYLTYL.—Ya no me acuerdo... Hace tanto tiempo!...

EL NIÑO.—Se dice que todo eso es hermoso, la Tierra y los Vivos!...

TYLTYL.—Sí, no es feo... Hay pájaros, pasteles, juguetes... Algunos tienen de todo eso; pero los que no tienen pueden mirar a los otros...

EL NIÑO.—Nos dicen que las madres aguardan a la puerta... Son buenas, verdad?...

TYLTYL.—Oh! sí!... Son lo mejor de todo lo que hay!... Las abuelas también; pero se mueren demasiado pronto...

EL NIÑO.—Se mueren?... Qué es eso?...

TYLTYL.—Una buena noche se van, y no vuelven más...

EL NIÑO.—Por qué?...

TYLTYL.—Quién sabe?... Tal vez porque están tristes...

EL NIÑO.—Y se ha ido la tuya?...

TYLTYL.—Mi abuela?...

EL NIÑO.—Tu mamá o tu abuela, yo que sé de eso?...

TYLTYL.—Ah! pero, no es la misma cosa!... Las abuelas se van primero y eso es

muy triste... La mía era muy buena...

EL NIÑO. — Qué es lo que tienen tus ojos?...

Están haciendo perlas?...

TYLTYL. — No; no son perlas...

EL NIÑO. — Qué es eso entonces?...

TYLTYL. — No es nada, es todo este azul
que me deslumbra un poco...

EL NIÑO. — Cómo se llama eso?...

TYLTYL. — Qué?...

EL NIÑO. — Eso, lo que cae?...

TYLTYL. — Nada, es uno poco de agua...

EL NIÑO. — Sale de los ojos?...

TYLTYL. — Sí, a veces, cuando uno llora...

EL NIÑO. — Qué es llorar?

TYLTYL. — Yo no he llorado; la culpa la
tiene ese azul... Pero si yo hubiera llo-
rado habría sido la misma cosa...

EL NIÑO. — Se llora con frecuencia?...

TYLTYL. — Los niños hombres no, pero las
mujeres sí... Aquí no se llora?...

EL NIÑO. — Pues no, yo no sé...

TYLTYL. — Pues bien, tú aprenderás... Con
que estás jugando, qué son esas alas
azules?...

EL NIÑO. — Esto?... Es para la invención
que haré en la Tierra...

TYLTYL. — Cuál invención?... Has inventa-
do, pues, alguna cosa?...

EL NIÑO.—Vaya, no lo sabes?... Cuando vaya a la Tierra, yo inventaré la Cosa que hace Feliz...

TYLTYL.—Es bueno para comer?... Hace ruido?...

EL NIÑO.—No, nada se oye...

TYLTYL.—Qué lástima...

EL NIÑO.—Cada día trabajo en esto... Casi está concluida... Quieres ver?...

TYLTYL.—Por cierto... En dónde está?...

EL NIÑO.—Allá, se le ve de aquí, entre esas dos columnas...

OTRO NIÑO AZUL. (Acercándose a Tytyl y tirándole de la manga).—Quieres ver la mía, dices?...

TYLTYL.—Por supuesto, qué es?...

SEGUNDO NIÑO.—Los treinta y tres remedios para prolongar la vida... Allí, en esos vasos azules...

TERCER NIÑO. (Saliendo de la multitud).—Yo traigo una luz que nadie conoce (Se ilumina por entero con una llama extraordinaria). Es bastante curioso, no?...

CUARTO NIÑO. (Tirando del brazo a Tytyl).—Ven a ver mi máquina que vuela en el aire como un pájaro sin alas!...

QUINTO NIÑO.—No, no; primero la mía que halla los tesoros que se ocultan en la luna...

Los Niños Azules se atropellan entorno de Tylyl y de Mytyl, gritando todos a la vez: «No, no, ven a ver la mía!... No, la mía es más bella!... La mía es asombrosa!... La mía es toda de Azúcar!... La suya no es curiosa!... El me quitó la idea!» etc. Entre estas exclamaciones desordenadas se llevan a los pequeños Vivos del lado de los talleres azules, y, allí, cada uno de los inventores pone en movimiento su máquina ideal. Es un rodar cerúleo de ruedas, de discos, de volantes, de engranajes, de poleas, de correas, de objetos extraños y todavía innominados envueltos en los azulosos vapores de lo irreal. Una muchedumbre de aparatos extravagantes y misteriosos se levantan y se ciernen bajo las bóvedas o reptan al pie de las columnas, mientras que los niños despliegan mapas y planos, abren libros, descubren estatuas azuladas, traen flores enormes, frutos gigantescos que parecen formados de zafiros y de turquesas.

UN NIÑITO AZUL. (Agobiado por el peso de colosales margaritas de azul).—Mirad estas flores!...

TYLTYL.—Qué son?... No las conozco...

EL NIÑITO AZUL.—Son margaritas!...

TYLTYL.—Imposible!... si son tan grandes como ruedas...

EL NIÑITO AZUL.—Qué bien huelen!...

TYLTYL. (Oliéndolas).—Prodigioso!...

EL NIÑITO AZUL.—Como éstas serán cuando vaya a la Tierra...

TYLTYL.—Cuándo será?...

EL NIÑITO AZUL.—Al cabo de cincuenta y tres años, cuatro meses y nueve días...

Llegan dos Niños Azules que llevan como una farola, pendiente de una percha, un inverosímil racimo de uvas, cuyas bayas son más grandes que peras.

UNO DE LOS NIÑOS QUE LLEVAN EL RACIMO.—Qué dices de mis frutas?...

TYLTYL.—Un racimo de peras!...

EL NIÑO.—Pues no, son uvas!... Así serán todas cuando yo tenga treinta años... He encontrado el medio...

OTRO NIÑO. (Encorvado bajo el peso de un cesto de manzanas azules del tamaño de melones).—Y yo!... Ved mis manzanas!...

TYLTYL.—Pero si son melones!...

EL NIÑO.—Pues no!... Son mis manzanas, y todavía las menos hermosas!... Todas serán iguales cuando yo esté vivo... He encontrado el sistema!...

OTRO NIÑO. (Arrastrando en un carretillo azul melones del tamaño de calabazas).—Y mis meloncitos?...

TYLTYL.—Pero si son calabazas!...

EL NIÑO DE LOS MELONES.—Cuando vaya a la Tierra estarán orgullosos de los melones!... Seré el jardinero del Rey de los Nueve Planetas...

TYLTYL.—El Rey de los Nueve Planetas? A dónde está?...

EL REY DE LOS NUEVE PLANETAS. (Parece

contar cuatro años y apenas puede tenerse en pie sobre sus torcidas piernillas). —Aquí está!

TYLTYL.—Pero bien, tú no eres grande...

EL REY DE LOS NUEVE PLANETAS. (Grave y sentencioso).—Será grande lo que yo haré.

TYLTYL.—Y qué harás?

EL REY DE LOS NUEVE PLANETAS.—Fundaré la Confederación General de los Planetas solares.

TYLTYL. (Aturdido).—Ah! de veras?

EL REY DE LOS NUEVE PLANETAS.—Todos formarán parte de ella, excepto Saturno, Urano y Neptuno que están a distancias inmensas.

Retírase con dignidad.

TYLTYL.—Es interesante...

EL NIÑO AZUL.—Y ves aquel?

TYLTYL.—Cuál?

EL NIÑO.—Allá, el que duerme al pie de la columna...

TYLTYL.—Y bien?

EL NIÑO.—Ése llevará la alegría pura al Globo...

TYLTYL.—Cómo?...

EL NIÑO.—Por medio de ideas que no se han concebido todavía...

TYLTYL.—Y el otro, el gordito que tiene los dedos en la nariz, qué hará?...

EL NIÑO.—Debe descubrir el fuego para calentar la Tierra cuando el Sol se empalidezca...

TYLTYL.—Y los dos que se dan la mano y que se besan a cada momento; son acaso hermano y hermana?...

EL NIÑO.—No, son muy divertidos... Son los Enamorados...

TYLTYL.—Qué es eso?...

EL NIÑO.—No lo sé... El Tiempo es quien los llama así para burlarse de ellos... Se miran a los ojos todo el día, se besan y se dicen adiós...

TYLTYL.—Por qué?

EL NIÑO.—Parece que no podrán partir juntos...

TYLTYL.—Y aquel otro rosadito, que parece tan serio y que se chupa el pulgar, quién es?...

EL NIÑO.—Ese parece que debe borrar la injusticia del haz de la Tierra...

TYLTYL.—Ah?...

EL NIÑO.—Dícese que es un trabajo espantoso...

TYLTYL.—Y aquel otro, de rojo pelo, que camina como si no viese. Acaso está ciego?...

EL NIÑO.—Todavía no; pero llegará a ser-

lo... Míralo bien; ese deberá vencer a la Muerte...

TYLTYL.—Qué quiere decir eso?...

EL NIÑO.—De cierto no lo sé; pero se dice que eso es grande...

TYLTYL. (Señalando a una muchedumbre de niños dormidos al pie de las columnas, sobre las gradas, sobre los bancos, etc.)—Y todos esos que duermen,—cuántos hay que duermen! esos no hacen nada?...

EL NIÑO.—Piensan en alguna cosa...

TYLTYL.—En qué?...

EL NIÑO.—No lo saben todavía; pero deben llevar alguna cosa a la Tierra; está prohibido salir con las manos vacías...

TYLTYL.—Quién lo prohíbe?...

EL NIÑO.—El Tiempo que se halla a la puerta... Lo verás cuando abra... Es muy molesto...

UN NIÑO. (Corriendo desde el fondo de la sala y atravesando la muchedumbre).—Buenos días, Tytyl!...

TYLTYL.—Vaya!... Cómo sabe mi nombre?...

EL NIÑO. (Que acaba de llegar y que abraza a Tiltyl y a Mytil con efusión).—Buenas días!... Cómo va eso?... Vamos, abrázame, y tú también, Mytyl!... No es asombroso que sepa tu nombre, puesto que seré tu hermano... Acaban de decirme que tú

estabas aquí... Me hallaba en el extremo de la sala, embalando mis ideas...
Dí a mamá que estoy ya listo...

TYLTYL.—Cómo?... Tú piensas venir a nuestra casa?

EL NIÑO.—Sí por cierto, el año entrante, por el Domingo de Ramos... No me atormentes cuando esté pequeñito... Muy contento estoy de haberos abrazado de antemano... Dí a Papá que componga la cuna... Se está bien en nuestra casa?...

TYLTYL.—Sí, no se está mal... Y es tan buena Mamá!...

EL NIÑO.—Y la comida?...

TYLTYL.—Eso depende... Hasta hay días en que nos dan pasteles, no es cierto, Mytyl?...

MYTYL.—El día de Año Nuevo y el Catorce de Julio... Mamá es quien los hace...

TYLTYL.—Qué tienes en ese saco?... Nos traes alguna cosa?...

EL NIÑO. (Muy altivamente).—Traigo tres enfermedades: la escarlatina, la tos ferina y la rubiola...

TYLTYL.—Y bien, eso es todo!... Y luego, qué harás?...

EL NIÑO.—Después?... Me iré...

TYLTYL.—No vale la pena venir!...

EL NIÑO.—Puede uno elegir acaso?...

En este momento, óyese elevarse y difundirse una prolongada vibración, poderosa y cristalina, que parece emanar de las columnas y de las puertas de ópalo heridas por una luz más viva.

TYLTYL.—Qué es esto?...

UN NIÑO.—Es el Tiempo!... Va a abrir las puertas!...

Inmediatamente un vasto movimiento arremolinado propágase entre la muchedumbre de los Niños Azules. La mayor parte abandonan sus máquinas y sus trabajos, despiértanse muchos de los que duermen, y tanto los unos como los otros dirigen sus miradas hacia las puertas de ópalo y se aproximan a ellas.

LA LUZ. (Acercándose a Tyltyl). — Procuremos ocultarnos detrás de las columnas... Preciso es que no nos descubra el Tiempo...

TYLTYL.—De qué procede este ruido?...

UN NIÑO.—Es la Aurora que se levanta... Es la hora en que los niños que nacerán hoy van a descender sobre la Tierra...

TYLTYL.—Cómo descenderán?... Hay escaleras?...

EL NIÑO.—Vas a ver... El Tiempo tira los cerrojos...

TYLTYL.—Quién es el Tiempo?...

EL NIÑO.—Es un viejo que viene a llamar a los que parten...

TYLTYL.—Es perverso?...

EL NIÑO.—No, pero no entiende nada... En vano se le ruega, rechaza a los que desearan salir cuando no les ha llegado el turno...

TYLTYL.—Se sienten dichosos al partir?

EL NIÑO.—No está uno contento cuando se queda; pero es triste cuando uno se va... Mira! allá!... Ahora abre!...

Las grandes puertas opalinas giran lentamente sobre sus goznes. Como una música lejana se escuchan los rumores de la Tierra. Una claridad roja y verde penetra en la sala y el Tiempo, corpulento anciano de barba flotante, armado con la hoz y la salvadera, aparece en el umbral, mientras se distingue la extremidad de las velas blancas y doradas de una galera agarrada a una especie de malecón que forman los rosados vapores de la Aurora.

EL TIEMPO. (En el umbral).—Están listos aquellos cuya hora ha sonado?...

ALGUNOS NIÑOS AZULES. (Atravesando la muchedumbre y alejándose de todas partes).—Aquí estamos!... Aquí estamos!... Aquí estamos!...

EL TIEMPO. (Con una voz gruñona, a los niños que desfilan delante de él para salir).—Uno a uno!... Todavía se presentan muchos más de

los que son necesarios!... Siempre es la misma cosa!... A mí no se me engaña!... (Repeliendo a un niño). A tí no te toca!... Será mañana... A tí tampoco; entra, pues, y vuelve dentro de diez años... Un pastor número trece?... Necesitaba doce no más; no se sabe qué hacer con ellos, no estamos en tiempo de Teócrito y de Virgilio... Todavía médicos?... Ya hay demasiados; de ello se quejan en la Tierra... En dónde están los ingenieros?... Se quiere un hombre honrado, uno solo, como fenómeno... Adónde está el hombre honrado?... Eres tú?... (El niño afirma con un signo). Me pareces de aspecto muy mezquino... No vivirás largo tiempo!... Hola, vosotros, allá, no tan presto!... Y tú, qué traes?... Nada del todo? Las manos vacías?... Entonces no pases... Prepara alguna cosa, un gran crimen si quieres, o una enfermedad, para mí es lo mismo, pero es preciso alguna cosa... (Echando de ver a un chico que otros empujan hacia adelante y que resiste con todas sus fuerzas). Y bien, qué tienes, pues?... Sabes bien que es la hora... Se pide un héroe que combata la Injusticia; eres tú, debes partir...

- LOS NIÑOS AZULES.—No quiere, señor...
- EL TIEMPO.—Cómo?... No quiere?... Adónde se cree, pues, este pequeño bicho?... Sin reclamos, no tenemos tiempo...
- EL CHICO. (A quien se empuja). — No, no!... No quiero!... Prefiero no nacer... Me gusta más quedarme aquí!...
- EL TIEMPO.—No se trata de eso... Cuando es la hora, es la hora!... Vamos, pronto, adelante!...
- UN NIÑO. (Adelantándose).—Oh, dejadme pasar!... Iré a tomar su sitio!... Se dice que mis padres están viejos y me esperan desde hace largo tiempo!...
- EL TIEMPO.—Nada de eso... La hora es la hora y el tiempo es el tiempo... No acabaríamos si os escuchase... El uno quiere, el otro rehusa, es demasiado pronto, es demasiado tarde... (Apartando a los niños que se han agrupado en el umbral). No tan cerca, chicos... Los que no parten nada tienen que ver afuera... Ahora tenéis prisa; pero, cuando os llegue el turno, tendréis miedo y retrocederéis... Ved allá cuatro que tiemblan como hojas... (A un niño que, a punto de traspasar el umbral, se devuelvo bruscamente). Y bien, qué?... Qué es lo que tienes?...

EL NIÑO.—He olvidado la caja que contiene los dos crímenes que deberé cometer...

OTRO NIÑO.—Y yo la vasija que encierra la idea para iluminar a las multitudes...

TERCER NIÑO.—Olvidé el ingerto de mi más bella pera!...

EL TIEMPO.—Corred presto en su busca!... No quedan más que seiscientos doce segundos .. La galera de la Aurora iza ya velas para mostrar que espera... llegaréis muy tarde y no naceréis... Vamos, pronto, a embarcarnos!... (Asiéndolo a un niño que quiere pasársele por entre las piernas para llegar al malecón). Ah! no! tú no, eso no!... Esta es la tercera vez que tratas de nacer antes de tiempo... Que no te vuelva a suceder esto, porque entonces será la eterna espera cerca de mi hermana la Eternidad; y ya tú sabes que allí no se divierte uno... Pero, vamos, estamos prontos?... Está todo el mundo en su puesto?... (Recorriendo con la mirada a los niños reunidos en el malecón o sentados ya en la galera). Me falta uno todavía... En vano se esconde, lo diviso entre la muchedumbre... A mí no me engaña... Vamos, tú, el chico a quien llaman el Enamorado, dí adiós a tu amada...

Los chicos a quienes se llama «los Enamorados», enlazados tiernamente y con el rostro lívido de desesperación, se adelantan hacia el Tiempo y arrodíllanse a sus pies.

PRIMER NIÑO.— Señor Tiempo, dejadme partir con él!...

SEGUNDO NIÑO.— Señor Tiempo, dejadme permanecer con ella!...

EL TIEMPO.— Imposible!... No nos quedan más que trescientos noventa y cuatro segundos...

PRIMER NIÑO.— Prefiero no nacer!...

EL TIEMPO.— No se puede elegir...

SEGUNDO NIÑO. (Suplicante).— Señor Tiempo, llegaré demasiado tarde!...

PRIMER NIÑO.— Ya no estaré allí cuando ella descienda!...

SEGUNDO NIÑO.— Ya no lo veré más!..

PRIMER NIÑO.— Quedaremos solos en el mundo!...

EL TIEMPO.— Nada tengo que ver con eso...
Reclamad ante la Vida... Yo, reuno o separo, según lo que se me ordena...
(Asiendo a uno de los niños). Ven!...

PRIMER NIÑO. (Agitándose).— No, no, no!...
Ella también!...

SEGUNDO NIÑO. (Agarrándose de los vestidos del primero). — Dejadle!... Dejadle!...

EL TIEMPO.— Pero veamos, no es para mo-

rir, es para vivir!... (Llevándose consigo al primer niño). Ven!...

SEGUNDO NIÑO. (Tendiendo aturdidamente los brazos al niño que se va).— Un signo!... Un solo signo!... Dime cómo volver a encontrarte!...

PRIMER NIÑO.—Te amaré siempre! ..

SEGUNDO NIÑO.—Seré la más triste!... Tú me reconocerás!...

Cae y queda tendida en el suelo.

EL TIEMPO.—Harías mucho mejor esperando... Y ahora, eso es todo... (Consultando su salvadera). No más que sesenta y tres segundos nos faltan... (Últimas y violentas oleadas entre los niños que parten y que quedan. Hay cambio de adioses precipitados:—«Adiós, Pedro!... Adiós, Juan!...—Tienes todo lo que te hace falta?...—Anuncia mi pensamiento!...—No has olvidado nada?...—Trata de reconocermel!...—Te volveré a encontrar!...—No pierdes tus ideas?...—No te inclines demasiado sobre el Espacio!...—Dadme noticias tuyas!...—Se dice que no se puede!...—Sí, sí, ensaya siempre!...—Trata de decir si es hermoso!...—Yo iré a tu encuentro!...—Yo naceré sobre un trono», etc.—Agitando sus llaves y su hoz).—Bastante! bastante!... Se leva el ancia!...

Pasan y desaparecen las velas de la galera...
Oyense alejarse los gritos de los niños en la

galera: «Tierra!... Tierra!... Yo la veo!... Es bella!... Es clara!... Es grande!...» Después, como surgiendo del fondo del abismo, un canto en extremo distante de alegría y de espera.

TYLTYL. (A la Luz). — Qué es eso?... No son ellos los que cantan... Diríase que son otras voces...

LA LUZ. — Sí, es el canto de las Madres que vienen a su encuentro. .

No obstante, el Tiempo vuelve a cerrar las puertas opalinas. Se vuelve para dirigir una última mirada a la sala, y de súbito, distingue a Tyltíl, Mytyl y la Luz

EL TIEMPO. (Estupefacto y furioso). — Qué es esto?... Qué hacéis aquí?... Quiénes sois?... Por qué no sois azules?... Por dónde habéis entrado?...

Avanza amenazándolos con la hoz.

LA LUZ. (A Tyltyl). — No respondas!... Tengo el Pájaro Azul!... Está oculto bajo mi manto... Escapémonos... Da vuelta al Diamante. Nos perderá de vista...

Se deslizan a la izquierda, entre las columnas del primer plano.

TELÓN

ACTO SEXTO

UNDÉCIMO CUADRO

El Adiós

La escena representa un muro con una puertecilla. Apunta el día.

Entran Tytyl, Mytyl, la Luz, el Pan, el Azúcar, el Fuego y la Leche.

LA LUZ.—No adivinarás nunca en donde estamos...

TYLTYL.—Ciertamente no, la Luz, puesto que no sé...

LA LUZ.—No reconoces este muro y esta puertecilla?...

TYLTYL.—Es una pared roja y una puertecita verde...

LA LUZ.—Y eso no te trae algún recuerdo?...

TYLTYL.—Recuérdame que el Tiempo nos puso a la puerta...

LA LUZ.—Qué extraño es uno cuando sueña... No se reconoce ni la propia mano...

TYLTYL.—Quién es quien sueña?... Soy yo?...

LA LUZ.—Tal vez yo .. Quién sabe?... Mientras tanto, este muro circunvala una casa que has visto más de una vez desde tu nacimiento...

TYLTYL.—Una casa que he visto más de una vez?

LA LUZ.—Pues sí, pequeño dormido!... Es la casa que abandonamos una noche, hace justamente un año día, por día...

TYLTYL.—Hace justamente un año?... Pero entonces?...

LA LUZ.—No abras los ojos como grutas de zafiro... Es la buena casa de los padres...

TYLTYL. (Acercándose a la puerta).—Pero yo creo... Efectivamente... Me parece... Esta puertecita... Reconozco la aldabilla... Están aquí ellos?.. Estamos cerca de Mamá?... Quiero entrar en seguida!... Quiero abrazarla en seguida!...

LA LUZ.—Un instante... Duermen profundamente; no les despiertes con sobresalto... Además, la puerta no se abrirá hasta cuando la hora suene...

TYLTYL.—Qué hora?... Hay que esperar mucho tiempo?...

LA LUZ.—Ay! no!... algunos pobres minutos...

TYLTYL.—No te sientes dichosa de regresar?... Qué tienes, pues, la Luz?... Estás pálida, parece que estás enferma...

LA LUZ.—Nada es, hijo mío... Me siento un poco triste, porque voy a separarme de vosotros...

TYLTYL.—A separarte?...

LA LUZ.—Es necesario... Ya nada tengo que hacer aquí; ha concluído el año; el Hada va a volver a pedirte el Pájaro Azul...

TYLTYL.—Pero ese Pájaro Azul yo no lo tengo!... El del Recuerdo se puso negro, el del Porvenir se puso rojo, murieron los de la Noche, y no pude coger el de la Selva... Acaso es culpa mía si cambian de color, si mueren o si se escapan?... Se enojará el Hada y qué dirá?...

LA LUZ.—Hicimos cuanto pudimos... Hay que creer que el Pájaro Azul no existe; o que cambia de color cuando se le pone en la jaula...

TYLTYL.—En dónde está la jaula?...

EL PAN.—Amo, aquí... Se confió a mis diligentes cuidados durante este largo y

peligroso viaje; hoy que mi misión concluye, os la restituyo, intacta y bien cerrada como la recibí... (Como un orador que toma la palabra).—Ahora, en nombre de todos, séame permitido agregar algunas palabras...

EL FUEGO.—No tiene la palabra!...

EL AGUA.—Silencio!...

EL PAN.—Las malévolas interrupciones de un enemigo despreciable, de un envidioso rival... (Levantando la voz) no me impedirán cumplir mi deber hasta el fin... En nombre de todos, pues...

EL FUEGO.—En el mío no... Yo tengo una lengua!...

EL PAN—... En el nombre de todos, pues, y con una emoción reprimida, pero sincera, y profunda me despido de los dos niños predestinados, cuya alta misión hoy se termina. Al decirles adiós con toda la aflicción y con toda la ternura que una mutua estima...

TYLTYL.—Cómo?... Dices adiós?... También nos abandonas tú?...

EL PAN.—Ay! así es preciso... Me alejo de vosotros, es verdad; pero la separación será sólo aparente, no me escucharéis hablar...

EL FUEGO.—No será eso una desgracia!...

EL AGUA.—Silencio!...

EL PAN. (Con dignidad).—Eso no me alcanza...

Os decía, pues: no me escucharéis, no me veréis más bajo mi forma animada...

Van a cerrarse nuestros ojos a la vida invisible de las cosas; allí estaré siempre, en la artesa, bajo la tabla, sobre la mesa, al lado de la sopa, yo que soy, me atrevo a decirlo, el más fiel comensal y el más antiguo amigo del Hombre...

EL FUEGO.—Bien y yo?...

LA LUZ.—Veamos, pasan los minutos, se acerca la hora que nos hará volver al silencio... Apresuraos a abrazar a los niños...

EL FUEGO. (Precipitándose).—Primero yo, primero yo!... (Abraza con violencia a los niños). Adiós Tylyl y Mytyl!... Adiós, queridos niños... Acordaos de mí si alguna vez necesitáis llevar el Fuego a alguna parte...

MYTYL.—Ay! ay!... Me quema!...

TYLYL.—Ay! ay!... Me enciende la nariz!...

LA LUZ.—Veamos, el Fuego, moderad un poco vuestros trasportes... Ahora no estáis en la chimenea...

EL AGUA.—Qué torpe!...

EL PAN.—Qué mal educado!...

EL AGUA. (Acercándose a los niños).—Os abrazaré sin haceros mal, tiernamente, hijos míos...

EL FUEGO.—Tened cuidado, eso moja!...

EL AGUA.—Yo soy amante y dulce; soy buena para los hombres...

EL FUEGO.—Y los ahogados?...

EL AGUA.—Amad las Fuentes, escuchad los Riachuelos... Yo siempre estaré allí...

EL FUEGO.—Todo lo ha inundado!...

EL AGUA.—Cuando por la tarde os sentéis al borde de los Manantiales—más de uno hay aquí en la Selva—procurad comprender lo que tratan de decir... No puedo más... Me sofocan las lágrimas y me impiden hablar...

EL FUEGO.—No lo parece!...

EL AGUA.—Acordaos de mí cuando miréis la garrafa... Me encontraréis igualmente en la tinaja, en la regadera, en la cisterna y en el tubo...

EL AZÚCAR: (Naturalmente hipócrita y dulzón).—Si queda un lugarcito en vuestra memoria, recordad que a veces mi presencia os fué dulce... No puedo deciros más...

Contrarias son las lágrimas a mi temperamento, y me hacen mucho daño cuando caen a mis pies...

EL PAN.—Jesuita!...

EL FUEGO. (Chillando).—Confites! caramelos!...

TYLTYL.—Pero qué se han hecho Tylita y Tylo?... En dónde están?...

En el momento mismo, óyense gritos agudos proferidos por la Gata.

MYTYL. (Alarmada).—Es Tylita quien llora!...

Le han hecho daño!...

Entra corriendo la Gata, erizada, despeinada, con los vestidos desgarrados, apoyando el pañuelo en una mejilla, como si tuviese dolor de muela. Lanza gemidos coléricos y está perseguida de muy cerca por el Perro que la anonada a cabezazos, puñetazos y puntapiés.

EL PERRO. (Golpeando a la Gata).—Bueno!... Tienes bastante?... Quieres más todavía?... Ahí tienes! Ahí!...

LA LUZ, TYLTYL y MYTYL. (Precipitándose para separarlos).—Tylo!... Éstás loco?... Qué es eso!... Agáchate!... Quieres concluir!... Se ha visto nunca!... Aguarda! aguarda!...

Se les separa enérgicamente.

LA LUZ.—Qué es eso?... Qué ha pasado?...

LA GATA. (Lloriqueando y enjugándose los ojos).—Es

él, señora la Luz... Me ha injuriado, ha puesto clavos en mi sopa, me ha tirado de la cola, me ha hecho rodar a golpes y por nada, nada del todo, nada del todo!...

EL PERRO. (Imitándola). — Nada del todo, nada del todo!... (A media voz, haciéndole una mueca). Es igual, te dí tu merecido, tu merecido y bastante, y tendrás más todavía!...

MYTYL. (Estrechando la Gata en sus brazos). — Mi pobre Tylita, dime a dónde te ha hecho daño... Voy a llorar también!...

LA LUZ. (Al Perro, severamente). — Vuestra conducta es tanto más indigna cuanto que habéis elegido para darnos este triste espectáculo el momento, ya bastante penoso por sí mismo, en que vamos a separarnos de estos pobres niños...

EL PERRO. (De súbito apaciguado). — A separarnos de estos pobres niños?...

LA LUZ. — Sí, la hora que sabéis va a sonar... Vamos a volver de nuevo al Silencio... Ya no podremos hablar más...

EL PERRO. (Lanzando repentinamente verdaderos aullidos de desesperación y abalanzándose sobre los niños á quienes anonada a caricias violentas y tumultuosas). — No, no!... No quiero!... No quiero!... Hablaré siempre!... No es cierto que

ahora me comprenderás, diosito mío?...
Sí, sí, sí!... Y nos lo diremos todo, todo,
todo!... Y seré juicioso... Aprenderé a
leer, a escribir y a jugar al dominó!...
Y estaré siempre muy limpio... No ro-
baré más nada en la cocina... Quieres
que ejecute alguna cosa que asombre?...
Quieres que abrace á la Gata?...

MYTYL. (A la Gata).—Y tú, Tylita?... No tie-
nes nada que decirnos?

LA GATA. (Picada, enigmática).—Os amo a am-
bos tanto como lo merecéis...

LA LUZ.—Ahora, hijos míos, a mi vez, os
daré mi último beso...

TYLTYL y MYTYL. (Cogiéndose al vestido de la Luz)
—No, no, no, la Luz!... Quédate aquí,
con nosotros!... Papá no dirá nada...
Contaremos a Mamá que tú has sido
buena...

LA LUZ.—Ay!, no puedo... Nos está veda-
da esta puerta y debo abandonaros...

TYLTYL.—Adónde irás tú sola?...

LA LUZ.—No muy lejos, hijos míos; aquí,
al país del Silencio de las cosas...

TYLTYL.—No, no; no quiero... Nos ire-
mos contigo... Yo diré a Mamá...

LA LUZ.—No lloréis, queridos míos... No
tengo voz como el Agua; sólo tengo la

claridad que el Hombre no escucha... Pero sobre él vigilo hasta el fin de los días... Recordad que soy yo quien os habla en cada rayo de luna que se derrama, en cada estrella que sonrío, en cada aurora que se levanta, en cada lámpara que se enciende, en cada pensamiento bueno y limpio de vuestra alma... (Se oyen las ocho detrás del muro.) Escuchad!... Se oye la hora!... Adiós!... Se abre la puerta!... Entrad, entrad, entrad!...

Empuja a los niños hacia la puertecilla que acaba de entreabrirse y que tras ellos se cierra. Enjuga el Pan una lágrima furtiva, el Azúcar, el Agua, bañada en lágrimas, etc., huyen precipitadamente, desaparecen a derecha e izquierda entre bambalinas. Aullidos del Perro entre bastidores. Queda vacía la escena un instante, luego la decoración que representa el muro de la puertecilla se abre por el medio, para dejar en descubierto el duodécimo cuadro.

DUODÉCIMO CUADRO

El despertar

El mismo interior que en el primer cuadro, pero todo, los muros, la atmósfera, allí parece incomparable, hechiceramente más fresco, más riente, más feliz. La luz del día se filtra alegremente, a través de las hendeduras de los postigos cerrados,

A la derecha, en el fondo de la pieza, en sus dos camas, Tyltyl y Mytyl duermen profundamente. La Gata, el Perro y los Objetos se hallan en el lugar que ocupaban en el primer cuadro, antes de la visita del Hada. Entra la Madre Tyl.

LA MADRE TYL. (Con una voz alegremente rogañona)

—Arriba, vamos, arriba! perezocillos!... No tenéis vergüenza?... Ya dieron las ocho, el sol está más alto que la selva!... Dios mío! cómo duermen, cómo duermen!... (Se inclina y besa a los niños). — Están rosados... Tyltyl huele a alhucema, Mytyl a lirio del valle... (Besándolos más). Cómo nos traen dicha los niños!... Sin embargo no pueden dormir hasta medio día... No puede uno hacerles perezosos... Además, estoy cansada de decir que eso no es bueno para la salud... (Moviendo suavemente a Tyltyl). Vamos, vamos, Tyltyl...

TYLTYL. (Despertándose). — Qué?... La Luz?...

A dónde está?... No, no te vayas...

LA MADRE TYL. — La Luz?... por cierto que allí está... Y no hace tan poco tiempo... Hay tanta claridad como a medio día, aunque los postigos están cerrados... Espera un poco a que les abra...

(Corre los postigos, la destlumbrante claridad del pleno)

día invade el aposento). Aquí está!... Qué es lo que tienes?... Pareces estar deslumbrado...

TYLTYL. (Frotándose los ojos). — Mamá, mamá!...
Eres tú!...

LA MADRE TYL. — Ya lo creo que soy yo ..
Quién quieres que sea?...

TYLTYL. — Eres tú .. Sí, eres tú!...

LA MADRE TYL. — Sí, soy yo... No he cambiado de rostro durante la noche... por qué me miras como un asombrado?... Tengo acaso la nariz al revés?...

TYLTYL. — Oh! cuán bueno es volver a verte!... Hace tanto tiempo, tanto tiempo!... Déjame que te bese enseguida... Más, todavía más!... Y luego, esta es mi cama!... Estoy en la casa!...

LA MADRE TYL. — Qué tienes?... No te despiertas?... Estás enfermo tal vez?... Veamos, enséñame la lengua... Vamos, levántate pues y vístete...

TYLTYL. — Vaya! estoy en camisa!...

LA MADRE TYL. Por supuesto, ponte los pantalones y tu saco... Allí están, sobre la silla...

TYLTYL. — Y así he hecho yo todo mi viaje?...

LA MADRE TYL. — Cuál viaje?...

TYLTYL. — Pues el de este año pasado...

LA MADRE TYL.—El año pasado?...

TYLTYL.—Sí, pues!... En Navidad, cuando partí...

LA MADRE TYL.—Cuándo partiste?... Si no has salido del cuarto... Te acosté anoche y te encuentro ahora en la mañana... Habrás soñado todo eso?...

TYLTYL.—Pero no comprendes!... Fue el año pasado, cuando partí con Mytyl, el Hada, la Luz... Es muy buena la Luz! El Pan, el Azúcar, el Agua, el Fuego siempre estaban riñendo... Te has enfadado?... No has estado muy triste?... Y qué ha dicho Papá?... No podía rehusar... Dejé un billete con la explicación...

LA MADRE TYL.—Qué es eso que estás contando?... De seguro que estás enfermo o que duermes todavía... (Le da una amistosa palmada). Anda, despiértate... Veamos, te sientes mejor?...

TYLTYL.—Pero, mamá, te lo aseguro... Tú eres quien duerme todavía...

LA MADRE TYL.—Cómo! que duermo todavía?... Levantada estoy desde las seis... Hice ya la limpieza y encendí el fuego...

TYLTYL.—Pues pregunta a Mytyl si no es

verdad... Ah! qué de aventuras hemos tenido!...

LA MADRE TYL.—Cómo, Mytyl?... Qué es esto, pues?...

TYLTYL.—Ella estaba conmigo... Hemos vuelto a ver al abuelo y a la abuela...

LA MADRE TYL. (Cada vez más aturdida).—Abuelo y abuela?...

TYLTYL.—Sí, en el País del Recuerdo... Estaba en nuestro camino... Han muerto, pero tienen buena salud... Abuela nos ha hecho un pastel de ciruelas... Y luego los hermanitos: Roberto, Juan, su trompo, Magdalena y Petrita, Paulina y también Riquilla...

MYTYL.—Riquilla gatea!..

TYLTYL.—Paulina tiene siempre su botón en la nariz...

MYTYL.—A tí también te vimos ayer en la tarde...

LA MADRE TYL.—Ayer en la tarde? No es muy extraño, puesto que te acosté...

TYLTYL.—No, no, en los jardines de las Dichas, tú estabas más bella, pero eras muy parecida a tí...

LA MADRE TYL.—El jardín de las Dichas? No conozco eso...

TYLTYL. (Contemplándola, besándola después). — Sí,

parecías más bella, pero te amo más así...

MYTYL. (Besándola igualmente). — Yo también, yo también...

LA MADRE TYL. (Enternecida, pero muy inquieta). — Dios mío! Qué es lo que tienen?... Voy a perderles también, como perdí los otros!... (Súbitamente enloquecida, llama). Papá Tyl! Papá Tyl!... Venid, pues! Los chicos están enfermos!...

Entra el Padre Tyl, muy tranquilo, con un hacha en la mano.

EL PADRE TYL. — Qué hay?...

TYLTYL y MYTYL. (Acercándose gozosamente para besar a su padre). — Mira, Papá!... Es Papá!... Buenos días, Papá!... Has trabajado bien este año?...

EL PADRE TYL. — Y bien, qué?... Qué es eso?... No tienen aspecto de enfermos; presentan muy buena cara...

LA MADRE TYL. (Llorosa). — No hay que fiarse... Será como con los otros... Tenían muy buena cara también, hasta el fin; y luego el buen Dios me los arrebató... No se lo que tienen!... Les había acostado muy tranquilamente anoche y ahora, en la mañana, cuando se despiertan,

todo está mal... No saben lo que dicen; hablan de un viaje... Han visto á la Luz, al abuelo, a la abuela, que han muerto; pero que tienen buena salud...

TYLTYL.—Pero abuelo siempre tiene su pierna de palo...

MYTYL.—Y abuela sus reumatismos...

LA MADRE TYL.—Lo oyes?... Corre a buscar el médico!...

EL PADRE TYL.—Pues bien, no... No han muerto todavía... Vamos a ver. . (Llaman a la puerta de la casa). Entrad!

Entra la Vecina, viejecita que se parece al Hada del primer acto y que anda apoyándose en un bastón.

LA VECINA.—Buenos días y buena fiesta para todos!

TYLTYL.—Es el Hada Beryluna!

LA VECINA.—Vengo a buscar un poco de fuego para mi olla de fiesta... Fresquito hacía esta mañana... Buenos días, hijos, va eso bien?...

TYLTYL.—Señora el Hada Beryluna, no encontré el Pájaro Azul...

LA VECINA.—Qué dice?...

LA MADRE TYL.—No me habléis de ellos, señora Berlingot... No saben lo que dicen... Están así desde que desperta-

ron... Han debido de comer algo que les ha caído mal...

LA VECINA.—Y bien, Tytyl, no reconoces a la madre Berlingot, a tu vecina Berlingot?...

TYLTYL.—Sí, señora. Sois el Hada Beryluna... No estáis enfadada?...

LA VECINA.—Bery... qué?...

TYLTYL.—Beryluna.

LA VECINA.—Berlingot, quieres decir Berlingot...

TYLTYL.—Beryluna, Berlingot, como queráis, señora... Pero Mytyl lo sabe bien...

LA MADRE TYL.—Y lo peor es que Mytyl también...

EL PADRE TYL.—Bah!, bah!... Eso pasará; les daré algunas palmadas...

LA VECINA.—No hagáis, no vale la pena... Conozco eso; son rastros de ensueños... Habrán dormido expuestos a un rayo de luna... Mi nieta que está muy enferma amenudo se pone así...

LA MADRE TYL.—A propósito, como sigue la niñita?

LA VECINA.—Así, así... No puede levantarse... Dice el doctor que son los nervios... No obstante sé lo que la curaría... Esta mañana me lo pedía para su

fiesta de Navidad; es una idea que tiene...

LA MADRE TYL.—Sí, yo sé, es siempre el pájaro de Tylytyl .. Y bien, Tylytyl, no vas a dárselo al fin a esa pobre niña?...

TYLTYL.—Qué, Mamá?...

LA MADRE TYL.—Tu pájaro... Para el caso que tú le haces... Ni siquiera lo miras... y ella muere de deseos de tenerle desde hace mucho tiempo!...

TYLTYL.—Vamos, es verdad, mi pájaro... En dónde está?... Ah! pero allí está la jaula!... Mylytyl, ves tú la jaula?... Es la que llevaba el Pan... Sí, sí, es la misma; pero no hay más que un pájaro... Se habrá comido el otro?... Hola, hola!... Pero es azul!... Pero es mi tortolilla!... Está más azul que cuando partí!... Pero este es el Pájaro Azul que andábamos buscando!... Hemos caminado tan lejos y estaba aquí!... Ah! esto es asombroso!... Mytyl, ves tú el pájaro?... Qué diría la Luz?... Voy a descolar la jaula... (Sube a una silla y descuelga la jaula que ofrece a la Vecina). Aquí está, señora Berlingot... No es del todo azul; pero llegará a serlo, lo veréis... Pero llevadla pronto a vuestra nieta...

LA VECINA.—Cómo?... De veras?... Me la dais así? y por nada?... Dios mío! cuán feliz va a ser!... (Abrazando a Tyltyl). Quiero abrazarte!... Me voy!... Me voy!...

TYLTYL.—Sí, sí; id presto... Algunos hay que cambian de color...

LA VECINA.—Volveré a contaros lo que ella diga... (Sale).

TYLTYL. Después de haber mirado largamente entorno de sí. — Papá, mamá; qué habéis hecho en la casa?... Es la misma cosa; pero mucho más bella...

EL PADRE TYL.—Cómo, está más bella?...

TYLTYL.—Pues sí, todo está recién pintado, todo hecho nuevo, todo reluce, todo está limpio... El año anterior no estaba esto así...

EL PADRE TYL.—El año anterior?...

TYLTYL. (Yendo a la ventana). —Y cómo se ve la selva!... Grande y bella!... Diríase que es nueva!... Cuán feliz está uno aquí!... (Abriendo la artesa). En dónde está el Pan?... Vaya, están bien tranquilos... Y luego, allí está Tylo... Buenos días, Tylo, Tylo!... Ah! qué bien te batis-te!... Te acuerdas de la selva?...

MYTYL.—Y Tylita?... Me reconoce bien, pero no me habla...

TYLTYL.—Señor el Pan... (Patpándose la frente).
Vaya, no tengo ya el Diamante! Quién me cogió mi sombrero verde?... Tanto peor! ya no le necesito... Ah! el Fuego!... Es bueno!... Chisporrotea, riendo para hacer rabiar al Agua... (Corriendo a la fuente). Y el Agua?... Buenos días, el Agua... Qué dice?... Habla siempre, pero ya no la comprendo tan bien...

MYTYL.—No veo el Azúcar...

TYLTYL.—Dios mío! cuán feliz soy, cuán feliz!...

MYTYL.—Yo también, yo también!...

LA MADRE TYL.—Qué tienen estos para dar vueltas así?...

EL PADRE TYL.—Deja, pues, no te inquietes... Juegan a ser felices...

TYLTYL.—Yo amaba sobre todo la Luz... En dónde está su lámpara?... Se la puede encender?... (Mirando aun entorno suyo). Dios mío! qué bello es todo esto y cuán contento estoy!...

Llaman a la puerta de la casa.

EL PADRE TYL.—Entrad, pues!...

Entra la Vecina, llevando de la mano a una niña, de una belleza rubia y maravillosa, que oprime en sus brazos la tortolilla de Tyltyl.

LA VECINA.—Ved el milagro!...

LA MADRE TYL.—No es posible!... Anda?...

LA VECINA.—Anda!... Es decir, danza, corre, vuela!... Cuando vió el pájaro, saltó de este alto, hacia la ventana, para ver a la luz si era la tortolilla de Tylytyl... Y después pff!... a la calle, como un ángel... A penas sí podía seguirla...

TYLTYL. (Acercándose, maravillado).—Oh! cómo se parece a la Luz!...

MVTYL.—Es más pequeña...

TYLTYL.—Seguramente... Pero crecerá...

LA VECINA.—Qué dicen?... Todavía no anda esto bien?...

LA MADRE TYL.—Ya eso va mejor, va pasando... Cuando se desayunen, no quedará nada...

LA VECINA. (Empujando a la niña en los brazos de Tylytyl).—Vamos, anda, hijita, ve a dar las gracias a Tylytyl...

Tylytyl, de súbito intimidado, retrocede un paso.

LA MADRE TYL.—Y bien, Tylytyl, qué te pasa?... Tienes miedo a la niña?... Anda, abrázala... Vamos, un largo beso... Otro mejor... Tú tan despreocupado habitualmente!... Otro más!...

Pero qué es lo que tienes?... Diríase
que vas a llorar...

Tylyl, después de haber besado tímidamente a la niña, queda un momento en pie delante de ella, y ambos niños se miran sin decirse nada; luego, Tylyl, acariciando la cabeza del pájaro:

TYLTYL.—Es bastante azul?...

LA NIÑITA.—Sí, yo estoy contenta...

TYLTYL.—He visto otros más azules... Pero los completamente azules, tú lo sabes, no puede uno atraparlos...

LA NIÑITA.—Eso no importa, éste es muy bonito...

TYLTYL.—Ha comido?...

LA NIÑITA.—Todavía no... Qué come?...

TYLTYL.—De todo; trigo, maíz, cigarras...

LA NIÑITA.—De qué manera come?...

TYLTYL.—Por el pico, vas a verlo, te voy a enseñar...

Se acerca para tomar el pájaro de manos de la niña; ésta, instintivamente resiste, y aprovechándose de la vacilación de su gesto, se escapa la tortolilla y vuela.

LA NIÑITA. (Lanzando un grito de desesperación).—
Mamá!... Partió!...

Rompe en sollozos.

TYLTYL.—No es nada... No llores... Lo volveré a prender... (Avanzando en la escena y dirigiéndose al público). Si alguno lo encontrare de nuevo, querría devolvérmelo?... Necesitamos de él para ser felices más tarde...

TELÓN.

UN JUICIO

Mauricio Maeterlinck es optimista; y lo es con toda la ingenuidad que no excluye la poesía. Refiere a los hombres sencillos el más bonito y penetrante de los cuentos morales. Y con qué gracia estimula! Con Tyltyl y Mytyl aprendemos que, si la rebusca de la absoluta felicidad es vana, la vida más modesta está llena de pequeñas dichas innumerables y exquisitas. Aprendemos, en suma, que la felicidad está en nosotros. Y sabemos ahora el precio de la bondad. Y sabemos también qué lazos atan entre sí a las generaciones, y cómo el presente se une al pasado y cómo el porvenir ya se ata al presente: Todas las alegorías de Mauricio Maeterlinck son tan intensamente vivas que experimentamos necesariamente una emoción tierna y alegre y nuestras mismas lágrimas son consoladoras. Maeterlinck nos ha dado las razones mejores para vivir. Esta representación encantada, este idilio melancólico y radiante, es la enseñanza de un poeta a quien las realidades no se escapan.

J. Ernest-Charles

Nuestros canjes

Luce e Ombra, Mayo de 1912.—SOMMARIO.—Dott. G. Fiocca-Novi: Le forme della pnicosi cosmica e l'individualita.—La Redazione: J. A. Teodora Heurtley (*una tav.*)—V. Cavalli: Pensiero spiritico di F. D. Guerrazzi.—M. Ballarelli: I coniugi Zancigs e la trasmissione del pensiero.—Dott. C. Alzona: Un disegno automatico.—Anna Franchi: Impressioni e Confessioni.—F. Zingaropoli: Il Don Chisciotte della Stregoneria.—G. Senigaglia: Storia e Scienza delle Religioni.—Tummolo-Zingaropoli: Vecchie Polemiche.—*I Libre*: A. Bruers: *P. Piobb*, L'Evolution de l'Occultisme.—*E. Morselli*, Il Metodo della Associazioni.—*G. de Lorenzo*, India e Buddismo antico.—*Libri in dono*.—*Le Riviste*: Ultra-Journal du Magnétisme-Le Fraternaliste.—*Sommari di Riviste*.—*Cronaca*: Il secondo Congresso di Psicologia a Parigi.—Conferenze del Prof. Chiappelli.

Los escritos de Proaño

Acaban de recibir nuestras librerías una serie de artículos de Federico Proaño, editada por la casa Vda. Ch. Bouret, de París. Se titula *En Centro América*.

Proaño, del Ecuador, es uno de los más notables escritores de nuestra América. Montalvo y Martí elogiaron su labor saludable y útil. Busquen la susodicha serie los jóvenes nuestros que de veras aman las buenas letras; en los escritos de Proaño

hallarán un estilo excelente, ingenio, filosofía, ilustración y un conocimiento cabal de estos católicos pueblos de políticos chatos, leguleyos perversos y prestamistas sin misericordia, a quienes siempre aplicó admirablemente el cauterio de su amarga sátira.

* * *

El Diario de Bucaramanga, por Perú De Lacroix, recién editado por el muy notable escritor colombiano Cornelio Hispano, también ha llegado hace poco a nuestras librerías. De igual modo lo recomendamos, sobre todo a los que deseen conocer en la intimidad a Bolívar, el héroe representativo de la unidad indo-hispana.

Recomendamos la
“Revista de Educación”

Publicación mensual

en volúmenes de unas 100 páginas, con numerosos e interesantes trabajos de las más reputadas firmas mundiales.

Suscripción al año \$ 6-00

Unico Agente en Costa Rica,

ANTONIO FONT

SAN JOSE, C. R.